

ÉRAMOS MENTIROSOS

E. LOCKHART





3

ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA

epublicre

más libros, más libros

Para Daniel



← Puerto de Martha's Vineyard

Windover
Los Estomas
Piano, Cabaña y los perros
Red Oswald's Papp

Océano Atlántico →

Cadellolara
Los Stofeld
Bos, Muros, Tel.
Librería y Escrito

Muelle de los carpinteros

Cabañas de los bucheros

Casa de los carpinteros

Parque de los empalme de agua

Red Gate
Los Dennis
Canta, Johnny, Will, Ed
y Cor

Señales del peaje

Caminos de tablas

Clivmont
Los Stochler
Tippie, Marcy y los perros
Pinto Philip y Estina

Muelle de la familia



PRIMERA PARTE

BIENVENIDOS

1

Bienvenidos a la hermosa familia Sinclair.

Aquí no tenemos delincuentes.

No tenemos adictos.

No tenemos fracasados.

Los Sinclair somos atléticos, altos y guapos. Somos demócratas adinerados. Tenemos sonrisas amplias, mentones cuadrados y un servicio agresivo cuando jugamos al tenis.

No importa que el divorcio nos desgare los músculos del corazón y que este a duras penas lata sin un gran esfuerzo. No importa que esté agotándose el fondo fiduciario ni que las facturas de las tarjetas de crédito queden sin pagar sobre la encimera de la cocina. No importa que haya un montón de frascos de pastillas en la mesita de noche.

No importa que uno de nosotros esté perdido y desesperadamente enamorado.

Tan enamorado que deben tomarse medidas igualmente desesperadas.

Somos los Sinclair.

No nos falta de nada.

No nos equivocamos.

Vivimos, al menos en verano, en una isla privada frente a la costa de Massachusetts.

Quizá no necesitéis saber nada más.

2

Mi nombre completo es Cadence Sinclair Eastman.

Vivo en Burlington, Vermont, con mi madre y tres perros.

Tengo casi dieciocho años.

Poseo un carnet de la biblioteca muy desgastado y poco más, aunque es cierto que vivo en una casa magnífica llena de objetos caros e inútiles.

Antes era rubia, pero ahora tengo el pelo negro.

Antes era fuerte, pero ahora soy débil.

Antes era guapa, pero ahora parezco enferma.

Es cierto que sufro migrañas desde el accidente.

Es cierto que no puedo sufrir a los idiotas.

Me gustan los juegos de palabras. ¿Lo veis? «Sufro» migrañas. No puedo «sufrir» a los idiotas. La palabra significa lo mismo que en la frase anterior, pero no exactamente.

Sufrir.

Podría decirse que significa «soportar», pero no exactamente.

Mi historia empieza antes del accidente. El mes de junio del verano en que tenía quince años, mi padre se fugó con una mujer a la que quería más que a nosotras.

Mi padre era un profesor mediocre de historia militar. En aquel entonces yo lo adoraba. Vestía chaquetas de *tweed*. Era delgado. Bebía té con leche. Le gustaban los juegos de mesa y me dejaba ganar, le gustaban los barcos y me enseñó a navegar en kayak, le gustaban las bicicletas, los libros y los museos de arte.

Nunca le gustaron los perros, y que dejara dormir a nuestros golden

retrieve en los sofás y les diera un paseo de casi cinco kilómetros todas las mañanas era una muestra de lo mucho que quería a mi madre. Tampoco le gustaron nunca mis abuelos, y que pasara todos los veranos en la casa Windemere de la isla Beechwood escribiendo artículos sobre guerras de hace mucho tiempo y sonriendo a los parientes en todas las comidas era una muestra de lo mucho que nos quería a mi madre y a mí.

Aquel mes de junio, el del verano número quince, mi padre anunció que se marchaba y se fue al cabo de dos días. Le dijo a mi madre que él no era un Sinclair y que ya no podía seguir intentando serlo. No podía sonreír, no podía mentir, no podía formar parte de aquella hermosa familia en aquellas hermosas casas.

No podía. No podía. No quería.

Ya había contratado unos camiones de mudanzas. Y también había alquilado una casa. Mi padre metió una última maleta en el asiento trasero del Mercedes (dejaba a mamá solo con el Saab) y arrancó el motor.

Luego sacó una pistola y me disparó en el pecho. Yo estaba de pie en el césped y caí. La bala me abrió un gran agujero, y el corazón se me salió de la caja torácica y cayó rodando sobre un macizo de flores. La sangre manó rítmicamente de mi herida abierta,

después me salió por los ojos,
por los oídos,
por la boca.

Sabía a sal y a fracaso. La vergüenza roja e intensa de no ser querida empapó el césped delante de nuestra casa, los ladrillos del camino y los escalones del porche. Mi corazón convulsionaba como una trucha entre las peonías.

Mi madre me regañó. Me dijo que me tranquilizara.

«Sé normal, vamos —dijo—. Ahora mismo».

«Porque lo eres. Porque puedes serlo».

«No montes una escena —me dijo—. Respira e incorpórate».

Hice lo que me pedía.

Ella era lo único que me quedaba.

Mamá y yo alzamos nuestros mentones cuadrados mientras el coche de mi padre se alejaba colina abajo. Luego entramos en casa y tiramos a la

basura los regalos que nos había hecho: joyas, ropa, libros, lo que fuera. A lo largo de los días siguientes nos deshicimos del sofá y los sillones que mis padres habían comprado juntos. Tiramos la vajilla de la boda, la cubertería de plata, las fotografías.

Compramos muebles nuevos. Contratamos a un decorador. Encargamos una cubertería de Tiffany. Nos pasamos un día entero recorriendo galerías de arte y nos hicimos con cuadros para tapar los espacios vacíos de nuestras paredes.

Pedimos a los abogados del abuelo que protegieran los bienes de mi madre.

Después hicimos las maletas y nos fuimos a la isla Beechwood.

3

Penny, Carrie y Bess son las hijas de Tipper y Harris Sinclair. Harris heredó su dinero con veintiún años, al salir de Harvard, y aumentó la fortuna haciendo negocios que nunca me molesté en comprender. Heredó casas y tierras. Tomó decisiones inteligentes sobre el mercado de valores. Se casó con Tipper y la guardó en la cocina y el jardín. La exhibía luciendo perlas y en los veleros. Ella parecía disfrutarlo.

El único fracaso del abuelo fue que nunca tuvo un hijo, pero no importa. Las hijas de la familia Sinclair eran mujeres dichosas y bronceadas. Altas, alegres y ricas, aquellas chicas eran como las princesas de un cuento de hadas. Se las conocía en todo Boston, Harvard Yard y Martha's Vineyard por sus rebecas de cachemira y sus magníficas fiestas. Estaban hechas para ser una leyenda. Estaban hechas para príncipes y universidades de la Ivy League, para figuras de marfil y casas majestuosas.

El abuelo y Tipper querían tanto a las niñas que no podían decir a cuál de ellas querían más. Primero Carrie, luego Penny, después Bess y otra vez Carrie. Se celebraron bodas ostentosas con salmón y arpistas, luego nacieron nietos rubios y radiantes, y hubo perros rubios y graciosos. Nadie podría haberse sentido más orgulloso de sus hermosas hijas estadounidenses de lo que Tipper y Harris lo estaban, por aquel entonces.

Construyeron tres casas nuevas en su rocosa isla privada y le pusieron un nombre a cada una: Windemere para Penny, Red Gate para Carrie y Cuddledown para Bess.

Yo soy la mayor de los nietos de los Sinclair. Heredera de la isla, de la fortuna y de las expectativas.

Bueno, a lo mejor.

4

Yo, Johnny, Mirren y Gat. Gat, Mirren, Johnny y yo.

La familia nos llama a los cuatro «los Mentirosos», y quizá nos lo merezcamos. Tenemos prácticamente la misma edad y nuestros cumpleaños son en otoño. Casi todos los veranos nos hemos metido en líos en la isla.

Gat empezó a venir a Beechwood el año en que teníamos ocho. Lo llamamos «el verano número ocho».

Antes de aquello, Mirren, Johnny y yo no éramos Mentirosos. Solo éramos primos, y Johnny era un pesado porque no le gustaba jugar con chicas.

Johnny es dinamismo, esfuerzo y sarcasmo. En aquel entonces colgaba a nuestras Barbies del cuello o nos disparaba con pistolas hechas con piezas de Lego.

Mirren es azúcar, curiosidad y lluvia. En aquel entonces pasaba largas tardes con Taft y las gemelas chapoteando en la playa grande mientras yo dibujaba en papel cuadriculado y leía en la hamaca del porche de la casa Clairmont.

Entonces Gat vino a pasar los veranos con nosotros.

El marido de la tía Carrie la dejó cuando estaba embarazada del hermano de Johnny, Will. No sé qué pasó. La familia nunca habla de ello. En el verano número ocho, Will era un bebé y Carrie ya se había juntado con Ed.

Este tal Ed era marchante de arte y adoraba a los niños. Eso era lo único que sabíamos de él cuando Carrie anunció que iba a llevarlo a Beechwood, junto con Johnny y el bebé.

Aquel verano fueron los últimos en llegar, y casi todos nos reunimos en el muelle para ver aparecer la lancha. El abuelo me aupó para que pudiera

saludar con la mano a Johnny, que llevaba un chaleco salvavidas de color naranja y gritaba desde la proa.

La abuela Tipper estaba junto a nosotros. Se volvió de espaldas al barco un momento, se introdujo la mano en el bolsillo y sacó un caramelo blanco de menta. Lo desenvolvió y me lo metió en la boca.

Cuando miró de nuevo hacia la lancha, a mi abuela le cambió el rostro. Yo entorné los ojos para ver lo que veía ella.

Carrie bajó del barco con Will en brazos. El bebé llevaba un chaleco salvavidas amarillo y la verdad es que solo se veía una mata de pelo rubio platino que sobresalía por encima. Hubo exclamaciones al verlo. Aquel chaleco que todos habíamos llevado cuando éramos bebés. El pelo. Lo maravilloso que era que aquel pequeñín al que aún no conocíamos fuera tan claramente un Sinclair.

Johnny bajó del barco de un salto y tiró su chaleco al muelle. Lo primero que hizo fue acercarse corriendo a Mirren y darle una patada. Luego me dio otra a mí. Luego a las gemelas. Se acercó a los abuelos y se puso derecho.

—Me alegro de veros, abuela y abuelo. Tengo muchas ganas de pasar un feliz verano.

Tipper le dio un abrazo.

—Tu madre te ha dicho que dijeras eso, ¿verdad?

—Sí —contestó Johnny—. Y también tengo que decir que me alegro de volver a veros.

—Buen chico.

—¿Puedo irme ya?

Tipper le dio un beso en la mejilla pecosa.

—Vamos, vete.

Ed se acercó después de Johnny, pues se había entretenido a ayudar al personal a descargar el equipaje de la lancha. Era alto y delgado. Tenía la piel muy oscura: herencia hindú, según supimos luego. Llevaba gafas de montura negra e iba pulcramente vestido con ropa urbana: un traje de lino y camisa a rayas. Los pantalones estaban arrugados del viaje.

El abuelo me dejó en el suelo.

La boca de la abuela Tipper se convirtió en una línea recta. Luego enseñó todos los dientes y se adelantó.

—Tú debes de ser Ed. ¡Qué sorpresa tan agradable!

Él le estrechó la mano.

—¿Carrie no les dijo que veníamos?

—Por supuesto que sí.

Ed miró a nuestra blanquísima familia. Se volvió hacia Carrie.

—¿Dónde está Gat?

Lo llamaron y él salió de la embarcación quitándose el chaleco salvavidas, con la mirada gacha mientras se desabrochaba las hebillas.

—Mamá, papá —dijo Carrie—, hemos traído al sobrino de Ed para que juegue con Johnny. Este es Gat Patil.

El abuelo alargó el brazo y le dio unas palmaditas en la cabeza a Gat.

—Hola, jovencito.

—Hola.

—Su padre ha fallecido este mismo año —explicó Carrie—. Johnny y él son muy buenos amigos. A la hermana de Ed le viene muy bien que nos lo llevemos unas semanas. Y, ¿Gat? Comerás al aire libre y nadarás, tal como hablamos. ¿Qué te parece?

Pero Gat no respondió. Estaba mirándome.

Tenía una nariz impresionante y una boca bonita. La piel de un marrón oscuro, el pelo negro y ondulado. Un cuerpo tenso por la energía que contenía. Parecía armado sobre un resorte, como si estuviera buscando algo. Era contemplación y entusiasmo. Ambición y café cargado. Podría haberme pasado la vida observándolo.

Nuestras miradas se encontraron.

Me di la vuelta y eché a correr.

Gat me siguió. Oía sus pasos detrás de mí sobre los caminos de tablas que cruzan la isla.

Seguí corriendo, y él persiguiéndome.

Johnny salió detrás de Gat. Y Mirren fue tras Johnny.

Los adultos se quedaron hablando en el muelle, formando un educado círculo en torno a Ed, embobados con el bebé. Los pequeños hicieron lo que sea que hacen los pequeños.

Nosotros cuatro dejamos de correr al llegar a la playa pequeña que queda cerca de la casa Cuddledown. Es una corta franja de arena con rocas altas a

ambos lados. Nadie iba mucho por allí en aquel entonces. La playa grande tenía una arena más fina y menos algas.

Mirren se quitó los zapatos y los demás hicimos lo mismo. Tiramos piedras al agua. Existimos sin más.

Yo escribí nuestros nombres en la arena.

Cadence, Mirren, Johnny y Gat.

Gat, Johnny, Mirren y Cadence.

Aquel fue nuestro principio.

Johnny suplicó para que Gat se quedara más tiempo.

Consiguió lo que quería.

Al año siguiente suplicó para que viniera a pasar todo el verano.

Gat estuvo todo el verano.

Johnny era el primer nieto. Mis abuelos casi nunca le negaban nada.

5

El verano número catorce, Gat y yo sacamos la lancha pequeña los dos solos. Fue justo después de desayunar. Bess hizo que Mirren jugara al tenis con las gemelas y Taft. Johnny había empezado a correr aquel año y estaba dando vueltas por el sendero del perímetro. Gat me encontró en la cocina de la casa Clairmont y me preguntó si quería sacar la lancha.

—La verdad es que no.

Yo quería volver a la cama con un libro.

—Por favor.

Gat casi nunca decía «por favor».

—Sácala tú.

—Yo no puedo pedirla —dijo—. No me parece bien.

—Pues claro que puedes pedirla.

—Sin uno de vosotros no.

Estaba siendo ridículo.

—¿Adónde quieres ir? —le pregunté.

—Solo quiero salir de la isla. A veces no lo soporto.

Entonces no podía imaginarme qué era lo que no soportaba, pero le dije que de acuerdo. Nos hicimos a la mar con chaquetas impermeables y bañadores. Al cabo de un rato, Gat apagó el motor. Nos quedamos allí sentados comiendo pistachos y respirando aire salado. El agua centelleaba bajo la luz del sol.

—Vamos a meternos —le dije.

Gat saltó y yo fui detrás, pero el agua estaba mucho más fría que en la playa y nos cortó la respiración. El sol se ocultó tras una nube. Nos reímos con carcajadas asustadas y grité que meternos en el agua había sido una idea

de lo más estúpida. ¿Cómo se nos había ocurrido? Había tiburones frente a la costa, todo el mundo lo sabía.

«¡No hables de tiburones, por Dios!». Volvimos a la lancha precipitadamente, empujándonos el uno al otro, peleándonos por ser el primero en subir por la escalerilla de la parte trasera.

Al cabo de un momento, Gat se apartó para dejarme pasar.

—No es porque seas una chica, sino porque soy una buena persona —me dijo.

—Gracias.

Le saqué la lengua.

—Pero cuando un tiburón me arranque las piernas de un mordisco, prométeme que escribirás un discurso sobre lo genial que era.

—Hecho —respondí—. Gatwick Matthew Patil fue una comida deliciosa.

Tener tanto frío nos parecía graciosísimo. No teníamos toallas. Nos acurrucamos juntos bajo una manta de lana que encontramos debajo de los asientos y nuestros hombros desnudos se tocaban. Los pies fríos, unos encima de otros.

—Es solo para evitar la hipotermia —dijo Gat—. No creas que me pareces guapa ni nada de eso.

—Ya lo sé.

—Estás dejándome sin manta.

—Lo siento.

Una pausa.

Gat dijo:

—Sí me pareces guapa, Cady. No quería que sonara así. De hecho, ¿cuándo te has vuelto tan guapa? Es una distracción.

—Estoy como siempre.

—Este curso has cambiado. Eso está afectando mi estrategia.

—¿Tienes una estrategia?

Asintió con seriedad.

—Es lo más absurdo que he oído en mi vida. ¿Y cuál es?

—Nada atraviesa mi armadura. ¿Aún no te habías dado cuenta?

Aquello me hizo reír.

—No.

—Maldita sea. Creía que funcionaba.

Cambiamos de tema. Hablamos de llevar a los pequeños a Edgartown por la tarde a ver una película, hablamos de tiburones y de si de verdad se comían a la gente, hablamos de *Plantas contra zombies*.

Luego regresamos a la isla.

Poco después, Gat empezó a prestarme sus libros y a ir a buscarme a la playa pequeña a media tarde. Iba a mi encuentro cuando estaba tumbada en el césped de la casa Windemere con los perros.

Empezamos a pasear juntos por el sendero que rodea la isla, Gat delante y yo detrás. Hablábamos de libros o inventábamos mundos imaginarios. A veces acabábamos dando varias vueltas al contorno de la isla antes de aburrirnos o de que nos entrase hambre.

Junto al camino había rosas japonesas de un intenso color rosado. Despedían un aroma tenue y agradable.

Un día miré a Gat, que estaba tendido en la hamaca de la casa Clairmont con un libro, y me pareció... bueno, como si fuera mío. Como si estuviera hecho para mí.

Me puse a su lado en la hamaca sin decir nada. Le quité el bolígrafo de la mano —siempre leía con un bolígrafo— y le escribí «GAT» en el dorso de la izquierda y «CADENCE» en el dorso de la derecha.

Entonces él tomó el bolígrafo de nuevo. Escribió «GAT» en el dorso de mi mano izquierda y «CADENCE» en el de la derecha.

No estoy hablando del destino. Yo no creo en el destino, ni en las almas gemelas, ni en lo sobrenatural. Lo que quiero decir es que nos comprendíamos el uno al otro. Totalmente.

Pero solo teníamos catorce años. Yo nunca había besado a un chico, aunque besaría a unos cuantos el curso siguiente, y por algún motivo no lo llamábamos «amor».

6

El verano número quince llegué una semana más tarde que el resto. Papá nos había abandonado, y mamá y yo tuvimos que hacer todas aquellas compras, consultar al decorador y demás.

Johnny y Mirren fueron a esperarnos al muelle, con las mejillas sonrosadas y llenos de planes para el verano. Iban a organizar un torneo de tenis y habían marcado en un libro unas recetas para preparar helado. Iríamos a navegar, encenderíamos hogueras.

Los pequeños pululaban por allí dando gritos, como siempre. Las tías sonreían con frialdad. Tras el ajetreo de la llegada, todos fuimos a la casa Clairmont para la hora del cóctel.

Yo fui a Red Gate a buscar a Gat. Red Gate es mucho más pequeña que la casa Clairmont, pero aun así tiene cuatro dormitorios en el piso de arriba. Allí vivían Johnny, Gat y Will con la tía Carrie; además de Ed, cuando estaba allí, que no era muy a menudo.

Me acerqué a la puerta de la cocina y miré por la mosquitera. Gat no me vio. Estaba de pie junto a la encimera, vestido con vaqueros y una gastada camiseta gris. Era más ancho de hombros de lo que yo recordaba.

Desató una flor seca que colgaba boca abajo de una cinta en la ventana que había sobre el fregadero. La flor era una rosa japonesa, de color rosado y con los pétalos abiertos, probablemente de las que crecen por todo el perímetro de la isla Beechwood.

Gat. Mi Gat. Había cogido una rosa para mí de nuestro lugar de paseo favorito. La había colgado para que se secara y había esperado a que llegara a la isla para dármela.

Para entonces yo ya había besado a un par o tres de chicos sin

importancia.

Había perdido a mi padre.

Había llegado a la isla desde una casa de lágrimas y falsedad,

y vi a Gat,

y vi la rosa en su mano,

y en aquel momento único, con los rayos del sol que entraban por la ventana brillando sobre él,

las manzanas en la encimera de la cocina,

el olor a madera y a mar en el aire,

sí, lo llamé «amor».

Porque era amor, y me afectó tanto que tuve que apoyarme en la puerta mosquitera que todavía nos separaba para tenerme en pie. Tenía ganas de tocarlo como si fuera un conejito, un gatito, algo tan suave y especial que los dedos no pueden dejarlo tranquilo. El universo era bueno porque Gat estaba en él. Me encantaba el agujero que llevaba en los vaqueros, la suciedad de sus pies desnudos, la costra del codo y la cicatriz que le cruzaba la ceja. Gat, mi Gat.

Mientras yo estaba allí, mirando, metió la rosa en un sobre. Buscó un bolígrafo, abriendo y cerrando los cajones de golpe, encontró uno que llevaba en el bolsillo y se puso a escribir.

No me di cuenta de que estaba anotando una dirección hasta que sacó un rollo de sellos que había en un cajón de la cocina.

Gat pegó los sellos en el sobre. Escribió el remite.

No era para mí.

Me alejé de la puerta de Red Gate antes de que me viera y bajé corriendo hasta el sendero del perímetro. Contemplé el cielo que se oscurecía, sola.

Arranqué todas las rosas de un triste arbusto y las arrojé, una tras otra, al mar embravecido.

7

Aquella noche, Johnny me habló de la novia de Nueva York. Se llamaba Raquel. Mi primo incluso la había conocido. Él vive en Nueva York, al igual que Gat, pero en el centro con Carrie y Ed, mientras que Gat vive en la parte alta con su madre. Johnny me dijo que Raquel era bailarina de danza moderna y que vestía ropa negra.

El hermano de Mirren, Taft, me contó que Raquel había enviado un paquete de brownies caseros a Gat. Liberty y Bonnie me contaron que Gat tenía fotos de ella en el teléfono.

Gat no la mencionó en ningún momento, pero le costaba mirarme a los ojos.

Aquella primera noche lloré, me mordí los dedos y bebí vino que me llevé a escondidas de la despensa de la casa Clairmont. Me puse a dar vueltas mirando al cielo, rabiosa, hasta que las estrellas se soltaron de sus amarras, me tambaleé y vomité.

Le pegué un puñetazo a la pared de la ducha. Me limpié la vergüenza y la furia con agua muy muy fría. Luego estuve tiritando en la cama como el perro abandonado que era, con la piel temblándome sobre los huesos.

A la mañana siguiente, y todos los días a partir de entonces, actué con normalidad. Alcé bien alto mi mentón cuadrado.

Navegamos e hicimos hogueras. Gané el torneo de tenis.

Preparamos grandes cuencos de helado y nos tumbamos al sol.

Una noche, los cuatro cenamos al aire libre en la playa pequeña. Almejas al vapor, patatas y maíz dulce. Lo habían preparado los empleados. Yo no sabía cómo se llamaban.

Johnny y Mirren bajaron la comida en unas bandejas para el horno.

Comimos en torno a las llamas de nuestra fogata, dejando que la mantequilla goteara en la arena. Después, Gat preparó galletas de tres pisos de chocolate y malvaviscos para todos. Le miré las manos a la luz del fuego, mientras clavaba malvaviscos en un palo largo. Allí donde una vez habíamos escrito nuestros nombres, le había dado por escribir los títulos de los libros que quería leer.

Aquella noche, en la izquierda: «EL SER Y». En la derecha: «LA NADA».

Yo también tenía algo escrito en las manos. Una cita que me gustaba. En la izquierda: «VIVE». En la derecha: «EL PRESENTE».

—¿Queréis saber en qué estoy pensando? —preguntó Gat.

—Sí —respondí.

—No —contestó Johnny.

—Me pregunto cómo podemos decir que tu abuelo es el dueño de esta isla. No desde el punto de vista legal, sino real.

—Por favor, no empieces con lo de los males de los primeros colonos —se quejó Johnny.

—No. Lo que me pregunto es: ¿cómo podemos decir que la tierra pertenece a alguien?

Con un gesto de la mano señaló la arena, el mar, el cielo.

Mirren se encogió de hombros.

—La gente compra y vende tierras continuamente.

—¿No podemos hablar de sexo o de asesinatos? —preguntó Johnny.

Gat no le hizo caso.

—Quizá la tierra no debería pertenecer a nadie. O quizá debería haber límites sobre lo que la gente puede poseer. —Se inclinó hacia delante—. Cuando fui a la India este invierno, en ese viaje de voluntariado, construimos lavabos. Los construimos porque allí, en aquel pueblo, la gente no tenía.

—Ya sabemos todos que has ido a la India —dijo Johnny—. Nos lo has contado como cuarenta y siete veces.

He aquí algo que me encanta de Gat: es tan entusiasta, su interés por el mundo es tan inextinguible, que le cuesta imaginar que los demás puedan aburrirse con lo que explica. Incluso cuando se lo dicen sin ambages. Tampoco le gusta dejarnos escapar fácilmente. Quiere hacernos pensar... hasta cuando no nos apetece.

Hurgó las brasas con un palo.

—Lo que digo es que deberíamos hablar de ello. No todo el mundo tiene islas privadas. Hay personas que trabajan en ellas. O que trabajan en fábricas. O que no tienen trabajo. O que no tienen comida.

—Deja de hablar ya —dijo Mirren.

—Deja de hablar para siempre —añadió Johnny.

—En Beechwood tenemos una visión distorsionada de la humanidad —prosiguió Gat—. No creo que lo entendáis.

—Cállate —le dije—. Te daré más chocolate si te callas.

Y Gat se calló, pero crispó el rostro. Se puso en pie bruscamente, recogió una piedra de la arena y la arrojó con todas sus fuerzas. Se quitó la sudadera y se descalzó. A continuación se metió en el mar con los vaqueros.

Enfadado.

Me quedé mirando los músculos de sus hombros a la luz de la luna, la espuma que levantó al zambullirse. Se sumergió y pensé: «Si no lo sigo ahora, se lo quedará esa Raquel. Si no lo sigo ahora, se marchará. De los Mentirosos, de la isla, de nuestra familia, de mí».

Me quité el jersey a toda prisa, fui tras él y me metí en el mar con el vestido. Choqué contra el agua y nadé hacia donde estaba él, tendido de espaldas. El agua le había alisado el pelo y se lo había apartado de la cara dejando ver la fina cicatriz de la ceja.

Le toqué el brazo.

—Gat.

Se sobresaltó. Se puso de pie, el agua le llegaba a la cintura.

—Lo siento —susurré.

—Yo no te digo que te calles, Cady —dijo—. Nunca te lo digo.

—Ya lo sé.

Se quedó en silencio.

—No te calles, por favor —le pedí.

Noté que paseaba la mirada por mi cuerpo con el vestido mojado.

—Hablo demasiado —afirmó—. Lo politizo todo.

—A mí me gusta cuando hablas —dije, porque era cierto. Cuando me paraba a escucharlo, me gustaba.

—Es que todo hace que me... —Hizo una pausa—. El mundo está mal

hecho, nada más.

—Sí.

—Quizá debería... —Gat me tomó las manos y les dio la vuelta para mirar las palabras escritas al dorso—. Debería «vivir el presente» en lugar de estar siempre arengando.

Me sostenía la mano con la suya, mojada.

Me estremecí. Gat tenía los brazos desnudos y húmedos. Antes nos cogíamos de la mano continuamente, pero no me había tocado en todo el verano.

—Está bien que veas el mundo así —le dije.

Me soltó y volvió a hacer el muerto.

—Johnny quiere que me calle. A ti y a Mirren os aburro.

Miré su perfil. No era solamente Gat. Era contemplación y entusiasmo. Ambición y café cargado. Todo estaba allí, en los párpados de sus ojos castaños, en su piel suave, en su prominente labio inferior. Dentro había energía contenida.

—Te contaré un secreto —susurré.

—¿Cuál?

Alargué la mano y volví a tocarle el brazo. Él no se apartó.

—Cuando decimos «Cállate, Gat», en realidad no es eso lo que queremos decir.

—¿Ah, no?

—Lo que queremos decir es que te queremos. Nos recuerdas que somos unos cabrones egoístas. En ese sentido, tú no eres uno de nosotros.

Gat bajó la mirada. Sonrió.

—¿Eso es lo que tú quieres decir, Cady?

—Sí —contesté.

Dejé que mis dedos se deslizaran por su brazo extendido.

—¿Cómo habéis podido meteros en el agua! —Allí estaba Johnny, con los vaqueros remangados y el mar hasta los tobillos—. Esto parece el Ártico. Tengo los dedos congelados.

—Una vez dentro se está bien —le respondió Gat.

—¿En serio?

—¡No seas cobarde! —le gritó su amigo—. Sé un hombre y métete de

una vez.

Johnny se rio y se tiró al agua. Mirren entró detrás.

Y fue... exquisito.

La noche cerniéndose sobre nosotros. El murmullo del océano. Los graznidos de las gaviotas.

8

Aquella noche me costaba dormir.

Pasada la medianoche, él me llamó.

Me asomé a la ventana. Gat estaba tendido de espaldas en el camino de tablas que conduce a la casa Windemere. Los golden retriever estaban tumbados a su lado, los cinco: *Bosh, Grendel, Poppy, Prince Philip y Fatima*. Daban golpecitos en el suelo con el rabo.

A la luz de la luna todos parecían azules.

—Baja —me dijo.

Bajé.

Mi madre tenía la luz apagada. El resto de la isla estaba a oscuras. Estábamos solos, sin más compañía que los perros.

—Hazte a un lado —le pedí.

El camino no era ancho. Cuando me tumbé junto a él, nuestros brazos se tocaron, los míos desnudos y los suyos dentro de una cazadora de color verde oliva.

Miramos el cielo. Había tantas estrellas que parecía una celebración, una fiesta magnífica e ilícita que daba la galaxia cuando los humanos se habían ido a la cama.

Me alegré de que Gat no intentara parecer un entendido en constelaciones ni dijese estupideces sobre pedir deseos a las estrellas. Pero tampoco supe cómo interpretar su silencio.

—¿Puedo cogerte la mano? —preguntó.

Se la di.

—Ahora mismo el universo parece tan tremendamente inmenso —me dijo— que necesito sujetarme a algo.

—Aquí estoy.

Me acarició la palma con el pulgar. Todos mis nervios se concentraron allí, sensibles a cada uno de los movimientos de su piel contra la mía.

—No estoy seguro de ser una buena persona —dijo al cabo de un rato.

—Yo tampoco lo estoy —contesté—. Pero hago lo que puedo.

—Ya. —Gat se quedó callado un momento—. ¿Crees en Dios?

—A medias. —Intenté pensarlo en serio. Sabía que Gat no se conformaría con una respuesta frívola—. Cuando las cosas van mal, rezo o me imagino que hay alguien velando por mí, escuchando. Los primeros días después de que papá se marchara, por ejemplo, pensé en Dios. En busca de protección. Pero el resto del tiempo me dedico a lidiar con los problemas de la vida diaria, que no tienen nada de espiritual.

—Yo ya no creo —dijo Gat—. Ese viaje a la India, ver toda esa pobreza... No puedo imaginarme un Dios que tolere esas cosas. Luego volví a casa y empecé a ver la misma situación en las calles de Nueva York. Gente enferma y muriéndose de hambre en uno de los países más ricos del mundo. Es imposible... no puedo pensar que haya alguien velando por esa gente. Y eso significa que tampoco hay nadie que vele por mí.

—Eso no te convierte en una mala persona.

—Mi madre es creyente. Creció en una familia budista, pero ahora va a la iglesia metodista. No está muy contenta conmigo.

Gat casi nunca hablaba de su madre.

—No puedes creer solo porque ella te lo diga.

—No. La cuestión es cómo ser una buena persona si ya no creo.

Nos quedamos mirando el cielo. Los perros entraron en la casa Windemere por la puerta para animales.

—Tienes frío —dijo Gat—. Ponte mi cazadora.

Aunque en realidad no tenía frío, me incorporé. Él también. Se desabrochó la cazadora verde oliva y se la quitó. Me la dio.

Conservaba el calor de su cuerpo. Me venía demasiado ancha de hombros. Entonces fueron sus brazos los que pasaron a estar desnudos.

Tuve ganas de besarlo allí mismo, con su cazadora puesta. Pero no lo hice.

Puede que él quisiera a Raquel. Las fotos de su teléfono. La rosa japonesa

seca dentro de un sobre.

9

A la mañana siguiente durante el desayuno, mi madre me pidió que fuera al desván de la casa Windemere para ver si quería quedarme con algo de lo que mi padre había dejado allí. Después se desharía del resto.

La casa Windemere es angular y su tejado, a dos aguas. Dos de los cinco dormitorios tienen el techo inclinado, y es la única casa de la isla con un desván completo. El porche es grande, y la cocina, moderna, renovada con unas encimeras de mármol que parecen un poco fuera de lugar. Las habitaciones son espaciosas y están llenas de perros.

Gat y yo subimos al desván con unas botellas de cristal llenas de té helado y nos sentamos en el suelo. La habitación olía a madera. Por la ventana entraba un cuadrado brillante de luz.

Ya habíamos estado en el desván.

Sin embargo, nos sentíamos como si nunca hubiéramos estado en el desván.

Los libros eran lecturas de verano de papá. Solo había memorias deportivas, novelitas de misterio e intimidades sobre estrellas del *rock*, todos ellos libros escritos por personas mayores de las que no había oído hablar. Gat ni siquiera los miraba, concentrado en separar los libros por colores. Un montón rojo, uno azul, uno marrón, uno blanco, uno amarillo.

—¿No quieres nada para leer? —pregunté.

—Tal vez.

—¿Qué tal *Primera base y mucho más allá*?

Gat se echó a reír. Negó con la cabeza. Alineó el montón azul.

—¿Dejándome llevar? ¿El héroe de la pista de baile?

Se rio otra vez. Luego se puso serio.

—¿Cadence?

—¿Qué?

—Cállate.

Me lo quedé mirando un buen rato. Todas las curvas de su rostro me resultaban familiares y, sin embargo, me sentí como si nunca lo hubiera visto.

Sonrió. Radiante. Tímido. Se puso de rodillas, derribando sus coloridas pilas de libros al hacerlo. Alargó el brazo y me acarició el pelo.

—Te quiero, Cady. En serio.

Me incliné y lo besé.

Me tocó la cara. Me recorrió el cuello con la mano y la deslizó por la clavícula. La luz que entraba por la ventana del desván nos iluminaba. Nuestro beso fue eléctrico y suave,

y tentativo y seguro,
terrorífico e impecable.

Sentí el torrente de amor que pasaba de mí a Gat y de Gat a mí.

Teníamos calor y temblábamos,

éramos jóvenes y ancianos,

y estábamos vivos.

Yo pensaba: «Es cierto. Ya nos queremos».

Ya nos queremos.

10

El abuelo nos sorprendió. Gat se levantó de un salto y pisó torpemente los libros agrupados por colores que había tirado por el suelo.

—¿Interrumpo? —preguntó el abuelo.

—No, señor.

—Sí, desde luego que sí interrumpo.

—Lamento que haya tanto polvo —dije incómoda.

—Penny pensó que tal vez habría algo que me interesaría leer.

El abuelo desplazó una vieja silla de mimbre al centro de la habitación, se sentó y se encorvó sobre los libros.

Gat se quedó de pie. Tenía que agachar la cabeza bajo el techo inclinado del desván.

—Ten cuidado, jovencito —terció el abuelo de repente y con brusquedad.

—¿Cómo dice?

—La cabeza. Podrías hacerte daño.

—Tiene razón —convino Gat—. Tiene razón, podría hacerme daño.

—Pues ten cuidado —repitió el abuelo.

Gat se dio la vuelta y bajó por la escalera sin decir ni una palabra más.

El abuelo y yo nos quedamos sentados en silencio un momento.

—Le gusta leer —solté al fin—. Pensé que tal vez quisiera algunos de los libros de papá.

—Te aprecio mucho, Cady —dijo el abuelo dándome unas palmaditas en el hombro—. Mi primera nieta.

—Yo también te quiero, abuelo.

—¿Recuerdas que te llevé a un partido de béisbol? Solo tenías cuatro años.

—Claro.

—Nunca habías comido palomitas Cracker Jack —añadió él.

—Lo sé. Me compraste dos cajas.

—Tuve que sentarte en mi regazo para que pudieras ver algo. ¿Te acuerdas de eso, Cady?

Me acordaba.

—Cuéntamelo.

Sabía la respuesta que mi abuelo esperaba. Era una petición que hacía bastante a menudo. Le encantaba volver a contar momentos clave de la historia de la familia Sinclair, exagerando su importancia. No paraba de preguntarte qué significaba algo para ti y esperaba que respondieras con detalles, imágenes, tal vez una lección aprendida.

Por norma general, me encantaba relatar aquellas historias y oírlas contar. Los legendarios Sinclair, lo bien que nos lo pasábamos, lo guapos que éramos. Pero aquel día no me apetecía.

—Fue tu primer partido de béisbol —me incitó el abuelo—. Después te compré un bate de plástico rojo, con el que practicaste lanzamientos en el jardín de la casa de Boston.

¿Sabía mi abuelo lo que había interrumpido? Y si lo sabía, ¿le importaba?

¿Cuándo volvería a ver a Gat?

¿Rompería con Raquel?

¿Qué pasaría entre nosotros?

—Quisiste hacer palomitas Cracker Jack en casa —continuó diciendo el abuelo, aunque sabía que yo conocía la historia—. Y Penny te ayudó a hacerlas. Pero lloraste al ver que no había cajas rojas y blancas donde ponerlas. ¿Te acuerdas de eso?

—Sí, abuelo —respondí dándome por vencida—. Volviste al estadio y compraste dos cajas más de Cracker Jack. Te las comiste de camino a casa para poder dárme las vacías. Lo recuerdo.

Satisfecho, el abuelo se levantó y salimos juntos del desván. Al bajar la escalera le temblaban las piernas y se apoyó en mi hombro.

Encontré a Gat en el sendero del perímetro, contemplando el agua, y corrí hacia él. El viento soplaba con fuerza y me llevaba el pelo a los ojos. Cuando

lo besé, noté sus labios salados.

11

La abuela Tipper murió de un paro cardíaco ocho meses antes del verano número quince en la isla Beechwood. Era una mujer imponente, incluso de mayor. Cabello blanco, mejillas sonrosadas; alta y delgada. Ella fue quien hizo que a mi madre le gustaran tanto los perros. Cuando sus hijas eran pequeñas siempre tuvo al menos dos golden retriever, y a veces cuatro, hasta que murió.

Juzgaba con rapidez y tenía favoritismos, pero también era cariñosa. Si te levantabas temprano en la isla Beechwood, cuando éramos pequeños, podías ir a Clairmont y despertar a la abuela. Ella tenía masa para muffins reposando en la nevera, la vertía en unos moldes de lata y te dejaba comer todos los muffins calientes que quisieras antes de que el resto de la isla se levantara. Nos llevaba a coger bayas y nos ayudaba a hacer tarta o lo que ella llamaba «pastel hundido», y después nos lo comíamos por la noche.

Uno de sus proyectos benéficos era una fiesta anual para recaudar fondos para el Farm Institute de Martha's Vineyard. Asistíamos todos. Era al aire libre, en unas carpas blancas preciosas. Los pequeños correteaban por allí vestidos con ropa de fiesta y descalzos. Johnny, Mirren, Gat y yo cogíamos copas de vino a escondidas y terminábamos mareados y atontados. La abuela bailaba con Johnny, luego con papá y después con el abuelo, sujetándose los bajos de la falda con la mano. Yo tenía una fotografía de la abuela en una de esas fiestas benéficas. Llevaba un vestido de noche y un cerdito en brazos.

El verano número quince en la isla Beechwood, la abuela Tipper ya no estaba. La casa Clairmont parecía vacía.

Es un edificio victoriano gris de tres pisos. Tiene una torre en lo alto y un porche que la rodea. El interior está lleno de viñetas originales de la revista

New Yorker, fotografías familiares, cojines bordados, estatuillas, pisapapeles de marfil y peces disecados sobre placas. Por todas partes, en cualquier lugar, se ven los bellos objetos que Tipper y el abuelo coleccionaban. En el césped hay una mesa de jardín enorme, con espacio para dieciséis comensales, y, a bastante distancia de allí, un columpio de neumático cuelga de un arce inmenso.

La abuela siempre andaba trasteando en la cocina y organizando excursiones. Cosía colchas en su cuarto de costura y el zumbido de la máquina de coser se oía por todo el piso de abajo. Daba instrucciones a los encargados del mantenimiento vestida con vaqueros y con los guantes de jardinería puestos.

Ahora en la casa reinaba el silencio. No había libros de recetas abiertos en la encimera ni se oía música clásica en el equipo de sonido de la cocina. Pero todas las jaboneras tenían aún el jabón preferido de la abuela. Eran sus plantas las que crecían en el jardín. Sus cucharas de madera, sus servilletas de tela.

Un día, cuando no había nadie en casa, entré en el cuarto de costura de la parte trasera de la planta baja. Toqué la colección de telas de la abuela, los botones relucientes, los hilos de colores.

Primero se me derritieron la cabeza y los hombros, luego las caderas y las rodillas. Poco después era un charco que impregnaba los bonitos estampados de algodón. Empapé la colcha que la abuela dejó sin terminar y oxidé las piezas metálicas de su máquina de coser. Me convertí en una pura fuga de líquido, y lo fui durante una o dos horas. Mi abuela, mi abuela. Se había ido para siempre, aunque yo olía su perfume de Chanel en las telas.

Mamá me encontró.

Me obligó a actuar con normalidad. Porque era normal. Porque podía serlo. Me dijo que respirara y me incorporase.

Y le hice caso. Otra vez.

Mi madre estaba preocupada por el abuelo. Desde la muerte de la abuela le temblaban las piernas y tenía que agarrarse a las sillas y a las mesas para no perder el equilibrio. Era el cabeza de familia, y mi madre no quería que se desestabilizara. Quería que supiera que sus hijas y sus nietos seguían estando allí, fuertes y alegres como siempre. Dijo que era importante; que era

generoso; que era lo mejor. No hay que entristecer a la gente, dijo. No hay que recordarles a las personas que han perdido. «¿Lo entiendes, Cady? El silencio es una capa protectora sobre el dolor».

Lo entendí, y me las arreglé para borrar de la conversación a la abuela Tipper, del mismo modo que había borrado a mi padre. A conciencia, aunque no de buen grado. En las comidas con las tías, o en el barco con el abuelo, incluso cuando estaba a solas con mamá, me comportaba como si aquellas dos personas fundamentales no hubieran existido. Los demás Sinclair hacían lo mismo. Cuando nos reuníamos todos, no dejábamos de sonreír. Habíamos hecho lo mismo cuando Bess dejó al tío Brody, o cuando el tío William dejó a Carrie, o cuando el perro de la abuela, *Peppermill*, murió de cáncer.

Sin embargo, Gat no lo entendió. De hecho, él había mencionado a mi padre muchas veces. Papá había encontrado en Gat un buen contrincante para jugar al ajedrez, además de un público muy bien dispuesto para sus aburridas batallitas militares, de modo que habían pasado juntos algún tiempo. «¿Recuerdas cuando tu padre atrapó aquel cangrejo enorme con un cubo?», me decía Gat. O a mi madre: «El año pasado, Sam me dijo que hay un equipo de pesca con mosca en el cobertizo de las lanchas, ¿sabe dónde está?».

En la cena, la conversación se interrumpía de golpe cuando mencionaba a la abuela. Una vez dijo: «Echo de menos ver cómo se ponía de pie a la cabecera de la mesa para servirnos el postre, ¿vosotros no? Era tan típico de Tipper...». Johnny estuvo hablando en voz alta sobre Wimbledon hasta que la consternación desapareció de nuestros rostros.

Cada vez que Gat decía aquellas cosas con su despreocupada sinceridad, con su inconsciencia, se me abrían las venas. Se me rajaban las muñecas. La sangre se me deslizaba por las palmas. Me mareaba. Me alejaba de la mesa tambaleándome o me desplomaba con un dolor silencioso y avergonzado, con la esperanza de que nadie de la familia se diera cuenta. Sobre todo mamá.

Pero Gat casi siempre lo veía. Cuando la sangre me goteaba en los pies desnudos o caía en el libro que estaba leyendo, era cariñoso conmigo. Me envolvía las muñecas con suave gasa blanca y me hacía preguntas acerca de lo que había ocurrido. Me preguntaba cosas sobre mi padre y sobre la abuela, como si hablar de algo pudiera solucionarlo. Como si las heridas necesitaran atención.

Incluso después de tantos años, seguía siendo un extraño en nuestra familia.

Cuando yo no sangraba, y cuando Mirren y Johnny buceaban o se peleaban con los pequeños, o cuando todo el mundo estaba tumbado en los sofás viendo películas en la pantalla plana de la casa Clairmont, Gat y yo nos escondíamos. Nos sentábamos en el columpio de neumático a medianoche, envolviéndonos el uno al otro con los brazos y las piernas, los labios cálidos sobre la fría piel nocturna. Por las mañanas nos escabullíamos riendo al sótano de la casa Clairmont, que tenía las paredes forradas de botellas de vino y enciclopedias. Allí nos besábamos y nos maravillábamos de la existencia del otro, saboreando nuestro secreto y nuestra dicha. Algunos días me escribía notas y me las dejaba debajo de la almohada con pequeños regalos.

Alguien escribió una vez que una novela debería suministrar una serie de pequeñas sorpresas. Yo recibo lo mismo pasando una hora contigo.

Aquí tienes también un cepillo de dientes verde con una cinta.

No expresa adecuadamente mis sentimientos.

Estar anoche contigo fue mejor que el chocolate.

Tonto de mí, creía que no había nada mejor que el chocolate.

Como gesto profundo y simbólico, te doy esta tableta de Vosges que compré cuando fuimos todos a Edgerton. Puedes comértela, o sentarte junto a ella y sentirte superior.

No le respondí, pero le hice unos ridículos dibujos a la cera de los dos. Unos muñecos de palitos saludando delante del Coliseo, la torre Eiffel, en la cima de una montaña, a lomos de un dragón. Él los colgó sobre su cama.

Gat me tocaba siempre que podía. Por debajo de la mesa durante la cena, en la cocina en cuanto se quedaba vacía. Detrás del abuelo mientras conducía la lancha, a escondidas y muriéndonos de risa. Yo sentía que no había barreras entre nosotros. Cuando no nos veía nadie, le deslizaba los dedos por los pómulos, por la espalda. Le cogía la mano, le presionaba la muñeca con el pulgar y notaba la sangre que corría por sus venas.

12

Una noche, a finales de julio del verano número quince, me fui a nadar a la playa pequeña. Sola.

¿Dónde estaban Gat, Johnny y Mirren?

La verdad es que no lo sé.

Nos había dado por jugar mucho al Scrabble en Red Gate. Probablemente estuvieran allí. O puede que anduvieran en la casa Clairmont, escuchando las discusiones de las tías y comiendo mermelada de ciruelas de playa untada en *crackers*.

En cualquier caso, me metí en el mar con una camisola, sujetador y braguitas. Por lo visto fui a la playa sin nada más. No encontramos ninguna otra prenda en la arena. Ni una toalla.

¿Por qué?

La verdad es que tampoco lo sé.

Debí de adentrarme mucho en el agua. Frente a la orilla hay unas rocas grandes, negras y escarpadas que adquieren un aspecto malvado cuando oscurece. Tal vez iba con la cara metida en el agua y me golpeé la cabeza contra una de ellas.

Como ya he dicho, no lo sé.

Solo recuerdo esto: me sumergí en este océano, hasta el fondo rocoso, muy rocoso, y vi la base de la isla Beechwood y tenía los brazos y las piernas entumecidos, pero los dedos fríos. Las hilachas de algas quedaban atrás mientras me hundía.

Mi madre me encontró en la arena, hecha un ovillo y medio sumergida en el agua. Temblaba de manera incontrolable. Los adultos me envolvieron con mantas. Intentaron hacerme entrar en calor en la casa Cuddledown. Me

hicieron beber té, me dieron ropa, pero como no hablaba ni dejaba de temblar, me llevaron a un hospital de Martha's Vineyard, donde pasé varios días para que los médicos me hicieran pruebas. Hipotermia, problemas respiratorios y muy probablemente algún tipo de lesión en la cabeza, aunque en los escáneres cerebrales no salió nada.

Mi madre se quedó a mi lado, reservó una habitación en un hotel. Recuerdo las caras tristes y grises de la tía Carrie, la tía Bess y el abuelo. Recuerdo que me sentía como si tuviera los pulmones llenos de algo, mucho después de que los médicos dijeran que estaban limpios. Recuerdo que tenía la sensación de que nunca volvería a entrar en calor, incluso cuando me dijeron que mi temperatura era normal. Me dolían las manos. Me dolían los pies.

Mamá me llevó a casa, a Vermont, para que me recuperase. Estuve tumbada en la cama a oscuras, compadeciéndome de mí misma con desesperación. Porque estaba enferma, y más aún porque Gat no me había llamado.

Tampoco me escribió.

¿No estábamos enamorados?

¿No?

Le escribí a Johnny dos o tres correos electrónicos estúpidos, enfermos de amor, en los que le pedía que averiguara algo sobre Gat.

Johnny tuvo la sensatez de no hacerles caso. Al fin y al cabo somos Sinclair, y los Sinclair no se comportan como yo lo estaba haciendo.

Dejé de escribir y borré todos los mensajes de la carpeta de correos enviados. Eran débiles y estúpidos.

La conclusión es que Gat se esfumó cuando me hice daño.

La conclusión es que solo fue una aventura de verano.

La conclusión es que tal vez quisiera a Raquel.

Lo cierto es que vivíamos muy lejos el uno del otro.

Y que nuestras familias eran demasiado cercanas.

No me dio ninguna explicación.

Solo sé que me dejó.

13

Bienvenidos a mi cráneo.

Un camión me pasa por encima de los huesos del cuello y la cabeza. Las vértebras se me rompen, los sesos me estallan y rebosan. Un millar de linternas me brillan en los ojos. El mundo se inclina.

Vomito. Me desmayo.

Me ocurre de forma continua. No es más que un día normal.

El dolor empezó a las seis semanas del accidente. Nadie estaba seguro de si las dos cosas estaban relacionadas, pero los vómitos, la pérdida de peso y el horror general eran innegables.

Mi madre me llevó a que me hicieran resonancias magnéticas y tomografías computerizadas. Agujas, máquinas. Más agujas, más máquinas. Me hicieron pruebas para determinar si tenía tumores cerebrales, meningitis, de todo. Para aliviar el dolor me recetaron esto y aquello, y eso otro, porque el primer medicamento no funcionó y el segundo tampoco. Me hicieron una receta tras otra sin saber siquiera cuál era el problema. Solo intentaban calmar el dolor.

«Cadence, no tomes demasiado», decían los médicos.

«Cadence, estate atenta a los síntomas de adicción», decían los médicos.

Y aun así: «Cadence, asegúrate de tomar la medicación».

Hubo tantas visitas al hospital que ni siquiera las recuerdo. Al final llegaron a un diagnóstico. Cadence Sinclair Eastman: cefalea postraumática, también conocida como CPT. Migrañas provocadas por una lesión cerebral traumática.

Me dicen que me pondré bien.

No me moriré.

Solo me dolerá un montón.

14

Después de pasar un año en Colorado, mi padre quiso volver a verme. De hecho, insistió en llevarme a Italia, Francia, Alemania, España y Escocia, un viaje de diez semanas que empezaría a mediados de junio, lo cual significaba que el verano número dieciséis ni siquiera pisaría la isla Beechwood.

—Este viaje es muy oportuno —dijo mamá alegremente mientras me hacía la maleta.

—¿Por qué?

Yo estaba tumbada en el suelo de mi cuarto y dejaba que ella hiciera el trabajo. Me dolía la cabeza.

—El abuelo está reformando Clairmont. —Se puso a hacer pelotas con los calcetines—. Te lo he dicho mil veces.

No me acordaba.

—¿Y cómo es eso?

—Una idea de las tuyas. Va a pasar el verano en la casa Windemere.

—¿Y tú te harás cargo de él?

Mi madre asintió con la cabeza.

—No puede quedarse con Bess ni con Carrie. Y ya sabes que necesita cuidados. En fin. El viaje a Europa será muy educativo.

—Prefiero ir a Beechwood.

—No, no lo prefieres —replicó con firmeza.

En Europa, vomité en cubos pequeños y me cepillé los dientes repetidamente con un dentífrico británico blancuzco. Me tendí boca abajo en el suelo del cuarto de baño de varios museos para sentir la baldosa fría debajo de la mejilla mientras mi cerebro se licuaba y me salía por la oreja burbujeando.

Las migrañas hicieron que mi sangre se extendiera por las sábanas de hoteles desconocidos, gotease al suelo, rezumara en las alfombras, empapase las sobras de los cruasanes y las galletas de encaje italianas.

Oía que mi padre me llamaba, pero yo no respondía hasta que el medicamento surtía efecto.

Aquel verano eché de menos a los Mentirosos.

No manteníamos el contacto durante el año escolar. No mucho, al menos, aunque lo habíamos intentado cuando éramos más pequeños. Nos enviábamos mensajes de texto, o nos etiquetábamos unos a otros en las fotos del verano, sobre todo en septiembre, pero al cabo de un mes o así, nuestra relación siempre se apagaba. Por algún motivo, la magia de Beechwood nunca se transmitía a nuestras vidas diarias. No queríamos oír hablar de amigos del colegio, de clubes ni de equipos deportivos. En cambio, sabíamos que nuestro afecto reviviría en cuanto nos viéramos en el muelle el siguiente mes de junio, con el aire lleno de salitre y el sol pálido centelleando en el agua.

Pero el año después de mi accidente, falté al instituto días e incluso semanas. Suspendí muchas asignaturas y el director me informó de que tendría que repetir el penúltimo año. Dejé de jugar al fútbol y al tenis. No podía hacer de canguro. No podía conducir. Mis antiguos amigos se convirtieron en simples conocidos.

Envié unos cuantos mensajes de texto a Mirren. La llamé y le dejé mensajes de los que luego me avergoncé por la soledad y el desamparo que transmitían.

También llamé a Johnny, pero tenía el buzón lleno.

Decidí no volver a llamar. No quería seguir diciendo cosas que me hacían sentir débil.

Cuando papá me llevó a Europa, sabía que los Mentirosos estaban en la isla. El abuelo no ha instalado una conexión en Beechwood y los teléfonos móviles no tienen cobertura, así que empecé a escribir correos electrónicos. Eran distintos a mis lastimosos mensajes de voz, eran unas notas simpáticas y encantadoras de una persona sin dolor de cabeza.

Casi siempre.

¡Mirren!

Te saludo desde Barcelona, donde mi padre ha comido caracoles en caldo.

Nuestro hotel lo tiene todo dorado. Hasta los saleros. Es magníficamente repulsivo.

Escríbeme y cuéntame lo mal que están portándose los pequeños, a qué universidad vas a mandar la solicitud y si has encontrado el amor verdadero.

/Cadence

¡Johnny!

Bonjour desde París, donde mi padre se ha comido una rana.

He visto la Victoria alada. Un cuerpo fenomenal. Sin brazos.

Os echo de menos, chicos. ¿Cómo está Gat?

/Cadence

¡Mirren!

Hola desde un castillo de Escocia, donde mi padre se ha comido un haggis. Es decir, mi padre se ha comido el corazón, el hígado y los pulmones de una oveja mezclados con harina de avena y hervidos en el estómago del animal.

Así que, ya sabes, es de los que comen corazones.

/Cadence

¡Johnny!

Estoy en Berlín, donde mi padre se ha comido una morcilla.

Yo prefiero bucear con tubo. Comer tarta de arándanos. Jugar al tenis. Hacer una hoguera. Así que tenme al corriente. Me aburro como una ostra y voy a inventar castigos creativos si no obedeces.

/Cadence

No me sorprendió del todo que no me respondieran. Aparte de que para conectarte a internet tienes que ir a Martha's Vineyard, la isla Beechwood es casi un mundo en sí mismo. Una vez que estás allí, el resto del universo parece un mero sueño desagradable.

Europa podría incluso no existir.

15

Bienvenidos, de nuevo, a la hermosa familia Sinclair.

Creemos en el ejercicio al aire libre. Creemos que el tiempo lo cura todo.

Creemos, aunque no lo diremos explícitamente, en los medicamentos con receta a la hora del cóctel.

No hablamos de nuestros problemas en los restaurantes. No creemos en las demostraciones de dolor. Mantenemos la compostura, y es posible que despertemos la curiosidad de la gente porque no les abrimos el corazón.

Es posible que disfrutemos con la curiosidad que despertamos en los demás.

Ahora, en Burlington solo estamos mi madre, los perros y yo. No tenemos el peso del abuelo como en Boston ni el impacto de toda la familia como en Beechwood, pero aun así, sé cómo nos ve la gente. En esta casa grande, con porche y en lo alto de la colina, mamá y yo somos tal para cual. La madre esbelta y la hija enclenque. Tenemos los pómulos altos y la espalda ancha. Sonreímos enseñando los dientes cuando vamos al pueblo a hacer algún recado.

La hija enclenque no habla mucho. La gente del instituto que la conoce tiende a evitarla. De todos modos, tampoco la conocían bien antes de que se pusiera enferma. Ya entonces era callada.

Ahora falta a clase la mitad del tiempo. Cuando va, su piel pálida y sus ojos llorosos le dan un aspecto glamurosamente trágico, como el de una heroína literaria consumida por la tisis. A veces, en el instituto, se cae al suelo llorando. Asusta a los demás alumnos. Hasta los más amables están cansados de acompañarla a la enfermería.

Aun así, su aura de misterio evita que se burlen de ella o que la

conviertan en víctima de las típicas bromas pesadas de instituto. Su madre es una Sinclair.

Por supuesto, yo no advierto nada de mi misterio cuando por la noche como sopa de pollo de lata, ni cuando estoy tendida bajo la luz fluorescente de la enfermería de la escuela. Las peleas en las que nos enzarzamos mamá y yo ahora que mi padre se ha marchado no tienen nada de glamurosas.

Me despierto y la veo en la puerta de mi dormitorio, mirándome.

—No me aceches.

—Te quiero. Estoy cuidando de ti —dice ella con la mano en el corazón.

—Bueno, pues para ya.

Si pudiera cerrarle la puerta, lo haría. Pero no puedo levantarme.

A menudo encuentro por ahí notas que parecen ser registros de lo que he comido en un día concreto: «Tostada con mermelada, pero solo media; manzana y palomitas; ensalada con pasas; tableta de chocolate; pasta. ¿Hidratación? ¿Proteína? Demasiado *ginger-ale*».

No es glamuroso que no pueda conducir un coche. No es misterioso estar en casa un sábado por la noche leyendo una novela entre un montón de golden retriever malolientes. Sin embargo, no soy inmune a la sensación de ser vista como un misterio, como una Sinclair, como parte de un clan privilegiado de gente especial y como parte de una narración mágica e importante solo porque pertenezco a este clan.

Mi madre tampoco es inmune a ella.

Nos han educado para ser estas personas.

Los Sinclair. Los Sinclair.

SEGUNDA PARTE

VERMONT

16

Cuando tenía ocho años, mi padre me regaló un montón de libros de cuentos de hadas por Navidad. Tenían las cubiertas de colores: *El libro de cuentos amarillo*, *El libro de cuentos azul*, *El carmesí*, *El verde*, *El gris*, *El marrón* y *El naranja*. Dentro había cuentos de todo el mundo, variaciones de variaciones de historias conocidas.

Al leerlas oyes el eco de una historia dentro de otra, y luego el eco de otra dentro de aquella. Muchas tienen la misma premisa: Érase una vez tres.

Tres de algo:

tres cerditos,

tres osos,

tres hermanos,

tres soldados,

tres cabritillos.

Tres princesas.

Desde que volví de Europa, me he dedicado a escribir mis propios cuentos. Variaciones.

Dispongo de tiempo, así que voy a contaros un cuento. Una variación, ya digo, de una historia que ya habéis oído.

Érase una vez un rey que tenía tres hermosas hijas.

Cuando fue haciéndose mayor, empezó a preguntarse cuál de ellas debería heredar el reino, puesto que ninguna se había casado y él no tenía heredero. El rey decidió pedir a sus hijas que demostraran su amor por él.

A la princesa mayor le dijo: «Dime cuánto me quieres».

Ella lo quería tanto como a todo el tesoro del reino.

A la princesa mediana le dijo: «Dime cuánto me quieres».

Ella lo quería con la fuerza del hierro.

A la princesa más joven le dijo: «Dime cuánto me quieres».

La princesa más joven se lo pensó mucho tiempo antes de contestar. Al fin respondió que lo quería como la carne quiere a la sal.

—Entonces no me quieres en absoluto —replicó el rey.

Echó a su hija del castillo y mandó que alzarán el puente levadizo para que no pudiera volver.

Pues bien, la princesa más joven se interna en el bosque sin siquiera un abrigo o una hogaza de pan. Deambula durante un crudo invierno, resguardándose bajo los árboles. Llega a una posada y la contratan como ayudante de la cocinera. Con el paso de los días y las semanas, la princesa aprende a desenvolverse en la cocina. Al final acaba superando a su patrona y su comida se hace famosa en todo el reino.

Pasan los años y la princesa mayor está a punto de casarse. La cocinera de la posada elabora el banquete nupcial para las celebraciones.

Al final se sirve un gran cerdo asado. Es el plato favorito del rey, pero esta vez se ha cocinado sin sal.

El rey lo prueba.

Vuelve a probarlo.

—¡¿Quién osaría servir un asado tan mal hecho en la boda de la futura reina?! —grita.

La princesa cocinera aparece ante su padre, pero está tan cambiada que él no la reconoce.

—No quise servirlos sal, majestad —explica—. Pues ¿no exiliasteis a vuestra hija menor por decir que era algo valioso?

Al oír aquellas palabras, el rey no solo se da cuenta de que es su hija, sino de que además es la hija que más lo quiere.

Y entonces, ¿qué?

La hija mayor y la mediana han seguido viviendo con el rey durante todo este tiempo. Una semana la favorita era una, a la semana siguiente lo era la otra. Las constantes comparaciones de su padre las han distanciado. Ahora que la menor ha regresado, el rey arrebató el reino a su hija mayor, que acababa de casarse. Después de todo, no va a ser reina. La hermana mayor

se enfurece.

Al principio, la más pequeña disfruta del amor paterno. Sin embargo, al cabo de no mucho tiempo, se da cuenta de que el rey está demente y de que el poder lo ha enloquecido. Ella va a ser reina, pero también tendrá que cuidar de un viejo tirano loco durante el resto de sus días. Por muy enfermo que se ponga, ella no lo abandonará.

¿Se queda porque lo quiere como la carne quiere a la sal?

¿O se queda porque ahora él le ha prometido el reino?

Le resulta difícil saberlo.

17

El otoño después del viaje a Europa, empecé un proyecto. Cada día regalo algo mío.

A Mirren le mandé por correo una vieja Barbie con el pelo extralargo, la muñeca por la que nos peleábamos de pequeñas. A Johnny le envié una bufanda a rayas que solía usar mucho. A Johnny le gustan las rayas.

Para los mayores de mi familia —mamá, las tías y el abuelo—, la acumulación de objetos bonitos es una meta en la vida. Quien se muera con más cosas, gana.

Lo que me gustaría saber es: ¿qué gana?

Antes yo era una persona a la que le gustaban las cosas bonitas. Como a mi madre, como a todos los Sinclair. Pero esa ya no soy yo.

Mamá tiene nuestra casa de Burlington llena de plata y cristal, libros de gran formato y mantas de cachemira. Los suelos están cubiertos de alfombras gruesas y las paredes repletas de cuadros de varios artistas locales de los que ella es mecenas. Le gusta la porcelana antigua y la expone en el comedor. Ha sustituido el Saab, que resultaba muy cómodo, por un BMW.

Ninguno de esos símbolos de prosperidad y buen gusto tiene utilidad alguna.

—La belleza es útil en sí misma —sostiene mamá—. Crea una sensación de lugar, una sensación de historia personal. Incluso de placer, Cadence. ¿Has oído hablar del placer alguna vez?

Pero yo creo que miente, a mí y a sí misma, acerca de por qué posee esos objetos. La emoción de una nueva compra hace que se sienta poderosa, aunque solo sea por un momento. Creo que tener una casa llena de cosas bonitas y comprar carísimos cuadros de conchas marinas a sus amigos con

pretensiones artísticas y cucharas de Tiffany son muestras de estatus. Las antigüedades y las alfombras orientales le dicen a la gente que puede que mi madre sea una criadora de perros que no terminó sus estudios en Bryn Mawr, pero tiene poder, porque tiene dinero.

Regalo: la almohada de mi cama. La llevo conmigo mientras hago recados.

Hay una chica apoyada en la pared exterior de la biblioteca. Tiene un vaso de papel junto a los tobillos para que le echen algo suelto. No es mucho mayor que yo.

—¿Quieres esta almohada? —le pregunto—. He lavado la funda.

La coge y se sienta encima.

Esa noche mi cama es incómoda, pero es mejor así.

Regalo: un ejemplar en rústica de *El rey Lear*. Lo leí en el segundo año de instituto, lo he encontrado debajo de la cama.

Lo he donado a la biblioteca pública.

No necesito volver a leerlo.

Regalo: una fotografía de la abuela Tipper en la fiesta del Farm Institute con un vestido de noche y un cerdito en brazos.

De camino a casa paso por el centro de donación Goodwill.

—Hola, Cadence —me saluda Patti, detrás del mostrador—. ¿Vienes solo a dejar algo?

—Esta era mi abuela.

—Era una mujer hermosa —dice Patti mirándola detenidamente—. ¿Estás segura de que no quieres sacar la foto? Podrías donar solo el marco.

—Estoy segura.

La abuela está muerta. Tener una foto suya no cambiará nada.

—¿Has vuelto a pasar por Goodwill? —me pregunta mamá cuando llego a casa.

Está cortando melocotones con un cuchillo especial para fruta.

—Sí.

—¿De qué te has deshecho?

—Solo de una vieja foto de la abuela.

—¿La del cerdito? —Tensa la boca—. ¡Oh, Cady!

—Era mía, podía regalarla.

Mi madre suspira.

—Como regales uno de los perros, te lo reprocharé toda la vida.

Me pongo en cuclillas, a la misma altura que ellos. *Bosh*, *Grendel* y *Poppy* me saludan con suaves ladridos de interior. Son los perros de la familia, corpulentos y bien educados. Golden retriever de pura raza. *Poppy* ha tenido varias camadas para el negocio de mi madre, pero los cachorros y los demás perros de cría viven con el socio de mi madre en una granja a las afueras de Burlington.

—Eso nunca —digo.

Les susurro lo mucho que los quiero en sus suaves orejas perrunas.

18

Si busco «lesión cerebral traumática» en Google, la mayoría de las páginas web me dicen que la amnesia selectiva es una de sus consecuencias. Cuando el cerebro sufre daños, no es raro que un paciente olvide cosas. No será capaz de recomponer la historia del trauma de forma coherente.

Pero no quiero que la gente sepa que estoy así. Que siga así después de todas las visitas, escáneres y medicamentos.

No quiero que me asocien con una discapacidad. No quiero más medicinas. No quiero médicos ni profesores preocupados. Sabe Dios que ya he tenido bastantes médicos.

Lo que recuerdo del verano del accidente:

Enamorarme de Gat en la puerta de la cocina de Red Gate.

Su rosa japonesa para Raquel y mi noche sumergida en vino, dando vueltas enfurecida.

Actuar con normalidad. Preparar helado. Jugar al tenis.

Las galletas de tres pisos de chocolate y malvaviscos y el enfado de Gat cuando le dijimos que se callara.

Nadar por la noche.

Besar a Gat en el desván.

Oír la historia de las palomitas y ayudar al abuelo a bajar por la escalera.

El columpio de neumático, el sótano, el perímetro. Gat y yo el uno en brazos del otro.

Gat viéndome sangrar. Haciéndome preguntas. Vendándome las heridas.

No recuerdo mucho más.

Veo la mano de Mirren, con su esmalte de uñas dorado y desconchado, sosteniendo un bidón de gasolina para las lanchas.

Mi madre, con el rostro tenso, que pregunta: «¿Las perlas negras?».

Los pies de Johnny bajando a todo correr la escalera de Clairmont para dirigirse al cobertizo de las lanchas.

El abuelo, aferrado a un árbol, con el rostro iluminado por el resplandor de una fogata.

Y nosotros cuatro, los Mentirosos, mareados y a punto de vomitar de tanto reírnos. Pero ¿qué era tan gracioso?

¿Qué era y dónde estábamos?

No lo sé.

Cuando no recordaba el resto del verano número quince, le preguntaba a mi madre. Mi falta de memoria me asustaba. Proponía dejar la medicación, o cambiarla, o ir a ver a otro doctor. Le suplicaba que me contara lo que había olvidado. Entonces, un día de finales de otoño, del otoño que pasé sometiéndome a pruebas de enfermedades mortales, mamá se puso a llorar.

—Me lo preguntas una y otra vez. Nunca recuerdas lo que te digo.

—Lo siento.

Se sirvió una copa de vino mientras hablaba.

—Empezaste a preguntarme el día que te despertaste en el hospital. «¿Qué pasó? ¿Qué pasó?». Te dije la verdad, Cadence, siempre lo he hecho, y tú me repetías lo que te contaba. Pero al día siguiente volvías a preguntármelo.

—Lo siento —dije otra vez.

—Y sigues preguntándomelo casi todos los días.

Es cierto, no recuerdo mi accidente. No me acuerdo de lo que ocurrió ni antes ni después. No recuerdo las visitas de mi médico. Sabía que tenían que haber existido, porque, por supuesto, existieron —y aquí estoy con un diagnóstico y medicación—, pero casi todo mi tratamiento médico es una laguna.

Miré a mi madre. Su rostro exasperadamente preocupado, sus ojos llenos de lágrimas, la flacidez achispada de su boca.

—Tienes que dejar de preguntarme —dijo—. Además, los médicos creen que es mejor que recuerdes por ti misma.

Le pedí que me lo contara por última vez y anoté sus respuestas para poder leerlas cuando quisiera. Por eso puedo contaros lo del accidente de la

noche que fui a nadar, las rocas, la hipotermia, los problemas respiratorios y la lesión cerebral traumática no confirmada.

No he vuelto a preguntarle nada. Hay muchas cosas que no entiendo, pero de esta forma se mantiene bastante sobria.

19

Mi padre tiene pensado llevarme a Australia y Nueva Zelanda a pasar todo el verano número diecisiete.

Yo no quiero ir.

Quiero volver a Beechwood. Quiero ver a Mirren y hablar de nuestro futuro tumbadas al sol. Quiero discutir con Johnny, bucear con tubo y preparar helado. Quiero hacer fogatas en la orilla de la playa pequeña. Quiero que nos apretujemos en la hamaca del porche de la casa Clairmont y que seamos los Mentirosos otra vez, si es posible.

Quiero recordar mi accidente.

Quiero saber por qué Gat desapareció. No sé por qué no estaba nadando conmigo. No sé por qué fui a la playa pequeña sola. Por qué me metí en el agua en ropa interior y no dejé ninguna otra prenda en la arena. Y por qué se esfumó cuando me hice daño.

Me pregunto si me quería. Me pregunto si quería a Raquel.

Se supone que papá y yo nos iremos a Australia dentro de cinco días.

No debería haber accedido a ir.

Me siento una desgraciada y sollozo. Le digo a mamá que no necesito ver mundo. Necesito ver a la familia. Echo de menos al abuelo.

No.

Si voy a Australia me pondré enferma. Los ataques de migraña aumentarán, no debería subirme a un avión. No debería comer comida extraña. No me conviene sufrir el desfase horario. ¿Y si perdemos la medicación?

No insistas. El viaje ya está pagado.

Saco a pasear a los perros por la mañana. Lleno el lavavajillas y luego lo

vacío. Me pongo un vestido y me aplico colorete en las mejillas. Me como todo lo que tengo en el plato. Dejo que mamá me rodee con los brazos y me acaricie el pelo. Le digo que quiero pasar el verano con ella, no con papá.

Por favor.

Al día siguiente, el abuelo viene a Burlington; se instalará en el cuarto de invitados. Lleva desde mediados de mayo en la isla y para venir tiene que coger un barco, un coche y un avión. No ha venido a visitarnos desde la muerte de la abuela. Mi madre va a recogerlo al aeropuerto y yo me quedo en casa y pongo la mesa para la cena. Ha comprado pollo asado y acompañamientos en una tienda *gourmet* de la ciudad.

El abuelo ha adelgazado desde la última vez que lo vi. El pelo blanco le sobresale en torno a las orejas como si fueran borlas, encopetado; parece una cría de pájaro. La piel le cuelga, flácida, y tiene una panza caída que yo no le recordaba. Siempre pareció invencible, con unas espaldas anchas y firmes y muchos dientes.

El abuelo es de esas personas que tienen lemas. «No aceptes un no por respuesta», nos dice siempre. Y: «Nunca te sientes al fondo de la habitación. Los ganadores se sientan delante».

Los Mentirosos solíamos poner los ojos en blanco al oír esas sentencias —«Sé decidido; a nadie le gustan los indecisos»; «Nunca te quejes y nunca des explicaciones»—, pero aun así lo veíamos como a alguien lleno de sabiduría sobre los temas de los adultos.

El abuelo lleva pantalones cortos de madrás y mocasines. Tiene unas piernas de anciano larguiruchas. Me da palmaditas en la espalda y me pide un escocés con soda.

Comemos y él habla de unos amigos que tiene en Boston. De la cocina nueva de su casa de Beechwood. De nada importante. Después, mientras mamá limpia, le enseño el jardín trasero. El sol de la tarde aún no se ha puesto.

El abuelo coge una peonía y me la da.

—Para mi primera nieta.

—No cortes las flores, ¿vale?

—A Penny no le importará.

—Sí, sí le importará.

—Cadence fue la primera —dice mirando al cielo, no a mí—. Recuerdo cuando vino a visitarnos a Boston. Iba vestida con un pelele rosa y llevaba todo el pelo levantado y de punta. Johnny no nació hasta tres semanas después.

—Estoy aquí mismo, abuelo.

—Cadence fue la primera, y no importó que fuera una niña. Se lo daría todo. Igual que si fuera un nieto. La cogí en brazos y bailé. Era el futuro de nuestra familia.

Yo asiento con la cabeza.

—Nos dimos cuenta de que era una Sinclair. Estaba lo del pelo, pero no era solamente eso. Eran el mentón, las manitas. Supimos que sería alta. Todos éramos altos hasta que Bess se casó con ese tipo bajito, y Carrie cometió el mismo error.

—Te refieres a Brody y a William.

—Qué alivio, ¿eh? —El abuelo sonrío—. Toda nuestra gente era alta. ¿Sabías que la línea materna de la familia llegó aquí en el *Mayflower*? Para forjarse esta vida en Norteamérica.

Sé que no tiene importancia que nuestra familia llegara en el *Mayflower*. No tiene importancia ser alto. O rubio. Por eso me teñí el pelo: no quiero ser la mayor. La heredera de la isla, de la fortuna y de las expectativas.

Aunque, por otro lado, tal vez sí quiero.

El abuelo había bebido demasiado tras un largo día de viaje.

—¿Entramos? —pregunto—. ¿Quieres sentarte?

Corta otra peonía y me la da.

—Para pedir perdón, querida.

Le doy unas palmaditas en la espalda encorvada.

—No cojas más, ¿vale?

El abuelo se inclina y toca unos tulipanes blancos.

—En serio, no lo hagas —le digo.

Arranca una tercera peonía con brusquedad, con insolencia. Me la da.

—Eres mi Cadence. La primera.

—Sí.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo?

—Me lo he teñido.

—No te reconocía.

—No pasa nada.

El abuelo señala las peonías, que ahora están todas en mi mano.

—Tres flores para ti. Deberías tener tres.

Tiene un aspecto lastimero. Tiene un aspecto poderoso.

Lo quiero, pero no estoy segura de que me caiga bien. Lo tomo de la mano y lo llevo adentro.

20

Érase una vez un rey que tenía tres hermosas hijas. Las quería muchísimo. Un día, cuando las jóvenes damas tuvieron edad de casarse, un horrible dragón de tres cabezas asedió el reino e incendió aldeas con su aliento de fuego. Arruinó cosechas y quemó iglesias. Mató a niños, a ancianos y a todo el mundo entre medias.

El rey prometió la mano de una princesa a quienquiera que matase al dragón. Acudieron héroes y guerreros con armadura, montados en valerosos caballos y provistos de espadas y flechas.

El dragón mató a aquellos hombres, uno a uno, y se los comió.

Finalmente el rey llegó a la conclusión de que quizá una doncella ablandara el corazón del dragón y tuviese éxito allí donde los guerreros habían fracasado. Envió a su hija mayor a suplicar clemencia a la bestia, pero esta no escuchó ni una palabra de sus ruegos. Se la tragó entera.

El rey envió entonces a su segunda hija a suplicar clemencia a la bestia, pero esta hizo lo mismo. Se la tragó antes de que pudiera decir nada.

El rey mandó entonces a su hija menor a suplicar clemencia a la bestia, y era tan encantadora y lista que estaba seguro de que tendría éxito allí donde las otras habían perecido.

No fue así. El dragón se la comió sin más.

El rey se quedó lleno de pesar y remordimientos. Ahora estaba solo en el mundo.

*Pues bien, dejadme que os haga una pregunta. ¿Quién mató a las chicas?
¿El dragón? ¿O su padre?*

Al día siguiente, después de marcharse el abuelo, mi madre llama a mi padre

y cancela el viaje a Australia. Hay gritos. Hay negociación.

Al final deciden que iré a Beechwood a pasar cuatro semanas del verano y luego visitaré a papá en su casa de Colorado, donde todavía no he estado. Él insiste. Si pierde el verano entero conmigo, habrá abogados de por medio.

Mamá llama por teléfono a las tías. Mantiene largas conversaciones privadas con ellas desde el porche de nuestra casa. No oigo más que unas cuantas frases: «Cadence es muy frágil, necesita mucho descanso». «Solo cuatro semanas, no todo el verano». «Hay que evitar cualquier cosa que pueda alterarla, la curación es muy gradual».

Además, pinot grigio, Sancerre, quizá un *riesling*; definitivamente, nada de chardonnay.

21

Ahora mi cuarto está casi vacío. Hay sábanas y un edredón en mi cama. Un portátil en la mesa, unos cuantos bolígrafos. Una silla.

Tengo un par de vaqueros y pantalones cortos. Tengo camisetas, camisas de franela y algunos jerséis de abrigo; un bañador, un par de zapatillas deportivas, otro de Crocs y otro de botas. Dos vestidos y unos cuantos zapatos de tacón. Abrigo, cazadora y trenca.

Los estantes están vacíos. No hay fotografías ni pósteres. No hay juguetes viejos.

Regalo: un cepillo de dientes de viaje que mi madre me compró ayer.

Ya tengo un cepillo de dientes. No sé por qué me compra otro. Esa mujer compra cosas solo por comprar. Es vergonzoso.

Me acerco a la biblioteca y encuentro a la chica que se quedó con mi almohada. Sigue apoyada en la pared de la calle. Le dejo el cepillo de dientes en la taza.

Regalo: la cazadora de color verde oliva de Gat. La que me puse aquella noche que nos cogimos de la mano, miramos las estrellas y hablamos sobre Dios. No se la devolví.

Es lo primero que debería haber regalado. Lo sé. Pero no podía. Era lo único que me quedaba de él.

Pero fue una debilidad y una estupidez. Gat no me quiere.

Yo tampoco lo quiero, y quizá nunca lo quise.

Lo veré pasado mañana y no lo quiero y no quiero su cazadora.

22

La noche antes de marcharnos a Beechwood, a las diez, suena el teléfono. Mi madre está en la ducha. Lo cojo yo.

Una respiración agitada. Luego una risa.

—¿Quién es?

—¿Cady?

Me doy cuenta de que es un niño.

—Sí.

—Soy Taft.

El hermano de Mirren. No tiene modales.

—¿Qué haces despierto?

—¿Es verdad que eres drogadicta? —me pregunta de repente Taft.

—No.

—¿Estás segura?

—¿Me llamas para preguntarme si soy drogadicta?

No he hablado con Taft desde mi accidente.

—Estamos en Beechwood —responde—. Hemos llegado esta mañana.

Me alegro de que cambie de tema. Pongo una voz animada.

—Nosotras vamos mañana. ¿Cómo lo habéis encontrado todo? ¿Habéis ido ya a nadar?

—No.

—¿Habéis subido al columpio de neumático?

—No —contesta Taft—. ¿Estás segura de que no eres drogadicta?

—¿De dónde has sacado esa idea?

—De Bonnie. Dice que debería tener cuidado contigo.

—No hagas caso a Bonnie —le digo—. Tú escucha a Mirren.

—Eso es lo que intento. Pero Bonnie es la única que me cree cuando cuento lo de Cuddledown —explica—. Y quería llamarte para contártelo a ti también. Pero no si eres drogadicta, porque los drogadictos no saben lo que pasa.

—No soy drogadicta, mocoso —repito.

Aunque es posible que esté mintiendo.

—La casa Cuddledown está embrujada... ¿Puedo ir a Windemere y dormir contigo?

Taft me cae bien. De verdad. Está chalado y cubierto de pecas, y Mirren lo quiere mucho más que a las gemelas.

—No está embrujada. Es el viento que corre por la casa —le digo—. En Windemere también hay corrientes de aire. Las ventanas traquetean.

—También está embrujada —afirma Taft—. Mamá no me cree y Liberty tampoco.

Cuando era más pequeño, siempre era el que creía que había monstruos dentro del armario. Después se convenció de que había un monstruo marino debajo del muelle.

—Pídele ayuda a Mirren —le digo—. Te leerá un cuento antes de ir a dormir o te cantará.

—¿Eso crees?

—Claro. Y cuando yo llegue, te llevaré a bucear con tubo y pasaremos un verano estupendo, Taft.

—De acuerdo —dice.

—No tengas miedo de la vieja y estúpida Cuddledown —le digo—. Demuéstrale quién manda y mañana te veo.

Cuelga sin despedirse.

TERCERA PARTE

VERANO NÚMERO DIECISIETE

23

En Woods Hole, el pueblo portuario, mamá y yo dejamos salir a los perros del coche y arrastramos nuestras bolsas hasta el muelle, donde nos espera la tía Carrie.

Carrie le da un largo abrazo a mamá y luego nos ayuda a cargar las maletas y los perros en la lancha grande.

—Estás más guapa que nunca —dice—. Y gracias a Dios que estás aquí.

—Vamos, cállate —responde mi madre.

—Sé que has estado enferma —me dice Carrie.

Es la más alta de mis tías, y la hija mayor de los Sinclair. Lleva un jersey largo de cachemira y unas joyas de jade antiguas que eran de mi abuela. Las arrugas de las comisuras de sus labios son profundas.

—No tengo nada que un Percocet y un par de tragos de vodka no puedan curar —contesto.

Carrie se ríe, pero mamá se inclina hacia ella y aclara:

—No está tomando Percocet. Está tomando una medicina que le prescribe el médico y que no es adictiva.

No es verdad. Las medicinas no adictivas no surtieron efecto.

—Está demasiado delgada —comenta Carrie.

—Es por el vodka —suelto—. Me llena.

—No puede comer mucho cuando le duele —explica mamá—. El dolor le da náuseas.

—Bess ha preparado esa tarta de arándanos que te gusta —me dice la tía Carrie.

Le da otro abrazo a mamá.

—De repente os ha dado por los abrazos... —digo—. Antes no os

abrazabais.

La tía Carrie me abraza a mí también. Huele a perfume caro, cítrico. Hacía mucho que no la veía.

La salida del puerto es fría y centelleante. Me siento en la parte trasera de la lancha y mi madre se sienta al lado de la tía Carrie, que coge el volante. Hago surcos con la mano en el agua, que me salpica y me empapa la manga de la trenca.

Pronto veré a Gat.

Gat, mi Gat, que no es mi Gat.

Las casas. Los pequeños, las tías, los Mentirosos.

Oiré el graznido de las gaviotas, saborearé pasteles hundidos y tarta y helado casero. Oiré los golpes de las pelotas de tenis, los ladridos de los perros, el eco de mi respiración en un tubo de buceo. Haremos fogatas que olerán a cenizas.

¿Seguiré sintiéndome en casa?

Al cabo de poco rato, el familiar contorno de Beechwood surge frente a nosotras. La primera casa que veo es Windemere, con su multitud de tejados puntiagudos. Esa habitación de más a la derecha es la de mi madre; ahí están sus cortinas azul pálido. Mi ventana da al interior de la isla.

Carrie rodea el saliente con la lancha y allí, en el punto más bajo del terreno, veo Cuddledown, con su estructura rechoncha que recuerda a una caja. Una cala pequeñita y arenosa —la playa pequeña— se esconde al pie de una larga escalera de madera.

Las vistas cambian cuando avanzamos hacia el lado este de la isla. No puedo distinguir gran cosa de Red Gate entre los árboles, pero atisbo su ribete rojo. Luego la playa grande, a la que se accede por otra escalera de madera.

Clairmont está situada en el punto más alto, con vistas al mar en tres direcciones. Estiro el cuello para buscar con la mirada su simpática torre, pero no está. Los árboles que daban sombra al gran jardín en pendiente también han desaparecido. En lugar del edificio victoriano de seis dormitorios con el porche alrededor y la cocina de estilo rústico, en lugar de la casa donde el abuelo pasaba todos los veranos desde siempre, veo un lustroso edificio moderno en lo alto de una colina rocosa. A un lado hay un jardín japonés y, al otro, roca pelada. La casa es de hierro y cristal. Fría.

Carrie apaga el motor, lo que facilita la conversación.

—Ahí está Nueva Clairmont —anuncia.

—El año pasado tan solo era un almacén. No me imaginaba que la quisiera sin césped —comenta mamá.

—Espera a verla por dentro. Las paredes están desnudas y, cuando fuimos ayer, papá no tenía en la nevera nada más que unas manzanas y una cuña de Havarti.

—¿Desde cuándo le gusta el Havarti? —pregunta mi madre—. El Havarti ni siquiera es un buen queso.

—No sabe comprar. Ginny y Lucille, que es la nueva cocinera, solo hacen lo que él les dice. Ha estado alimentándose de tostadas con queso. Pero hice una lista larguísima y fueron al mercado de Edgerton. Ahora tenemos comida para unos cuantos días.

Mamá se estremece.

—Menos mal que hemos venido.

Mientras la tía habla, me quedo mirando el nuevo edificio. Ya sabía que el abuelo había hecho reformas, por supuesto. Mi madre y él hablaron de la cocina nueva cuando nos visitó hace unos días. El frigorífico y el congelador adicional, el cajón calentaplatos y los especieros.

Pero no entendí que había derribado la casa entera. Que el jardín había desaparecido. Y los árboles, sobre todo el inmenso arce con el columpio de neumático debajo. Ese árbol debía de tener cien años.

Se levanta una ola, azul oscuro, que salta del mar como una ballena. Se arquea sobre mí. Se me contraen los músculos del cuello, me atraganto. Me doblo bajo ese peso. La sangre se me sube a la cabeza. Estoy ahogándome.

Por un momento todo parece tan triste, tan insoportablemente triste... el recuerdo del viejo arce con el columpio. Nunca le dijimos al árbol lo mucho que lo queríamos. No le pusimos nombre ni hicimos nada por él. Podría haber vivido mucho más tiempo.

Tengo mucho mucho frío.

—¿Cadence?

Mi madre se inclina sobre mí.

La agarro de la mano.

—Sé normal, vamos —susurra—. Ahora mismo.

—¿Qué?

—Porque lo eres. Porque puedes serlo.

Vale. Vale. No era más que un árbol.

Nada más que un árbol con un columpio de neumático que me encantaba.

—No montes una escena —susurra mamá—. Respira e incorpórate.

Hago lo que me pide en cuanto me resulta posible, tal como he hecho siempre.

La tía Carrie se pone a hablar animadamente y nos distrae.

—El jardín nuevo es bonito, cuando te acostumbras —dice—. Hay una zona para sentarse a la hora del cóctel. Taft y Will han encontrado piedras curiosas.

Dirige la lancha hacia la costa y de pronto veo a mis Mentirosos esperando, no en el muelle, sino en la envejecida valla de madera que bordea el sendero del perímetro.

Mirren está subida en la mitad inferior de la barrera, saludando alegremente y con el pelo agitándose al viento.

Mirren. Es azúcar. Es curiosidad y lluvia.

Johnny salta arriba y abajo y de vez en cuando hace la rueda.

Johnny. Es dinamismo. Es esfuerzo y sarcasmo.

Gat, mi Gat, érase una vez mi Gat... él también ha salido a verme. Está algo apartado de las tablas de la valla, en la colina rocosa que ahora lleva a Clairmont. Finge comunicarse con el alfabeto semáforo, colocando los brazos en posiciones complicadas como si fuera un código secreto que yo tuviera que entender. Gat es contemplación y entusiasmo. Ambición y café cargado.

Bienvenida a casa, dicen. Bienvenida a casa.

24

Los Mentirosos no vienen al muelle cuando atracamos, ni la tía Bess ni el abuelo. Solo están los pequeños: Will y Taft, Liberty y Bonnie.

Los chicos, ambos de diez años, se dan patadas y luchan. Taft viene corriendo y me agarra del brazo. Yo lo aúpo y lo hago girar. Es sorprendentemente ligero, como si su cuerpo pecoso estuviera compuesto de partes de pájaro.

—¿Ya te encuentras mejor? —le pregunto.

—¡Tenemos barras de helado en el congelador! ¡De tres clases distintas!

—En serio, Taft. Anoche por teléfono estabas fatal.

—No es verdad.

—¡Ya lo creo!

—Mirren me leyó un cuento. Luego me fui a dormir. No fue para tanto. Le alboroto el cabello de color miel.

—Solo es una casa. Muchas casas dan miedo de noche, pero por la mañana vuelven a ser amigables.

—De todos modos no vamos a quedarnos en Cuddledown —dice Taft—. Nos hemos trasladado a Nueva Clairmont con el abuelo.

—¿Ah, sí?

—Allí tenemos que ser obedientes y no hacer el tonto. Ya hemos llevado nuestras cosas. Y Will cogió tres medusas en la playa grande y también un cangrejo muerto. ¿Vendrás a verlos?

—Claro.

—Lleva el cangrejo en el bolsillo, pero las medusas están en un cubo de agua —dice Taft, y se va corriendo.

Mi madre y yo cruzamos la isla para ir a Windemere, una corta distancia sobre un camino de tablas. Las gemelas nos ayudan con las maletas.

El abuelo y la tía Bess están en la cocina. Hay jarrones con flores silvestres sobre la encimera, y Bess frota un fregadero limpio con un estropajo Brillo mientras el abuelo lee el *Martha's Vineyard Times*.

Bess es más dulce que sus hermanas, y más rubia, aunque está hecha con el mismo molde. Lleva unos vaqueros blancos, una camiseta de algodón azul marino y joyas de diamantes. Se quita los guantes de goma y luego le da un beso a mi madre y a mí un abrazo demasiado fuerte y demasiado largo, como si quisiera abrazar un mensaje secreto y profundo. Huele a lejía y a vino.

El abuelo se levanta, pero no cruza la habitación hasta que Bess ha terminado con los abrazos.

—Hola, Mirren —dice alegremente—. Me alegro mucho de verte.

—Lo hace mucho —nos comenta la tía Carrie a mamá y a mí—. Eso de llamar Mirren a quienes no son Mirren.

—Ya sé que no es Mirren —replica el abuelo.

Los adultos hablan entre ellos y a mí me dejan con las gemelas. Tienen un aspecto extraño con sus vestidos de verano y sus Crocs. Ya deben de contar casi catorce años. Han sacado las piernas fuertes y los ojos azules de Mirren, pero están chupadas de cara.

—Llevas el pelo negro —dice Bonnie—. Pareces un vampiro muerto.

—¡Bonnie!

Liberty le da un manotazo.

—Bueno, eso es redundante porque todos los vampiros están muertos —explica Bonnie—, pero tienen ojeras y la piel blanca, igual que tú.

—Sé amable con Cady —susurra Liberty—. Nos lo dijo mamá.

—Estoy siendo amable —contesta Bonnie—. Muchos vampiros son muy sexis. Es un hecho documentado.

—Te dije que este verano no quería que hablaras de cosas muertas y horripilantes —dice Liberty—. Ayer ya me diste la noche. —Se vuelve hacia mí—. Bonnie está obsesionada con las cosas muertas. No para de leer libros sobre eso y luego no puede dormir. Es muy molesto compartir el dormitorio con alguien así. —Liberty dice todo eso sin siquiera mirarme a los ojos.

—Yo hablaba del pelo de Cady —protesta Bonnie.

—Pues no le digas que parece una muerta.

—No pasa nada —le digo a Bonnie—. La verdad es que no me importa lo que pienses, así que no pasa absolutamente nada.

25

Todo el mundo se va a Nueva Clairmont y mi madre y yo nos quedamos solas en Windemere para deshacer las maletas. Dejo la bolsa y me voy a buscar a los Mentirosos.

De pronto los tengo encima como si fueran cachorros. Mirren me agarra y me hace girar. Johnny agarra a Mirren, Gat agarra a Johnny, todos nos agarramos y damos saltos. Luego nos separamos y entramos en Cuddledown.

Mirren habla de lo contenta que está de que Bess y los pequeños vayan a vivir con el abuelo este verano. Ahora necesita que alguien esté con él. Además, es imposible estar cerca de Bess con su obsesión por la limpieza. Además, de nuevo, y lo que es incluso más importante: los Mentirosos vamos a tener Cuddledown para nosotros. Gat dice que va a preparar té caliente, y que el té caliente es su nuevo vicio. Johnny lo llama «caraculo pretencioso». Seguimos a Gat a la cocina. Pone agua a hervir.

Es un torbellino, todos hablando a la vez, discutiendo alegremente, justo igual que en los viejos tiempos. Aunque Gat casi no me ha mirado.

Yo no puedo dejar de mirarlo.

Es tan guapo... Tan Gat... Conozco el arco de su labio inferior, la fuerza de sus hombros. La camiseta medio metida en los vaqueros, los zapatos desgastados en el talón, cómo se toca esa cicatriz de la ceja sin darse cuenta.

Estoy tan enfadada... Y me alegro tanto de verlo...

Lo más probable es que él haya seguido adelante, como haría cualquier persona equilibrada. Gat no se ha pasado los dos últimos años en un caparazón de dolor de cabeza y autocompasión. Él ha estado saliendo por ahí con chicas de Nueva York calzadas con bailarinas, llevándolas a comer comida china y a ver grupos de música. Si no está con Raquel, probablemente

tenga otra chica en casa, o incluso tres.

—Te has cambiado el pelo —me dice Johnny.

—Sí.

—Pero estás guapa —añade Mirren con dulzura.

—Es muy alta —comenta Gat, atareado con unas cajas de té de jazmín, *English Breakfast...* —. Antes no eras tan alta, ¿verdad, Cady?

—Se llama «crecimiento» —respondo—. No me hagas responsable.

Hace dos veranos, Gat era varios centímetros más alto que yo. Ahora somos más o menos iguales.

—Estoy completamente a favor del crecimiento —dice Gat, que sigue sin mirarme a la cara—. Pero no crezcas más que yo.

¿Está coqueteando?

Así es.

—Johnny siempre me deja ser el más alto —continúa diciendo Gat—. Nunca discute por eso.

—Como si tuviera elección —refunfuña Johnny.

—Sigue siendo nuestra Cady —asegura Mirren con lealtad—. Seguro que nosotros también le parecemos distintos.

Pero no es así. Tienen el mismo aspecto. Gat con su gastada camiseta verde, la misma de hace dos veranos. Su sonrisa fácil, su manera de inclinarse hacia delante, su impresionante nariz.

Johnny, ancho de espaldas, con vaqueros y una camisa a cuadros de color rosa tan vieja que tiene los bordes raídos; las uñas mordidas, el pelo muy corto.

Mirren, como un cuadro prerrafaelita con ese mentón cuadrado de los Sinclair. La tupida melena recogida en un moño, vestida con pantalones cortos y la parte de arriba del bikini.

Resulta tranquilizador. Los quiero tanto...

¿Les importará que no pueda recordar siquiera los hechos más básicos en torno a mi accidente? He olvidado mucho de lo que hicimos juntos el verano número quince. Me pregunto si las tías habrán hablado de mí.

No quiero que me miren como si estuviera enferma. O como si estuviera mal de la cabeza.

—Háblanos de la universidad —dice Johnny. Está sentado en la encimera

de la cocina—. ¿Adónde vas a ir?

—A ningún sitio, todavía.

Esta verdad no puedo evitarla. Me sorprende que aún no lo sepan.

—¿Qué?

—¿Por qué?

—No me he graduado. Perdí demasiadas clases después del accidente.

—¡Qué asco! —chilla Johnny—. Es horrible. ¿No puedes ir a la escuela de verano?

—No si vengo aquí. Además, será mejor que presente la solicitud con todo el trabajo del curso hecho.

—¿Qué vas a estudiar? —pregunta Gat.

—Hablemos de otra cosa.

—Pero queremos saberlo... —insiste Mirren—. Todos queremos saberlo.

—En serio —digo—. Cambiemos de tema. ¿Qué tal tu vida amorosa, Johnny?

—También da asco.

Enarco las cejas.

—Cuando se es tan guapo como yo, las cosas nunca son fáciles —bromea.

—Yo tengo un novio que se llama Drake Loggerhead —dice Mirren—. Va a ir a Pomona como yo. Hemos tenido relaciones sexuales bastantes veces, pero siempre con protección. Me trae rosas amarillas todas las semanas y está muy cachas.

Johnny escupe el té. Gat y yo nos reímos.

—¿Drake Loggerhead? —pregunta Johnny.

—Sí —contesta Mirren—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada.

Johnny niega con la cabeza.

—Llevamos cinco meses saliendo —explica Mirren—. Va a pasar el verano de campamento en la montaña, así que cuando vuelva a verlo ¡se habrá puesto aún más cachas!

—Tienes que estar de broma... —dice Gat.

—Un poco —admite Mirren—. Pero lo quiero.

Le aprieto la mano. Me alegro de que tenga a alguien de quien estar

enamorada.

—Más tarde te preguntaré sobre las relaciones sexuales —le advierto.

—Cuando los chicos no estén —dice—, te lo contaré todo.

Dejamos las tazas de té y bajamos a la playa pequeña. Nos descalzamos y movemos los dedos de los pies en la arena, que está llena de conchas minúsculas y afiladas.

—No voy a ir a cenar a Nueva Clairmont —anuncia Mirren con resolución—. Y a desayunar tampoco. Este año no.

—¿Por qué no? —pregunto.

—No lo soporto —dice—. Las tías. Los pequeños. El abuelo. Se le ha ido la cabeza, ¿sabes?

Asiento.

—Es demasiada unión. Yo solo quiero pasarlo bien con vosotros aquí abajo —prosigue Mirren—. No voy a deambular por esa casa nueva y fría. Esa gente está perfectamente sin mí.

—Lo mismo digo —coincide Johnny.

—Y yo —dice Gat.

Me doy cuenta de que ya lo habían hablado antes de que yo llegara.

26

Mirren y Johnny se meten en el agua con tubos y aletas en busca de langostas. Lo más probable es que solo encuentren medusas y cangrejos pequeños, pero aun con tan escasa pesca, siempre hemos buceado en la playa pequeña, siempre.

Gat está sentado conmigo en una manta de batik. Observamos a los otros en silencio.

No sé cómo hablar con él.

Lo quiero.

Ha sido un imbécil.

No debería quererlo. Soy idiota por seguir queriéndolo. Tengo que olvidarme del asunto.

Quizá aún le parezca guapa. A pesar de lo del pelo y de los ojos hundidos. Quizá.

Los músculos de la espalda se le mueven por debajo de la camiseta. La curva del cuello, el suave arco de la oreja. Un pequeño lunar marrón a un lado del cuello. Las lúnulas de las uñas de las manos. Me empapo de él después de tanto tiempo sin verlo.

—No me mires los pies de trol —me dice Gat de repente.

—¿Qué?

—Son espantosos. Un trol se coló en mi habitación por la noche, se llevó mis pies normales y me dejó con sus pies de trol macarra. —Gat esconde los pies debajo de una toalla para que no los vea—. Ahora ya sabes la verdad.

Me alivia que no hablemos de nada importante.

—Ponte zapatos.

—No voy a llevar zapatos en la playa. —Mueve los pies y los saca de

debajo de la toalla. Son normales—. Tengo que hacer como si no pasara nada hasta que logre encontrar a ese trol. Entonces lo mataré y recuperaré mis pies. ¿Tienes armas?

—No.

—Vamos.

—Bueno... En Windemere hay un buen atizador.

—De acuerdo. En cuanto localicemos a ese trol, lo golpearemos hasta la muerte con ese atizador.

—Si insistes...

Me tumbo en la manta y me tapo los ojos con el brazo. Nos quedamos un momento en silencio.

—Los troles son nocturnos —añado.

—¿Cady? —susurra Gat.

Vuelvo la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Sí?

—Pensaba que no volvería a verte.

—¿Cómo dices?

Está tan cerca que podríamos besarnos.

—Pensaba que no volvería a verte. Después de todo lo que ocurrió, y como no viniste el verano pasado...

«¿Por qué no me escribiste? —Quiero preguntarle—. ¿Por qué no me has llamado en todo este tiempo?».

Me acaricia la cara.

—Me alegro mucho de que estés aquí —dice—. Me alegro mucho de haber tenido otra oportunidad.

No sé qué hay entre nosotros. No lo sé, de verdad. ¡Es tan imbécil!

—Dame la mano —pide Gat.

No sé si quiero hacerlo.

Aunque por supuesto que quiero hacerlo.

Tiene la piel cálida y arenosa. Entrelazamos los dedos y cerramos los ojos para protegernos del sol.

Nos quedamos allí tumbados. Cogidos de la mano. Él me frota la palma con el pulgar, como hace dos veranos bajo las estrellas.

Y yo me derrito.

27

Mi habitación de Windemere está revestida de madera y pintada de color crema. En la cama hay una colcha de *patchwork* de color verde. La alfombra está hecha con retales de tela, como las que se ven en las posadas rurales.

«Hace dos veranos estabas aquí —me digo—. En esta habitación, todas las noches. En esta habitación, todas las mañanas.

»Supongo que leerías, jugarías a algo con el iPad, elegirías ropa.

»¿Qué recuerdas?».

Nada.

Unos grabados de botánica de muy buen gusto llenan las paredes de mi habitación, junto con algunas obras mías: una acuarela del arce que antes se alzaba majestuoso sobre el césped de Clairmont y dos dibujos a la cera, uno de la abuela Tipper y sus perros, *Prince Philip* y *Fatima*, y el otro de mi padre. Saco del armario el cesto de mimbre de la ropa sucia, descuelgo todos los dibujos y los meto dentro.

Hay un estante lleno de volúmenes en rústica, libros para adolescentes y de literatura fantástica que me gustaba leer hace unos años. Historias para niños que leí un centenar de veces. Los cojo y los apilo en el pasillo.

—¿Vas a regalar los libros? Pero si te encantan —dice mamá, que acaba de salir de su habitación.

Se ha cambiado de ropa para cenar. Lleva los labios pintados.

—Podemos donarlos a una de las bibliotecas de Martha's Vineyard —sugiero—. O a Goodwill.

Mi madre se agacha para echarles un vistazo.

—*Una vida mágica*. Lo leímos juntas, ¿te acuerdas?

Asiento con la cabeza.

—Y este también. *Las vidas de Christopher Chant*. Ese lo leímos cuando tenías ocho años. Querías leerlo todo, pero aún no podías, así que os leía a Gat y a ti durante horas y horas.

—¿Y Johnny y Mirren?

—No podían estarse quietos —dice mamá—. ¿No quieres quedarte con estos?

Alarga el brazo y me acaricia la mejilla. Me aparto.

—Quiero que las cosas encuentren un hogar mejor —le explico.

—Esperaba que al regresar a la isla lo vieras de otra forma.

—Tú te deshiciste de todo lo de papá. Compraste un sofá nuevo, platos nuevos, joyas nuevas.

—Cady.

—No hay nada en toda la casa que diga que él vivió con nosotras alguna vez, salvo yo. ¿Por qué tú puedes borrar a mi padre y yo no puedo...?

—¿Borrarte a ti misma? —dice mamá.

—Podrían serles útiles a otras personas —respondo con brusquedad señalando los montones de libros—. Gente con necesidades de verdad. ¿No piensas en hacer el bien en el mundo?

En ese momento, *Poppy*, *Bosh* y *Grendel* suben por la escalera a toda velocidad y obstruyen el pasillo, nos lamen ruidosamente las manos y nos golpean las rodillas con sus rabos peludos.

Mamá y yo nos quedamos en silencio.

Al final, dice:

—No me opongo a que merodees por la playa pequeña o lo que sea que hayas estado haciendo esta tarde. Ni a que regales tus libros, si eso es lo que quieres. Pero, dentro de una hora, te espero en Clairmont para cenar, y con una sonrisa en la cara para el abuelo. No quiero discusiones ni excusas. ¿Me has entendido?

Asiento con la cabeza.

28

Queda un bloc de hace varios veranos, de cuando Gat y yo nos obsesionamos con el papel cuadriculado. No parábamos de hacer dibujos en él, pintando los diminutos cuadros con lápices de colores para hacer retratos pixelados.

Busco un bolígrafo y anoto todos mis recuerdos del verano número quince.

Las galletas con chocolate y malvaviscos, el baño. El desván, la interrupción.

La mano de Mirren, su esmalte de uñas dorado y desconchado, sosteniendo un bidón de gasolina para las lanchas.

Mamá, con el rostro tenso, preguntando: «¿Las perlas negras?».

Los pies de Johnny bajando a todo correr la escalera de Clairmont para dirigirse al cobertizo de las lanchas.

El abuelo aferrado a un árbol, con el rostro iluminado por el resplandor de una fogata.

Y nosotros cuatro, los Mentirosos, mareados y a punto de vomitar de tanto reírnos.

Dedico una página aparte para el accidente en sí. Lo que mi madre me contó y lo que deduzco. Debí de ir a nadar sola a la playa pequeña. Me golpeé la cabeza con una roca. Debí de regresar a la orilla como pude. La tía Bess y mamá me dieron té. Me diagnosticaron hipotermia, problemas respiratorios y una lesión cerebral que no apareció en los escáneres.

Cuelgo las páginas con chinchetas en la pared, encima de mi cama. Añado notas adhesivas con preguntas.

¿Por qué entré en el agua sola de noche?

¿Dónde estaba mi ropa?

¿De verdad me hice la herida en la cabeza nadando o se trató de otra cosa? ¿Sería posible que alguien me hubiera golpeado antes? ¿Fui la víctima de alguna agresión?

¿Y qué pasó entre Gat y yo? ¿Discutimos? ¿Lo ofendí?

¿Dejó de quererme y volvió con Raquel?

Decido que todas las cosas de las que me entere en las cuatro próximas semanas irán encima de mi cama de Windemere. Dormiré debajo de las notas y las estudiaré todas las mañanas.

Quizá surja una imagen a partir de los píxeles.

Hay una bruja que lleva un tiempo detrás de mí, esperando un momento de debilidad. Sostiene una figura de marfil de un ganso, intrincadamente tallada. Me vuelvo y la admiro solo un momento antes de que la bruja me golpee con ella con una fuerza espantosa. Me da en la frente y me abre un agujero. Noto que el hueso se suelta. Me da otro golpe, esta vez encima de la oreja derecha, y me rompe el cráneo. Continúa pegándose hasta que las diminutas esquirlas de hueso llenan la cama y se mezclan con los pedacitos desprendidos de aquel ganso que antes era tan bonito.

Busco mis pastillas y apago la luz.

—¿Cadence? —me llama mi madre desde el pasillo—. La cena está servida en Nueva Clairmont.

No puedo ir.

No puedo. No iré.

Mamá me promete café para ayudarme a permanecer despierta mientras la medicación permanece en mi organismo. Dice que hace mucho tiempo que las tías no me ven, y que los pequeños también son mis primos. Tengo obligaciones familiares.

Yo solo siento la fractura en el cráneo y el dolor que aletea por mi cerebro. Todo lo demás es un telón de fondo desvaído.

Al final se marcha sin mí.

29

Muy entrada la noche, la casa hace ruido, justo lo que le daba miedo a Taft en Cuddledown. Aquí todas las casas lo hacen. Son viejas, y los vientos procedentes del mar azotan la isla.

Intento volver a dormirme.

No.

Voy al piso de abajo y salgo al porche. Ahora no me duele la cabeza.

La tía Carrie se aleja por el sendero, vestida con el camisón y un par de botas de borreguito. Se la ve muy flaca, se le marcan los huesos del pecho y tiene las mejillas hundidas.

Tuerce por el camino de tablas que conduce a Red Gate.

Me siento y la observo mientras respiro el aire nocturno y escucho las olas. Al cabo de unos minutos, vuelve a aparecer por el sendero de Cuddledown.

—Cady —dice deteniéndose y cruzándose de brazos—. ¿Te encuentras mejor?

—Siento no haber ido a cenar —respondo—. Me dolía la cabeza.

—Habrás cenado todas las noches, todo el verano.

—¿No puedes dormir?

—Bueno, ya sabes... —Se rasca el cuello—. No puedo dormir sin Ed.
¿No te parece ridículo?

—No.

—Salgo a pasear. Es un buen ejercicio... ¿Has visto a Johnny?

—En plena noche no.

—A veces está despierto cuando yo no puedo dormir. ¿Tú lo ves?

—Podrías mirar si la luz de su habitación está encendida.

—Will tiene unas pesadillas terribles —dice Carrie—. Se despierta gritando y luego no puedo volver a dormirme.

Me estremezco bajo la sudadera.

—¿Quieres una linterna? —le pregunto—. Hay una en la entrada.

—No, gracias. Me gusta la oscuridad.

Vuelve a irse colina arriba con paso cansado.

30

Mamá está en la cocina de Nueva Clairmont con el abuelo. Los veo a través del cristal de las puertas correderas.

—Te has levantado temprano —dice mi madre cuando entro—. ¿Te encuentras mejor?

El abuelo lleva un albornoz a cuadros. Ella se ha puesto un vestido playero con un estampado de pequeñas langostas rosadas. Está preparando café.

—¿Quieres bollos? La cocinera también ha hecho beicon. Está todo en el calentaplatos.

Se dirige al otro extremo de la cocina y deja entrar a los perros. *Bosh*, *Grendel* y *Poppy* menean el rabo y babean. Mamá se agacha, les limpia las patas con un trapo húmedo y a continuación, con aire ausente, friega las huellas de barro que han dejado en el suelo. Los perros se quedan sentados estúpida y dulcemente.

—¿Dónde está *Fatima*? —pregunto—. ¿Y dónde está *Prince Philip*?

—Ya no están —contesta mamá.

—¿Cómo dices?

—No le hables así —interviene el abuelo. Luego se vuelve hacia mí—. Fallecieron hace ya algún tiempo, Cady.

—¿Los dos?

El hombre asiente con la cabeza.

—Lo lamento. —Me siento a su lado a la mesa—. ¿Sufrieron?

—No duró mucho.

Mamá trae un plato de bollos de frambuesa y otro de beicon. Cojo un bollo y lo unto con mantequilla y miel.

—Antes era una chiquilla rubia. Una Sinclair de pies a cabeza —se queja el abuelo a mi madre.

—Ya hablamos de mi pelo cuando viniste de visita —le recuerdo—. No espero que te guste. A los abuelos nunca les gusta el pelo teñido.

—Tú eres la madre. Deberías hacer que Mirren recuperara su pelo de antes —le dice el abuelo a mamá—. ¿Qué ha pasado con esas niñas rubias que antes corrían por aquí?

Mamá suspira.

—Crecimos, papá —contesta—. Crecimos.

31

Regalos: obras de mi niñez, grabados de botánica.

Cojo el cesto de mi ropa sucia de Windemere y me dirijo a Cuddledown. Mirren sale a mi encuentro en el porche, dando brincos.

—¡Es increíble estar en la isla! —exclama—. ¡No puedo creer que esté aquí otra vez!

—Estuviste aquí el verano pasado.

—No fue lo mismo... No fue un verano idílico como los de antes. Estaban haciendo obras en Nueva Clairmont. Todo el mundo andaba con el ánimo por los suelos y yo estuve esperándote, pero no viniste.

—Ya te dije que me iba a Europa.

—Sí, ya lo sé.

—Te escribí un montón —digo.

Me sale con tono de reproche.

—¡No soporto el correo electrónico! —replica Mirren—. Los leo todos, pero no te enfades conmigo por no contestar. Lo de teclear mirando el dichoso teléfono o el ordenador es como hacer deberes.

—¿Recibiste la muñeca que te mandé?

Mirren me rodea con los brazos.

—Te eché mucho de menos. No puedes imaginártelo.

—Te envié aquella Barbie. La del pelo largo por la que nos peleábamos.

—¿La princesa Butterscotch?

—Sí.

—Me volvía loca la princesa Butterscotch.

—Una vez me golpeaste con ella.

—¡Te lo merecías! —Mirren se pone a dar saltitos de alegría—. ¿Está en

Windemere?

—¿Qué? No. La envié por correo —respondo—. En invierno.

Mirren me mira con el ceño fruncido.

—No la he recibido, Cadence.

—Pues alguien firmó la recepción del paquete. ¿Qué hizo tu madre, meterlo en un armario sin abrirlo?

Lo digo en broma, pero veo que Mirren asiente con la cabeza.

—Es posible. Es compulsiva. Se lava las manos una y otra vez, restregándose las. Y obliga a Taft y a las gemelas a hacer lo mismo. Limpia como si en el cielo hubiera un lugar reservado para la gente que tiene impecable el suelo de la cocina. Y además bebe demasiado.

—Mi madre también.

Mirren asiente.

—No lo soporto.

—¿Me perdí algo anoche en la cena?

—No fui.

Mirren se dirige al camino de tablas que lleva de Cuddledown a la playa pequeña. La sigo.

—Ya te dije que este verano no iría. ¿Por qué no fuiste tú?

—Me puse enferma.

—Todos sabemos lo de tus migrañas —dice Mirren—. Las tías han estado hablando.

Me estremezco.

—No me compadezcas, ¿vale? Eso nunca. Me pone la carne de gallina.

—¿No te tomaste las pastillas anoche?

—Me dejaron fuera de combate.

Hemos llegado a la playa pequeña. Las dos andamos descalzas por la arena húmeda. Mirren toca el caparazón de un cangrejo que lleva muerto mucho tiempo.

Quiero decirle que mi memoria está mutilada, que tengo una lesión cerebral traumática. Quiero preguntarle por todo lo ocurrido el verano número quince, pedirle que me cuente las historias que mi madre no conoce o de las que no quiere hablar. Pero ahí está Mirren, tan alegre. No quiero que me compadezca más de lo que ya lo hace.

Además, aún estoy enfadada por los correos electrónicos que no respondió... y por la pérdida de la dichosa Barbie, aunque estoy segura de que no ha sido culpa suya.

—¿Johnny y Gat están en Red Gate o han dormido en Cuddledown? —pregunto.

—En Cuddledown. Hay que ver lo dejados que son. Es como vivir con trastos.

—Pues díles que se vuelvan a Red Gate.

—Ni de broma. —Mirren se ríe—. Y tú... se ha terminado Windemere, ¿de acuerdo? ¿Vendrás a vivir con nosotros?

Niego con la cabeza.

—Mi madre no me deja. Se lo he preguntado esta mañana.

—¡Venga ya, tiene que dejarte!

—Siempre está encima de mí desde que me puse enferma.

—Pero ya hace casi dos años de eso.

—Sí. Me observa mientras duermo. Y además me ha echado un sermón sobre mi relación con el abuelo y los pequeños. Tengo que conectar con la familia. Lucir una sonrisa.

—Menuda tontería. —Mirren me enseña un puñado de piedrecitas púrpura que ha recogido—. Toma.

—No, gracias.

No quiero nada que no necesite.

—Cógelas, por favor —insiste Mirren—. Me acuerdo de que siempre buscabas piedras púrpura cuando éramos pequeñas. —Me tiende la mano con la palma abierta—. Quiero compensarte por lo de la princesa Butterscotch. —Tiene lágrimas en los ojos—. Y por los correos electrónicos —añade—. Quiero darte algo, Cady.

—De acuerdo, entonces —respondo.

Ahueco las manos y Mirren me echa las piedras en las palmas. Me las guardo en el bolsillo delantero de la sudadera.

—¡Te quiero! —grita. Luego se da la vuelta y le grita al mar—: ¡Quiero a mi prima Cadence Sinclair Eastman!

—¿Exagerando un poco?

Es Johnny, que baja la escalera descalzo, sin hacer ruido, vestido con un

viejo pijama de franela con rayas de cutí. Lleva unas gafas de sol envolventes y protector solar en la nariz, como un socorrista.

Mirren pone cara de disgusto, pero solo un momento.

—Estoy expresando mis sentimientos, Johnny. Es lo que hacen los seres humanos vivos que respiran. ¿Hola?

—De acuerdo, ser humano vivo que respira —responde, y le da un puñetazo flojo en el hombro—. Pero no hace falta gritar así al amanecer. Tenemos todo el verano por delante.

Mirren esboza una mueca de tristeza.

—Cady solo se queda cuatro semanas.

—No puedo ser desagradable contigo tan temprano —dice Johnny—. Aún no me he tomado el té pretencioso. —Se inclina a mirar el cesto de la ropa sucia que tengo a mis pies—. ¿Qué hay ahí dentro?

—Grabados de botánica. Y algunos dibujos viejos.

—¿Y eso?

Johnny se sienta en una roca y yo me acomodo a su lado.

—Estoy regalando mis cosas —contesto—. Desde septiembre. ¿Recuerdas que te envié la bufanda a rayas?

—Ah, sí.

Les cuento que regalo las cosas a personas que puedan utilizarlas, que les busco un buen hogar. Hablo de la caridad y de cuestionar el materialismo de mamá.

Quiero que Johnny y Mirren me entiendan. No soy alguien a quien se deba compadecer, con una mente inestable y extraños síndromes de dolor. Estoy haciéndome cargo de mi vida. Vivo de acuerdo con mis principios. Tomo medidas y hago sacrificios.

—¿No quieres... no sé, poseer cosas? —pregunta Johnny.

—¿Como qué?

—Bueno, yo quiero cosas continuamente —responde al tiempo que abre los brazos de par en par—. Un coche. Videojuegos. Abrigos de lana caros. Me gustan los relojes, son un clásico. Quiero obras de arte en mis paredes, cuadros de gente famosa de los que no podría ser dueño ni en un millón de años. Tartas exquisitas que veo en los escaparates de las pastelerías. Jerséis, bufandas. Prendas de lana a rayas, en general.

—También podrías querer los hermosos dibujos que hiciste de pequeña —dice Mirren, que se arrodilla junto al cesto de la ropa—. Cosas con valor sentimental. —Saca el dibujo a la cera que representa a la abuela con los golden retriever—. Mira, esta es *Fatima*, y este, *Prince Philip*.

—¿Los distingues?

—Por supuesto. *Fatima* tenía el hocico regordete y la cara ancha.

—¡Por Dios, Mirren! ¡Qué sensiblera eres! —exclama Johnny.

32

Gat grita mi nombre mientras subo por el sendero que lleva a Nueva Clairmont. Me doy la vuelta y viene corriendo hacia mí vestido con unos pantalones de pijama de color azul y sin camisa.

Gat. Mi Gat.

¿Va a ser mi Gat?

Se detiene delante de mí, con la respiración agitada. Tiene el pelo de punta, desgreñado. Se le marcan los músculos del abdomen y parece mucho más desnudo de lo que lo parecería con bañador.

—Johnny me había dicho que estabas en la playa pequeña —dice jadeando—. Vengo de allí.

—¿Acabas de levantarte?

Se rasca la nuca. Baja la vista y mira lo que lleva puesto.

—Más o menos. Quería alcanzarte.

—¿Y eso?

—Vamos al perímetro.

Nos dirigimos hacia allí y andamos por el sendero como cuando éramos pequeños, Gat delante y yo detrás. Coronamos una colina baja y, después de rodear por detrás la casa de los empleados, llegamos al punto desde donde se ve el puerto de Martha's Vineyard, cerca del cobertizo de las lanchas.

Gat se vuelve de forma tan repentina que casi choco con él y, antes de que pueda retroceder, me abraza. Me atrae hacia su pecho y esconde la cara en mi cuello. Yo le envuelvo el torso con los brazos desnudos, el dorso de las muñecas contra su columna vertebral. Está caliente.

—Ayer no pude abrazarte —susurra Gat—. Todos te abrazaron menos yo.

Su tacto me resulta familiar y extraño a la vez.

Ya hemos estado aquí.

Sin embargo, nos sentimos como si nunca hubiéramos estado aquí.

Por un momento,

o unos minutos,

durante horas, quizá,

simplemente soy feliz, aquí, con las manos sobre el cuerpo de Gat. El ruido de las olas y el aliento de Gat en mi oído. Estoy contenta de que quiera estar cerca de mí.

—¿Te acuerdas de cuando bajamos aquí juntos? —me pregunta con la boca pegada a mi cuello—. ¿Cuándo fuimos hasta esa roca plana?

Me aparto. Porque no me acuerdo.

Detesto mi jodida mente mutilada, lo mal que me encuentro siempre, lo maltrecha que estoy. Detesto haber perdido mi buen aspecto, haber repetido en el instituto, haber dejado los deportes y ser cruel con mi madre. Detesto cómo sigo queriéndolo después de dos años.

Quizá Gat quiera estar conmigo. Quizá. Pero lo más probable es que solo quiera que le diga que no hizo nada malo al dejarme hace dos veranos. Le gustaría que le dijese que no estoy enfadada. Que es un chico estupendo.

Pero ¿cómo puedo perdonarlo cuando ni siquiera sé qué me ha hecho exactamente?

—No —contesto—. Debe de haberseme olvidado.

—Estuvimos... Tú y yo, nosotros... Fue un momento importante.

—Lo que tú digas —respondo—. No me acuerdo. Y está claro que nada de lo que pasó entre nosotros ha sido muy importante a la larga, ¿verdad?

Se mira las manos.

—De acuerdo. Lo siento. Ya veo que he estado de lo más subóptimo. ¿Estás enfadada?

—Pues claro que estoy enfadada —le digo—. Dos años desaparecido. No me has llamado ni respondido a mis mensajes, no has querido enfrentarte a la situación y lo has empeorado todo. Y ahora me vienes con lo de «Oh, pensaba que no volvería a verte», y me coges de la mano, y «Todo el mundo te abraza menos yo», y te pones a pasear por el perímetro medio desnudo. Esto sí que es gravemente «subóptimo», Gat, si esa es la palabra que quieres

utilizar.

Pone cara de decepción.

—Dicho así parece horrible.

—Sí, bueno, así es como yo lo veo.

Se pasa la mano por el pelo.

—Estoy haciéndolo todo mal —dice—. ¿Qué me dirías si te pidiera que volviéramos a empezar?

—Por Dios, Gat.

—¿Qué?

—Pídemelo y ya está. No me preguntes qué te diría si me lo pidieras.

—Está bien, estoy pidiéndotelo. ¿Podemos volver a empezar? Por favor, Cady. Empecemos de nuevo después de comer. Será increíble. Yo haré comentarios graciosos y tú te reirás. Iremos a cazar troles. Nos alegraremos de vernos. Creerás que soy genial, te lo prometo.

—Eso es prometer mucho.

—De acuerdo, quizá genial no, pero al menos no seré subóptimo.

—¿Por qué «subóptimo»? ¿Por qué no decir lo que eres en realidad? ¿Desconsiderado, enrevesado y manipulador?

—Dios mío. —Gat da saltitos nerviosos—. ¡Cadence! Necesito volver a empezar, de verdad. Esto está pasando de subóptimo a una completa mierda.

Salta y da patadas al aire como un niño pequeño enfadado.

Los saltitos me hacen sonreír.

—Está bien —accedo—. Volvamos a empezar. Después de comer.

—Muy bien... —dice, y deja de saltar—. Después de comer.

Nos miramos un momento.

—Ahora voy a salir corriendo —anuncia Gat—. No te lo tomes como algo personal.

—Vale.

—Para empezar de nuevo es mejor que me vaya corriendo. Porque seguir paseando será incómodo.

—He dicho que vale.

—Pues vale.

Y echa a correr.

33

Al cabo de una hora voy a comer a Nueva Clairmont. Sé que mi madre no tolerará mi ausencia después de no haber ido a cenar anoche. El abuelo me ofrece una visita guiada por la casa mientras la cocinera dispone la comida y las tías reúnen a los pequeños.

Es un lugar elegante. Suelos de madera reluciente, ventanas enormes, estilo minimalista. Antes, las paredes de los pasillos de Clairmont estaban repletas de fotografías familiares en blanco y negro, cuadros de perros, estanterías con libros y la colección de viñetas del *New Yorker* del abuelo. Los pasillos de Nueva Clairmont tienen una pared de cristal y la otra vacía.

El abuelo abre las puertas de las cuatro habitaciones de invitados del piso de arriba. Todas están amuebladas solo con las camas y unas cómodas bajas y anchas. Las ventanas tienen unas persianas blancas que dejan entrar un poco la luz. Las colchas no son estampadas, sino de unos sencillos y elegantes tonos de azul o marrón.

En los cuartos de los pequeños hay un poco más de vida. Taft tiene un tablero de Bakugan en el suelo, una pelota de fútbol, y libros sobre magos y huérfanos. Liberty y Bonnie han traído revistas y un reproductor de MP3. Bonnie tiene un montón de libros sobre cazafantasmas, médiums y ángeles peligrosos. Su cómoda está abarrotada de maquillaje y de frascos de perfume. Hay raquetas de tenis en el rincón.

El dormitorio del abuelo es más grande que los demás y disfruta de las mejores vistas. Me hace entrar y me enseña el cuarto de baño, que tiene asas en la ducha. Asas de persona mayor, para que no se caiga.

—¿Dónde están tus viñetas del *New Yorker*? —pregunto.

—El decorador tomó decisiones.

—¿Y los cojines?

—¿El qué?

—Tenías un montón de cojines. Con perros bordados.

Él niega con la cabeza.

—¿Guardaste los peces?

—¿Qué, el pez espada y todo eso?

Bajamos por la escalera a la planta baja. El abuelo se mueve despacio y yo voy detrás de él.

—Con esta casa empecé de nuevo —dice simplemente—. La vida anterior ya no está.

Abre la puerta de su estudio. Es igual de austero que el resto de la casa. Hay un ordenador portátil en el centro de un gran escritorio. Una ventana enorme da al jardín japonés. Una silla. Una pared con estantes completamente vacíos.

Transmite una sensación de limpieza y amplitud, pero no es espartano, porque todo es opulento.

El abuelo se parece más a mi madre que a mí. Ha borrado su vida anterior gastando dinero en una de repuesto.

—¿Dónde está el jovencito? —pregunta el abuelo de repente.

Su rostro adopta una expresión ausente.

—¿Johnny?

Niega con la cabeza.

—No, no.

—¿Gat?

—Sí, el jovencito.

Se agarra un momento a la mesa, como si se mareara.

—Abuelo, ¿te encuentras bien?

—Sí, muy bien.

—Gat está en Cuddledown con Mirren y Johnny —le explico.

—Le prometí un libro.

—La mayor parte de tus libros no está aquí.

—¡Deja de decirme lo que no está aquí! —chilla el abuelo, enérgico de repente.

—¿Te encuentras bien?

Es la tía Carrie, que aparece en la puerta del estudio.

—Sí —contesta.

Carrie me lanza una mirada y toma al abuelo del brazo.

—Vamos. La comida está lista.

—¿Conseguiste volver a dormir? —le pregunto a mi tía mientras nos dirigimos a la cocina—. ¿Estaba Johnny despierto anoche?

—No sé de qué me hablas —responde.

34

La cocinera del abuelo hace la compra y prepara las comidas, pero las tías planifican todos los menús. Hoy tomamos pollo asado frío, ensalada de tomate y albahaca, Camembert, *baguettes* y limonada de fresa en el comedor. Liberty me enseña fotografías de chicos monos en una revista. Luego me enseña fotos de ropa en otra revista. Bonnie lee un libro titulado *Apariciones colectivas: realidad y ficción*. Taft y Will quieren que los lleve a hacer *tubing*: conducir la pequeña lancha mientras ellos flotan sentados detrás en la cámara de una rueda.

Mi madre dice que no puedo conducir la lancha tomando medicación.

La tía Carrie dice que da igual, porque Will no va a ir a hacer *tubing* ni en sueños.

La tía Bess dice que está de acuerdo, por lo que será mejor que a Taft ni se le ocurra pedírselo.

Liberty y Bonnie preguntan si pueden ir ellas a hacer *tubing*.

—A Mirren siempre la dejabas ir —dice Liberty—. Sabes que es verdad.

Will derrama su limonada y empapa una *baguette*.

Al abuelo se le mojan los pantalones.

Taft agarra la *baguette* echada a perder y le da a Will con ella.

Mamá lo limpia todo mientras Bess corre al piso de arriba para bajarle otros pantalones al abuelo.

Carrie regaña a los niños.

Cuando terminamos de comer, Taft y Will se escabullen a la sala de estar para no tener que ayudar a recoger. Saltan como locos en el nuevo sofá de cuero del abuelo. Voy con ellos.

Will es escuálido y sonrosado, como Johnny. Tiene el pelo casi blanco.

Taft es más alto y muy delgado, rubio y pecoso, tiene las pestañas largas y la boca llena de aparatos.

—Bueno, vosotros dos —digo—. ¿Cómo fue el verano pasado?

—¿Sabes cómo conseguir un dragón de ceniza en DragonVale? — pregunta Will.

—Yo sé cómo conseguir un dragón de llamas —dice Taft.

—Puedes utilizar el dragón de llamas para obtener el de ceniza — comenta Will.

¡Uf! Niños de diez años.

—Vamos. El verano pasado —insisto—. Contadme. ¿Jugasteis al tenis?

—Claro —contesta Will.

—¿Fuisteis a nadar?

—Sí —dice Taft.

—¿Fuisteis a pasear en barca con Gat y Johnny?

Ambos dejan de saltar.

—No.

—¿Gat dijo algo sobre mí?

—Se supone que no puedo hablar de cuando acabaste en el agua y todo eso —dice Will—. Le prometí a la tía Penny que no diría nada.

—¿Por qué no? —pregunto.

—Si tocamos el tema tus migrañas empeorarán.

Taft asiente con la cabeza.

—Dijo que si te provocábamos migrañas nos colgaría por las uñas de los pies y nos quitaría los iPads. Tenemos que estar alegres y no hacer tonterías.

—No me refiero a mi accidente —digo—, sino al verano que fui a Europa.

—¿Cady? —Taft me toca el hombro—. Bonnie ha visto pastillas en tu dormitorio.

Will retrocede y se sienta en el brazo del otro extremo del sofá.

—¿Bonnie ha registrado mis cosas?

—Y Liberty.

—Dios.

—Me dijiste que no eras drogadicta, pero hay pastillas en tu cómoda.

Taft está malhumorado.

—Diles que no se acerquen a mi habitación —aviso.

—Si eres drogadicta —continúa diciendo Taft—, hay algo que debes saber.

—¿Qué?

—Las drogas no son tus amigas. —Taft se ha puesto serio—. Las drogas no son tus amigas, las personas deberían ser tus amigas.

—¡Oh, Dios mío! ¿Vas a contarme de una vez lo que hicisteis el verano pasado, mocoso?

Will dice:

—Taft y yo queremos jugar a Angry Birds. No queremos hablar más contigo.

—Como queráis —digo—. Id y sed libres.

Salgo al porche y me quedo mirando a los niños mientras corren por el sendero en dirección a Red Gate.

35

Cuando voy a Cuddledown después de comer, todas las ventanas están abiertas. Gat está poniendo música en el antiguo reproductor de CD. Encuentro mis viejos dibujos a la cera pegados al frigorífico con imanes: mi padre arriba, la abuela y los perros abajo. Mi cuadro está pegado con cinta adhesiva a uno de los armarios de la cocina. En el centro de la gran sala hay una escalera y una caja grande llena de papel de regalo.

Mirren empuja un sillón.

—Nunca me ha gustado cómo tenía mi madre la casa —explica.

Ayudo a Gat y a Johnny a mover los muebles de un lado a otro hasta que Mirren se queda contenta. Descolgamos las acuarelas con paisajes de Bess y enrollamos sus alfombras. Saqueamos los dormitorios de los pequeños en busca de objetos divertidos. Al terminar, la gran sala está decorada con huchas de cerdito, colchas de *patchwork*, pilas de libros infantiles, una lámpara en forma de búho. Unas anchas cintas brillantes que hemos sacado de la caja de papel de regalo cruzan el techo.

—¿No se enfadará Bess contigo por haber redecorado? —pregunto.

—Te prometo que no pondrá un pie en Cuddledown en lo que queda de verano. Lleva años intentando salir de este lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —contesta Mirren como si nada—, ya sabes. Bla, bla, bla, la hija menos predilecta, bla, bla, bla, la cocina es una porquería. ¿Por qué no la reforma el abuelo? Etcétera.

—¿Se lo pidió?

Johnny me mira con extrañeza.

—¿No te acuerdas?

—¡Tiene la memoria destrozada, Johnny! —chilla Mirren—. No recuerda ni la mitad de nuestro verano número quince.

—¿Ah, no? —dice mi primo—. Creía que...

—¡No, no, cállate ahora mismo! —grita Mirren—. ¿No escuchaste lo que te dije?

—¿Cuándo?

Parece confuso.

—La otra noche —contesta Mirren—. Te conté lo que dijo tía Penny.

—Relájate —dice Johnny, y le tira una almohada.

—¡Esto es importante! ¿Cómo puedes no prestar atención a estas cosas? —Mirren parece estar a punto de echarse a llorar.

—Lo siento, ¿vale? —responde Johnny—. Gat, ¿tú sabías que Cadence no se acuerda de la mayor parte del verano número quince?

—Sí, lo sabía —contesta.

—¿Lo ves? —dice Mirren—. Gat me escuchó.

Me arde la cara. Miro al suelo. Nadie habla durante un minuto.

—Es normal perder un poco la memoria cuando te das un golpe muy fuerte en la cabeza —digo al fin—. ¿Os lo explicó mi madre?

Johnny se ríe con nerviosismo.

—Me sorprende que mamá os lo contara —continúo—. No soporta hablar de eso.

—Dijo que tienes que tomártelo con calma y recordar las cosas a tu ritmo. Todas las tías lo saben —dice Mirren—. El abuelo lo sabe, y los pequeños, y los empleados. Al parecer lo saben todas y cada una de las personas de esta isla menos Johnny.

—Lo sabía —replica Johnny—, pero desconocía el panorama completo.

—No seas blandengue —dice Mirren—. Ahora no es el momento, de verdad.

—No pasa nada —le digo a Johnny—. No eres blandengue. Simplemente has tenido un momento subóptimo. Estoy segura de que a partir de ahora serás óptimo.

—Yo siempre soy óptimo —dice Johnny—. Pero no todo lo óptimo que a Mirren le gustaría.

Gat sonrío cuando digo la palabra «subóptimo» y me da unas palmaditas

en el hombro.

Hemos vuelto a empezar.

36

Jugamos al tenis. Johnny y yo ganamos, aunque yo he perdido facultades. Él es un atleta excelente, y Mirren es más dada a golpear la pelota y luego ponerse a bailar de alegría sin importarle si se la devuelven o no. Gat no para de reírse de ella, y eso lo hace fallar.

—¿Qué tal por Europa? —pregunta Gat mientras volvemos a Cuddledown.

—Mi padre comió tinta de calamar.

—¿Y qué más?

Llegamos al jardín y tiramos las raquetas en el porche. Nos tumbamos en el césped.

—Sinceramente, no puedo contarte mucho —le digo—. ¿Sabes qué hice cuando mi padre fue al Coliseo?

—¿Qué?

—Me quedé tumbada con la cara pegada a la baldosa del cuarto de baño del hotel mirando la base del retrete italiano azul.

—¿El retrete era azul? —pregunta Johnny, que se incorpora.

—Solo a ti te emocionaría más un retrete azul que hacer turismo por Roma —se queja Gat.

—Cadence... —dice Mirren.

—¿Qué?

—Da igual.

—¿Qué?

—Dices que no te compadecemos, pero luego nos hablas de la base del retrete —me espeta—. Es penoso de verdad. ¿Qué quieres que digamos?

—Y, además, que hayas ido a Roma nos da envidia —añade Gat—.

Ninguno de nosotros ha estado allí.

—¡Yo quiero ir a Roma! —exclama Johnny, que se echa otra vez—. ¡Me muero de ganas de ver los retretes italianos azules!

—Yo quiero ver las Termas de Caracalla —dice Gat—. Y probar todos los sabores de helado que tienen.

—Pues ve —le sugiero.

—No es tan sencillo.

—De acuerdo, pero irás —señalo—. Cuando estés en la universidad, o después.

Gat suspira.

—Solo digo que tú has ido a Roma.

—Ojalá hubieras estado allí —le digo.

37

—¿Estabas en la pista de tenis? —me pregunta mi madre—. He oído pelotas.

—Solo pasaba el rato.

—Hacía mucho que no jugabas. Es estupendo.

—Mi servicio ya no es lo que era.

—Estoy muy contenta de que vuelvas a jugar. Si mañana quieres ir a pelotear conmigo, solo tienes que decirlo.

Está alucinando. Que haya jugado una tarde no significa que vuelva a jugar al tenis, y no quiero ir a practicar con ella bajo ningún concepto. Se pondrá una faldita y me elogiará, me advertirá y estará encima de mí hasta que me ponga desagradable con ella.

—Ya veremos —respondo—. Es probable que me haya hecho un esguince en el hombro.

Cenamos fuera, en el jardín japonés. Contemplamos la puesta de sol de las ocho, en grupos, en torno a las mesas pequeñas. Taft y Will cogen las chuletas de cerdo de la fuente y se las comen con las manos.

—Sois un par de animales —comenta Liberty arrugando la nariz.

—¿Y qué quieres decir con eso? —pregunta Taft.

—Hay una cosa que se llama «tenedor» —responde Liberty.

—Hay una cosa que se llama «tu cara» —replica Taft.

Johnny, Gat y Mirren pueden comer en Cuddledown porque no son unos inválidos. Y sus madres no son controladoras. Mamá ni siquiera deja que me siente con los adultos. Me obliga a sentarme a una mesa aparte con mis primos.

Los pequeños se ríen, se burlan unos de otros y hablan con la boca llena. Dejo de escuchar lo que dicen. En cambio, miro hacia mi madre, Carrie y

Bess, que rodean al abuelo.

Hay una noche que ya recuerdo. Debió de ser unas dos semanas antes del accidente. A principios de julio. Estábamos todos sentados a la mesa larga del jardín de Clairmont. Unas velas de cidronela iluminaban el porche. Los pequeños se habían terminado las hamburguesas y estaban haciendo la rueda en el césped. Los demás estábamos comiendo pez espada a la parrilla con salsa de albahaca. Había una ensalada de tomates amarillos y una cazuela de calabacín con costra de queso parmesano. Gat me apretaba la pierna con la suya por debajo de la mesa. Me sentía aturdida de felicidad.

Las tías jugueteaban con la comida, calladas y correctas unas con otras bajo los gritos de los pequeños. El abuelo se reclinó en su asiento y juntó las manos sobre el abdomen.

—¿Creéis que debería reformar la casa de Boston? —preguntó.

Se hizo un silencio.

—No, papá. —Bess fue la primera en hablar—. Nos encanta esa casa.

—Siempre te quejas de que hay corrientes de aire en el salón —dijo el abuelo.

Bess miró a sus hermanas.

—No me quejo.

—No te gusta la decoración —añadió el abuelo.

—Eso es verdad. —El tono de mamá fue crítico.

—Yo creo que es atemporal —comentó Carrie.

—Me vendría bien tu consejo, ¿sabes? —le dijo el abuelo a Bess—. ¿Querrías venir y estudiarlo bien? ¿Decirme qué te parece?

—Yo...

El abuelo se inclinó hacia ella.

—También podría venderla, ¿sabes?

Todos sabíamos que la tía Bess quería la casa de Boston. Todas las tías la querían. Era una casa de cuatro millones de dólares, y habían crecido en ella. Pero Bess era la única que vivía cerca de allí y la única con bastantes hijos para llenar los dormitorios.

—Papá —dijo Carrie con brusquedad—, no puedes venderla.

—Puedo hacer lo que quiera —replicó él, que pinchó el último tomate

que tenía en el plato y se lo metió en la boca—. Así pues, ¿te gusta la casa tal como está, Bess? ¿O quieres verla reformada? A nadie le gustan los indecisos.

—Me encantaría ayudarte con lo que quieras cambiar, papá.

—¡Oh, por favor! —soltó mamá—. Ayer mismo decías que estabas muy ocupada ¿y ahora resulta que vas a ayudar a reformar la casa de Boston?

—Nos ha pedido ayuda —dijo Bess.

—Te ha pedido ayuda a ti. ¿Nos estás excluyendo, papá?

Mi madre estaba borracha.

El abuelo se rio.

—Relájate, Penny.

—Me relajaré cuando todo el tema de la herencia esté arreglado.

—Estás volviéndonos locas —murmuró Carrie.

—¿Qué has dicho? No hables entre dientes.

—Todas te queremos, papá —dijo Carrie en voz alta—. Sé que ha sido un año duro.

—Si estáis volviéndoos locas es porque os da la gana —espetó el abuelo—. Tranquilizaos. No puedo dejar mi patrimonio a unas locas.

Mirad ahora a las tías, en el verano número diecisiete. Aquí, en el jardín japonés de Nueva Clairmont, mi madre rodea con el brazo a la tía Bess, que alarga el suyo para cortarle un trozo de tarta de frambuesas a Carrie.

Hace una noche preciosa, y sin duda somos una familia hermosa.

No sé qué ha cambiado.

38

—Taft tiene un lema —le digo a Mirren.

Es medianoche. Los Mentirosos estamos jugando al Scrabble en el gran salón de Cuddledown.

Mi rodilla roza el muslo de Gat, aunque no estoy segura de si él lo nota. El tablero está prácticamente lleno. Tengo el cerebro cansado. Mis letras no son buenas.

Mirren reorganiza sus fichas con aire ausente.

—¿Que Taft tiene qué?

—Un lema —digo—. Como el abuelo, ¿sabes? ¿Eso de «A nadie le gustan los indecisos»?

—«Nunca te sientes al fondo de la habitación» —entona Mirren.

—«Nunca te quejes y nunca des explicaciones» —dice Gat—. Esa es de Disraeli, creo.

—¡Ah, sí! Esa le encanta —asegura Mirren.

—Y «No aceptes un no por respuesta» —añado.

—¡Por Dios, Cady! —grita Johnny—. ¿Quieres formar una palabra de una vez para que los demás podamos continuar con esto?

—No le chilles, Johnny —dice Mirren.

—Lo siento —se disculpa Johnny—. Porfi, porfi, porfi, ¿quieres formar una puta palabra de una vez?

Mi rodilla roza el muslo de Gat. Lo cierto es que no puedo pensar. Hago una palabra corta, floja.

Johnny juega sus fichas.

—«Las drogas no son tus amigas» —anuncio—. Ese es el lema de Taft.

—¡Venga ya! —se ríe Mirren—. ¿De dónde ha sacado eso?

—Tal vez les hayan dado una charla antidrogas en el colegio. Además, las gemelas estuvieron fisgando en mi cuarto y le dijeron que tenía una cómoda llena de pastillas, así que quería asegurarse de que no soy una adicta.

—Dios mío... —dice Mirren—. Bonnie y Liberty son un desastre. Creo que ahora son cleptómanas.

—¿En serio?

—Robaron las pastillas para dormir de mi madre, y también sus aros de diamantes. No tengo ni idea de dónde creen que van a ponerse esos pendientes sin que ella los vea. Además, ellas son dos y solo hay un par.

—¿Les llamaste la atención?

—Lo intenté con Bonnie... Pero no puedo ayudarlas —contesta Mirren, que vuelve a organizar sus fichas—. Me gusta la idea de tener un lema —continúa diciendo—. Creo que una cita inspiradora puede ayudarte a superar momentos difíciles.

—¿Como cuál? —pregunta Gat.

Mirren hace una pausa. Luego dice:

—Sé un poco más amable de lo necesario.

Eso nos hace callar a todos. Parece imposible discutirlo.

Entonces, Johnny dice:

—Nunca comas nada que sea más grande que tu culo.

—¿Has comido alguna vez algo más grande que tu culo? —le pregunto.

Él asiente con la cabeza, serio.

—Bueno, Gat —dice Mirren—, ¿cuál es el tuyo?

—No tengo ninguno.

—Vamos.

—Está bien, tal vez... —Gat se mira las uñas—. No aceptes un mal que puedas cambiar.

—Estoy de acuerdo con eso —digo.

Porque lo estoy.

—Yo no —objeta Mirren.

—¿Por qué no?

—Hay muy pocas cosas que puedan cambiarse. Uno tiene que aceptar el mundo tal como es.

—No es verdad —replica Gat.

—¿No es mejor ser una persona tranquila y relajada? —pregunta Mirren.

—No. —Gat es tajante—. Es mejor luchar contra el mal.

—No comas nieve amarilla —suelta Johnny—. Ese es otro buen lema.

—Haz siempre lo que temas hacer —digo yo—. Ese es el mío.

—¡Oh, por favor! ¿Quién demonios dice eso? —exclama Mirren.

—Emerson —respondo—. Creo.

Cojo un bolígrafo y lo escribo en el dorso de mis manos.

Izquierda: «HAZ SIEMPRE LO». Derecha: «QUE TEMAS HACER». En la derecha la letra está torcida.

—Emerson es muy aburrido —dice Johnny.

Me quita el bolígrafo y escribe en su mano izquierda: «NIEVE AMARILLA NO».

—Ya está —dice mostrándonos el resultado—. Esto debería ser útil.

—Cady, hablo en serio. No deberíamos hacer lo que tememos —insiste Mirren con vehemencia—. No deberíamos hacerlo nunca.

—¿Por qué no?

—Podrías morir. Podrías resultar herida. Si estás aterrorizada, lo más probable es que haya un buen motivo. Deberías confiar en tus impulsos.

—Entonces, ¿cuál es tu filosofía? —le pregunta Johnny—. ¿Ser una gallina de campeonato?

—Sí —contesta Mirren—. Eso y lo de ser amable que he dicho antes.

39

Sigo a Gat cuando sube al piso de arriba. Corro tras él por el largo pasillo, lo agarro de la mano y acerco sus labios a los míos.

Es lo que temo hacer, y lo hago.

Él me devuelve el beso. Sus dedos se entrelazan con los míos y me siento aturdida y él me sostiene y todo está claro y todo es maravilloso otra vez. Nuestro beso convierte el mundo en polvo. Solo estamos nosotros y nada más importa.

Entonces Gat se aparta.

—No debería hacer esto.

—¿Por qué no?

Aún me sostiene la mano.

—No es que no quiera, es que...

—Creía que habíamos vuelto a empezar. ¿No es esto volver a empezar?

—Estoy hecho un lío. —Gat retrocede y se apoya en la pared—. Esta conversación es tan tópica... No sé qué más decir.

—Explícate.

Una pausa. Y entonces dice:

—No me conoces.

—Explícate —repito.

Gat se cubre el rostro con las manos. Nos quedamos apoyados en la pared, a oscuras.

—Está bien. Aquí va una parte —susurra al fin—. No conoces a mi madre. Nunca has estado en mi apartamento.

Es verdad. Nunca he visto a Gat fuera de Beechwood.

—A ti te parece que me conoces, Cady, pero solo conoces al Gat que

viene aquí —prosigue—. Eso... no es el panorama completo. No conoces mi cuarto con la ventana que da al patio de luces, el *curry* de mi madre, los amigos del instituto, cómo celebramos las fiestas. Solo conoces al que soy en esta isla, donde todo el mundo es rico menos los empleados y yo. Donde todo el mundo es blanco menos Ginny, Paulo y yo.

—¿Quiénes son Ginny y Paulo?

Gat se golpea la palma de la mano con el puño.

—Ginny es el ama de llaves. Paulo es el jardinero. No sabes cómo se llaman y han trabajado aquí todos los veranos. Eso es parte de lo que quiero decir.

Me pongo colorada de vergüenza.

—Lo siento.

—Pero ¿de verdad quieres conocer el panorama completo? —pregunta Gat—. ¿Podrías siquiera comprenderlo?

—No lo sabrás hasta que me pongas a prueba —contesto—. No he tenido noticias tuyas en una eternidad.

—¿Sabes lo que soy para tu abuelo? ¿Lo que siempre he sido?

—¿Qué?

—Heathcliff. El de *Cumbres borrascosas*. ¿Lo has leído?

Niego con la cabeza.

—Heathcliff es un niño gitano que es acogido y criado por una familia inmaculada, los Earnshaw. Heathcliff se enamora de la chica, Catherine. Ella también lo ama, pero al mismo tiempo cree que es una basura, por sus orígenes. Y el resto de la familia está de acuerdo.

—Yo no pienso eso.

—Nada de lo que Heathcliff haga convencerá a los Earnshaw de que es digno de ellos. Y lo intenta. Se marcha, se instruye, se convierte en un caballero. Aun así, ellos siguen creyendo que es un animal.

—¿Y?

—Entonces, como el libro es una tragedia, Heathcliff se convierte en lo que piensan de él, ¿sabes? Se transforma en una bestia. El mal que hay en él sale al exterior.

—Creía que era una historia de amor.

Gat niega con la cabeza.

—Esas personas se tratan fatal.

—¿Estás diciendo que el abuelo cree que eres Heathcliff?

—Lo cree, te lo juro —insiste Gat—. Una bestia bajo un aspecto agradable, que traiciona la amabilidad que él me ha mostrado al dejarme venir año tras año a esta isla protegida. Lo he traicionado seduciendo a su Catherine, a su Cadence. Y mi castigo es convertirme en el monstruo que él siempre vio en mí.

Me quedo callada.

Gat se queda callado.

Alargo la mano y lo toco. El mero tacto de su antebrazo bajo el fino algodón de su camisa hace que me muera por volver a besarlo.

—¿Sabes qué es lo más aterrador? —pregunta Gat sin mirarme—. Lo más aterrador es que ha resultado que tiene razón.

—No, no la tiene.

—Claro que sí, ya lo creo.

—Gat, espera.

Pero se ha ido a su cuarto y ha cerrado la puerta.

Estoy sola en el pasillo oscuro.

40

Érase una vez un rey que tenía tres hermosas hijas. Con el tiempo, las niñas se convirtieron en unas jóvenes tan encantadoras como un día de primavera. Además, se casaron con unos magníficos partidos, pero la llegada del primer nieto supuso una decepción. La princesa más joven dio a luz a una hija tan tan pequeña que su madre empezó a llevarla en el bolsillo, donde la niña pasaba desapercibida. Al final llegaron los nietos de tamaño normal, y el rey y la reina se olvidaron casi por completo de la existencia de la diminuta princesa.

Cuando la princesa demasiado pequeña se hizo mayor, apenas salía de su minúscula cama en todo el día y toda la noche. Tenía muy pocos motivos para levantarse, de tan sola que estaba.

Un día se aventuró a ir a la biblioteca del palacio y quedó encantada al descubrir la buena compañía que podían ser los libros. Empezó a ir allí a menudo. Una mañana, mientras leía, un ratón apareció encima de la mesa. Andaba erguido sobre dos patas y llevaba una pequeña americana de terciopelo. Tenía los bigotes limpios y el pelaje marrón.

—Lees igual que yo —dijo el ratón—, andando de un extremo a otro de las páginas.

Dio un paso adelante e hizo una reverencia.

El ratón cautivó a la diminuta princesa contándole sus aventuras. Le habló de troles que robaban los pies de la gente y de dioses que abandonaban a los pobres. Le hizo preguntas sobre el universo y no dejaba de buscar respuestas. Creía que las heridas necesitaban atención. A su vez, la princesa le contó cuentos de hadas al ratón, le dibujó retratos pixelados y le hizo pequeños dibujos a la cera. Ella se reía y discutía con él. Por primera

vez en su vida, tenía la sensación de estar despierta.

Pasó poco tiempo antes de que acabaran queriéndose mucho.

Sin embargo, cuando presentó su pretendiente a la familia, la princesa se topó con dificultades.

—¡No es más que un ratón! —exclamó el rey con desprecio, en tanto que la reina chilló y salió corriendo asustada del salón del trono.

De hecho, el reino entero, desde la realeza hasta los sirvientes, miraba al ratón pretendiente con desconfianza e incomodidad. «Es antinatural —decía la gente de él—. Un animal que se hace pasar por una persona».

La princesa diminuta no vaciló. El ratón y ella abandonaron el palacio y se marcharon lejos, muy lejos. En un país desconocido se casaron, formaron un hogar, lo llenaron de libros y chocolate y vivieron felices para siempre.

Si quieres vivir donde la gente no teme a los ratones, debes renunciar a vivir en palacios.

41

Un gigante maneja una sierra oxidada. Canturrea alborozado mientras me corta la frente y penetra en el cerebro que hay detrás.

Tengo menos de cuatro semanas para averiguar la verdad.

El abuelo me llama Mirren.

Las gemelas roban pastillas para dormir y pendientes de diamantes.

Mi madre discutió con las tías por la casa de Boston.

Bess detesta Cuddledown.

Carrie vaga por la isla de noche.

Will tiene pesadillas.

Gat es Heathcliff.

Gat cree que no lo conozco.

Y quizá tenga razón.

Tomo pastillas. Bebo agua. La habitación está oscura.

Mamá está en la puerta, mirándome. No le digo nada.

Paso dos días en cama. De vez en cuando las punzadas agudas se suavizan y son solo un dolor. Entonces, si estoy sola, me incorporo y escribo en el montón de notas que tengo encima de la cama. Son preguntas más que respuestas.

La mañana que me encuentro mejor, el abuelo viene temprano a Windemere. Lleva unos pantalones blancos de lino y una chaqueta azul. Yo estoy tirando pelotas a los perros en el jardín vestida con unos pantalones cortos y una camiseta. Mi madre ya se ha levantado en Nueva Clairmont.

—Me voy a Edgartown —dice el abuelo mientras le rasca las orejas a *Bosh*—. ¿Quieres venir? Si no te importa la compañía de un viejo.

—No sé —bromeo—. Estoy muy ocupada con estas pelotas de tenis

cubiertas de babas. Podría tardar todo el día.

—Te llevaré a la librería, Cady. Y te compraré regalos como antes.

—¿Y dulce de azúcar?

El abuelo se ríe.

—Claro, y dulce de azúcar.

—¿Es idea de mamá?

—No. —Se rasca el acopetado pelo blanco—. Pero Bess no quiere que vaya solo en la lancha. Cree que podría desorientarme.

—A mí tampoco me dejan conducir la lancha.

—Ya lo sé —dice, y sostiene las llaves en alto—. Pero Bess y Penny no son las jefas. Aquí mando yo.

Decidimos desayunar en la ciudad. Queremos alejarnos del muelle de Beechwood antes de que las tías nos detengan.

Edgartown es una pintoresca población marítima de Martha's Vineyard. Se tarda veinte minutos en llegar. Está llena de cercas blancas y casas de madera del mismo color con jardines floridos. En las tiendas venden cosas para turistas, helados, ropa cara, joyas antiguas. Los barcos salen del puerto para realizar excursiones de pesca y cruceros panorámicos.

El abuelo parece el de antes. Va derrochando dinero. Me invita a café y cruasanes en una pequeña panadería con taburetes junto a una ventana y luego intenta comprarme libros en la librería de Edgartown. Cuando rechazo el regalo y le hablo de mi proyecto de deshacerme de las cosas, niega con la cabeza, pero no me sermonea. Entonces me pide que lo ayude a elegir regalos para los pequeños y un libro de diseño floral para Ginny, el ama de llaves. Pedimos mucho dulce de azúcar en Murdick's Fudge: de chocolate, de chocolate y nueces, de mantequilla de cacahuete y de azúcar moreno.

Curioseando en una de las galerías de arte, nos encontramos al abogado del abuelo, un tipo estrecho de hombros y con el cabello entrecano llamado Richard Thatcher.

—Así que esta es Cadence primera —saluda Thatcher, que me estrecha la mano—. He oído hablar mucho de ti.

—Lleva el patrimonio —dice el abuelo a modo de explicación.

—El primer nieto... —comenta Thatcher—. No hay nada que iguale esa

sensación.

—Y además tiene la cabeza muy bien amueblada —añade el abuelo—. Sangre Sinclair de pies a cabeza.

Siempre ha sido muy dado a hablar con frases hechas. «Nunca te quejes y nunca des explicaciones». «No aceptes un no por respuesta». Pero me molesta que las use para hablar de mí. ¿«La cabeza muy bien amueblada»? Mi cabeza es puro caos, ahí están los diagnósticos médicos... y una mitad de mí descende de la infiel rama Eastman. El curso que viene no iré a la universidad; he dejado todos los deportes que practicaba y los clubes a los que pertenecía; la mitad del tiempo voy colocada de Percocet y ni siquiera soy agradable con mis primos pequeños.

Aun así, al abuelo le brilla la mirada mientras habla de mí, y al menos hoy no me confunde con Mirren.

—Se parece a ti —dice Thatcher.

—¿Verdad que sí? Salvo que ella es guapa.

—Gracias —digo yo—. Pero si quieres que me parezca del todo tengo que hacerme un copete en el pelo.

Esto hace sonreír al abuelo.

—Es de la lancha —le dice a Thatcher—. No he cogido el sombrero.

—Siempre lo lleva acopetado —le digo a Thatcher.

—Lo sé —responde.

Los dos hombres se estrechan la mano y el abuelo me toma del brazo mientras salimos de la galería.

—Se ha ocupado muy bien de ti —me dice.

—¿El señor Thatcher?

El abuelo asiente con la cabeza.

—Pero no se lo digas a tu madre. Empezaría a meter cizaña otra vez.

42

De camino a casa, me sobreviene un recuerdo.

Verano número quince, una mañana de principios de julio. El abuelo preparaba café en la cocina de la casa Clairmont. Yo comía tostadas con mermelada sentada a la mesa. Estábamos los dos solos.

—Me encanta ese ganso —dije señalando la figura de un ganso color crema que había en el aparador.

—Ha estado ahí desde que Johnny, Mirren y tú teníais tres años —comentó el abuelo—. Fue el año en que Tipper y yo fuimos de viaje a China. —Se rio—. Ella compró un montón de obras de arte. Teníamos una guía especialista en arte.

Se acercó a la tostadora e hizo saltar el trozo de pan que yo había puesto para mí.

—¡Oye! —protesté.

—¡Chiss! Yo soy el abuelo. Puedo coger la tostada cuando quiera. —Se sentó con su café y untó la *baguette* con mantequilla—. Esa chica, la especialista en arte, nos llevó a tiendas de antigüedades y nos orientó en las casas de subastas —explicó—. Hablaba cuatro idiomas. No lo parecía a primera vista. Era una chinita menuda.

—No digas «chinita», ¿vale?

Hizo como que no me oía.

—Tipper compró joyas y tuvo la idea de comprar figuras de animales para las casas de la isla.

—¿Eso incluye el sapo que hay en Cuddledown?

—Claro, el sapo de marfil —respondió el abuelo—. Y sé que también compramos dos elefantes.

—Esos están en Windemere.

—Y los monos en Red Gate. Había cuatro monos.

—¿El marfil no es ilegal? —pregunté.

—Bueno, en algunos sitios sí. Pero puede conseguirse. A tu abuela le encantaba el marfil. Había ido a China de pequeña.

—¿Son colmillos de elefante?

—Sí, o de rinoceronte.

Allí estaba el abuelo. Su cabello blanco aún abundante, las profundas arrugas del rostro fruto de tantos días pasados en el velero. Su mandíbula prominente como la de una antigua estrella de cine.

«Puede conseguirse», dijo hablando del marfil.

Uno de sus lemas: «No aceptes un no por respuesta».

Siempre me había parecido una forma heroica de vivir. Lo decía cuando nos aconsejaba que persiguiéramos nuestros sueños. Cuando animaba a Johnny a que intentara entrenarse para un maratón, o cuando yo no gané el premio de lectura en séptimo. Pronunciaba esa frase cuando hablaba de sus estrategias comerciales y de cómo logró que la abuela se casara con él. «Se lo pedí cuatro veces antes de que me dijera que sí —explicaba siempre que volvía a contar una de sus leyendas favoritas de la familia Sinclair—. Le gané por cansancio. Me dijo que sí para que me callara».

Ahora bien, sentada a la mesa viéndolo comerse mi tostada, lo de «No aceptes un no por respuesta» me pareció la actitud de un tipo privilegiado al que no le importaba a quién hiciera daño con tal de que su esposa tuviera esas figuras tan monas que quería exhibir en sus casas de veraneo.

Me acerqué al ganso y lo cogí.

—La gente no debería comprar marfil —dije—. Por algo es ilegal. El otro día Gat estaba leyendo sobre...

—No me hables de lo que está leyendo ese chico —me soltó—. Estoy informado. Recibo todos los periódicos.

—Perdona. Pero es que Gat me ha hecho pensar en...

—Cadence.

—Podrías subastar las figuras y luego donar el dinero para la conservación de la naturaleza.

—Entonces me quedaría sin las figuras. Tipper les tenía mucho cariño.

—Pero...

—No me digas qué debo hacer con mi dinero, Cady. Ese dinero no es tuyo.

—De acuerdo.

—Ni se te ocurra decirme cómo tengo que disponer de lo que es mío, ¿está claro?

—Sí.

—Nunca.

—Sí, abuelo.

Me entraron ganas de agarrar el ganso y arrojarlo al otro lado de la habitación.

¿Se rompería cuando se estrellara contra la chimenea? ¿Se haría pedazos?

Apreté los puños.

Era la primera vez que hablábamos de la abuela Tipper desde su muerte.

El abuelo acerca la lancha al muelle y la amarra.

—¿Aún echas de menos a la abuela? —le pregunto mientras nos dirigimos a Nueva Clairmont—. Porque yo sí. Nunca hablamos de ella.

—Una parte de mí murió —dice—. Y era la mejor parte.

—¿Eso piensas? —pregunto.

—No hay nada más que decir —contesta el abuelo.

43

Encuentro a los Mentirosos en el jardín de Cuddledown. Hay raquetas de tenis, botellas de bebida, envoltorios de comida y toallas de playa esparcidos por el césped. Los tres están tumbados sobre unas mantas de algodón, con las gafas de sol puestas y comiendo patatas fritas de bolsa.

—¿Ya te encuentras mejor? —me pregunta Mirren.

Asiento con la cabeza.

—Te echábamos de menos.

Tienen el cuerpo untado de aceite para bebé. Hay dos botellas en el césped.

—¿No os da miedo quemaros? —pregunto.

—Yo ya no creo en los filtros solares —dice Johnny.

—Ha decidido que los científicos son corruptos y que toda la industria de los protectores solares es un fraude para sacar dinero —explica Mirren.

—¿Habéis visto alguna vez quemaduras de sol graves? —pregunto—. La piel se llena de ampollas, literalmente.

—Es una idea absurda —dice Mirren—. Lo que pasa es que estamos muertos de aburrimiento, nada más.

Pero mientras habla se unta los brazos con aceite para bebé.

Me tumbo al lado de Johnny.

Abro una bolsa de patatas barbacoa.

Me quedo mirando el pecho de Gat.

Mirren lee en voz alta un fragmento de un libro sobre Jane Goodall.

Escuchamos un poco de música en mi iPhone, con el altavoz diminuto.

—¿Por qué no crees en los filtros solares? —le pregunto a Johnny.

—Es una conspiración —responde—. Para vender un montón de loción

que nadie necesita.

—Ah.

—No me quemaré —afirma—. Ya lo verás.

—Pero ¿por qué os ponéis aceite para bebé?

—Ah, eso no forma parte del experimento —explica Johnny—. Lo que pasa es que me gusta estar lo más pringoso posible en todo momento.

Gat me sorprende en la cocina buscando comida. No hay gran cosa.

—La última vez que te vi volví a estar subóptimo —explica—. Hace un par de noches, en el pasillo.

—Sí.

Me tiemblan las manos.

—Lo siento.

—No pasa nada.

—¿Podemos volver a empezar?

—No podemos volver a empezar todos los días, Gat.

—¿Por qué no? —Se sienta en la encimera de un salto—. Quizá este sea un verano de segundas oportunidades.

—Segundas, sí. Pero después la cosa ya se vuelve absurda.

—Pues seamos normales y ya está —dice—, al menos hoy. Finjamos que yo no soy un desastre, finjamos que no estás enfadada. Aparentemos que somos amigos y olvidemos lo sucedido.

Yo no quiero fingir.

No quiero que seamos amigos.

No quiero olvidar. Estoy intentando recordar.

—Solo durante un día o dos, hasta que parezca que todo vuelve a ir bien —continúa diciendo al ver que dudo—. Nos limitaremos a pasar el rato hasta que ya no haya para tanto.

Yo quiero saberlo todo, comprenderlo todo. Quiero abrazar a Gat, recorrerlo con las manos y no soltarlo nunca. Pero puede que esta sea la única manera que tengamos de volver a empezar.

«Sé normal, vamos. Ahora mismo.

»Porque lo eres. Porque puedes serlo».

—He aprendido a hacerlo —le digo.

Le tiendo la bolsa de dulce de azúcar que el abuelo y yo hemos comprado en Edgartown y la forma en que se le ilumina el rostro al ver el chocolate me llega al corazón.

44

Al día siguiente, Mirren y yo cogemos la lancha pequeña sin permiso y vamos a Edgartown.

Los chicos no quieren venir. Van a salir con los kayaks.

Yo conduzco y Mirren sumerge la mano en la estela.

Mi prima no lleva mucha ropa: la parte de arriba de un bikini con estampado de margaritas y una minifalda vaquera. Camina por las aceras adoquinadas de Edgartown hablando de Drake Loggerhead y de qué se siente al tener «relaciones sexuales» con él. Así es como lo llama siempre, y su respuesta a qué se siente tiene que ver con el olor de las rosas japonesas mezclado con montañas rusas y fuegos artificiales.

También habla de la ropa que quiere comprarse para el primer año en la Universidad de Pomona, de las películas que quiere ver y de los proyectos que quiere llevar a cabo este verano, como buscar un lugar para montar a caballo en Martha's Vineyard y volver a preparar helado. En serio, se pasa media hora cotorreando sin parar.

Me gustaría tener su vida. Un novio, planes, universidad en California. Mirren va a marcharse hacia su brillante futuro mientras que yo voy a volver a la Academia Dickinson para pasar otro año de nieve y asfixia.

Compro una bolsa pequeña de dulce de azúcar en Murdick's, aunque todavía queda un poco del de ayer. Mirren sigue hablando y nos sentamos en un banco a la sombra.

Me sobreviene otro recuerdo.

Verano número quince, Mirren estaba sentada con Taft y Will en los escalones de nuestro puesto de almejas favorito de Edgartown. Los niños

tenían unos molinetes de colores. Taft llevaba la cara manchada del dulce de azúcar que se había comido antes. Estábamos esperando a Bess, que tenía los zapatos de Mirren. No podíamos entrar sin zapatos.

Mi prima tenía los pies sucios y las uñas pintadas de azul.

Llevábamos un rato esperando cuando Gat salió de una tienda que había en la misma manzana con un montón de libros bajo el brazo. Se nos acercó corriendo a toda velocidad, como si tuviera una prisa ridícula por alcanzarnos, a pesar de que no íbamos a movernos.

Entonces se paró en seco. El primer libro de la pila era *El ser y la nada*, de Sartre. Aún se podían leer las palabras escritas en el dorso de sus manos. Una recomendación del abuelo.

Gat hizo una reverencia como un tonto, como un payaso, y me obsequió con el último libro del montón: era una novela de Jaclyn Moriarty, a quien me había pasado todo el verano leyendo.

Abrí el libro por la portada. Estaba dedicado. «Para Cady con todo, todo. Gat».

—Recuerdo que estábamos esperando a que te trajeran los zapatos para poder entrar en el puesto de almejas —le digo a Mirren, que ya ha dejado de hablar y me mira con expectación—. Molinetes —añado—. A Gat dándome un libro.

—Así que estás recuperando la memoria —dice Mirren—. ¡Es genial!

—Las tías se pelearon por la herencia.

Ella se encoge de hombros.

—Un poco.

—Y el abuelo y yo discutimos por las figuras de marfil.

—Sí. Recuerdo que lo comentamos.

—Dime una cosa.

—¿Qué?

—¿Por qué desapareció Gat después de mi accidente?

Mirren se retuerce un mechón de pelo.

—No lo sé.

—¿Volvió con Raquel?

—No lo sé.

—¿Discutimos? ¿Hice algo mal?

—Te digo que no lo sé, Cady.

—Hace unas cuantas noches se enfadó conmigo. Por no saber cómo se llaman los empleados. Por no haber visto su apartamento de Nueva York.

Se hace un silencio.

—Tiene motivos para estar enfadado —dice Mirren al fin.

—¿Qué hice?

Mirren suspira.

—No puedes arreglarlo.

—¿Por qué no?

De repente a Mirren empieza a faltarle el aire. Siente arcadas, como si fuera a vomitar. Se dobla por la cintura, tiene la piel pálida y húmeda.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Puedo hacer algo?

No me contesta.

Le ofrezco una botella de agua. La coge. Bebe despacio.

—He hecho demasiado esfuerzo. Necesito volver a Cuddledown. Ahora mismo.

Tiene los ojos vidriosos. Le tiendo la mano. Le noto la piel mojada y parece que camina con paso vacilante. Sin decir nada, nos dirigimos al puerto, donde está atracada la lancha pequeña.

Mamá no se había dado cuenta de que la lancha no estaba, pero sí ve la bolsa de dulce de azúcar cuando se la doy a Taft y a Will.

Parlotea y parlotea sin parar. Su sermón carece de interés.

No puedo abandonar la isla sin su permiso.

No puedo abandonar la isla sin la supervisión de un adulto.

No puedo conducir un vehículo a motor tomando medicación.

No puedo ser tan estúpida como demuestra mi comportamiento, ¿verdad?

Digo el «lo siento» que mi madre quiere oír. Luego voy corriendo a Windemere y anoto todo lo que recuerdo (el puesto de almejas, el molinete, los pies sucios de Mirren en los escalones de madera, el libro que me dio Gat) en el papel cuadriculado que tengo sobre la cama.

45

A principios de mi segunda semana en la isla Beechwood, descubrimos el tejado de Cuddledown. Es fácil trepar hasta allí arriba, pero no lo habíamos hecho antes porque hay que atravesar la ventana del dormitorio de la tía Bess.

En el tejado hace un frío que pela por las noches, pero de día hay unas vistas estupendas de la isla y del mar. Por encima de los árboles que se apiñan en torno a Cuddledown alcanzo a ver Nueva Clairmont y su jardín. Veo incluso el interior de la casa, cuyos ventanales van desde el suelo hasta el techo en muchas de las habitaciones de la planta baja. También puede verse un poco de Red Gate y, en dirección contraria, Windemere y, más allá, la bahía.

Aquella primera tarde disponemos la comida en un viejo mantel campestre. Comemos pan dulce portugués y quesos blandos en pequeñas cajitas de madera. Bayas en un cartón de color verde. Botellas frías de limonada con gas.

Decidimos subir todos los días. Todo el verano. Este tejado es el mejor lugar del mundo.

—Si me muero —digo mientras contemplo las vistas—. Quiero decir, cuando me muera, arrojad mis cenizas al agua de la playa pequeña. Cuando me echéis de menos, podréis subir aquí arriba, mirar abajo y pensar en lo genial que era.

—O podríamos bajar y nadar en ti —comenta Johnny—. Si te echáramos muchísimo de menos.

—¡Puaj!

—Eres tú quien quiere estar en el agua de la playa pequeña.

—Me refiero a que me encanta este sitio. Sería un lugar estupendo para

mis cenizas.

—Sí —coincide Johnny—, lo sería.

Mirren y Gat han permanecido callados, comiendo avellanas recubiertas de chocolate de un cuenco de cerámica azul.

—Esta conversación es horrible —dice ella.

—Yo no quiero que mis cenizas estén aquí —tercia Gat.

—¿Por qué no? —pregunto—. Podríamos estar todos juntos en la playa pequeña.

—¡Y los pequeños nadarían en nosotros! —grita Johnny.

—Estás dándome asco —le espeta Mirren con brusquedad.

—En realidad no es muy distinto de todas las veces que me he meado allí —suelta Johnny.

—Puaaaj.

—Venga, vamos, ahí se mea todo el mundo.

—Yo no —protesta Mirren.

—Sí, sí lo haces —replica él—. Si a estas alturas el agua de la playa pequeña no está llena de pis, después de todos estos años meándonos allí, unas cuantas cenizas no la estropearán.

—¿Alguna vez habéis planeado vuestro funeral, chicos? —pregunto.

—¿Qué quieres decir?

Johnny arruga la nariz.

—Ya sabes, como en *Tom Sawyer*, cuando todo el mundo cree que Tom y Huck y ¿cómo se llama?

—Joe Harper —dice Gat.

—Eso, creen que Tom, Huck y Joe Harper están muertos. Los chicos van a su propio funeral y oyen todos los buenos recuerdos que la gente de la ciudad tiene de ellos. Después de leer eso, siempre he pensado en mi propio funeral. Por ejemplo, en el tipo de flores y dónde querría mis cenizas. Y también en el elogio fúnebre, que dirá lo trascendentalmente genial que era y que gané el Premio Nobel y las olimpiadas.

—¿Con qué deporte ganaste las olimpiadas? —pregunta Gat.

—Tal vez con balonmano.

—¿Hay balonmano en las olimpiadas?

—Sí.

—¿Has jugado al balonmano alguna vez?

—Todavía no.

—Pues será mejor que empieces ya.

—Casi todo el mundo planea su boda —dice Mirren—. Yo antes pensaba en mi boda.

—Los chicos no piensan en sus bodas —dice Johnny.

—Si me casara con Drake, querría todas las flores amarillas —explica Mirren—. Flores amarillas por todas partes. Y un vestido primaveral amarillo, como un vestido de novia normal, pero amarillo. Y él llevaría una faja amarilla.

—Tendría que quererte mucho, pero mucho, para llevar una faja amarilla —le digo.

—Sí —contesta Mirren—. Pero Drake lo haría.

—Yo os diré lo que no quiero en mi funeral —dice Johnny—: no quiero un puñado de tipos del mundo del arte neoyorquino que ni siquiera me conocen rondando por una estúpida sala de recepciones.

—Yo no quiero a gente religiosa hablando de un Dios en el que no creo —declara Gat.

—Ni a una panda de impostoras fingiendo estar tristes y luego pintándose los labios y arreglándose el pelo en los lavabos —tercia Mirren.

—¡Dios mío! —bromeo—. Hacéis que parezca que los funerales no son divertidos.

—En serio, Cady —dice Mirren—. Deberías planear tu boda, no tu funeral. No seas morbosa.

—¿Y si no me caso nunca? ¿Y si no quiero casarme?

—Pues planea la fiesta de presentación de tu libro. O la inauguración de tu exposición de arte.

—Va a ganar las olimpiadas y el Premio Nobel —señala Gat—. Puede planear las fiestas para eso.

—Vale, está bien —digo—. Planeemos mi fiesta de balonmano olímpico si así estáis contentos.

Y eso hacemos. Balones de balonmano de chocolate envueltos en glaseado azul. Un vestido dorado para mí. Copas de champán con bolitas doradas dentro. Discutimos sobre si el balonmano también requiere esas

extrañas gafas protectoras que se usan para el raquetbol y decidimos que, en beneficio de nuestra fiesta, sí las exige. Todos los invitados llevarán gafas de balonmano doradas mientras dure la celebración.

—¿Juegas en equipo al balonmano? —me pregunta Gat—. Es decir, ¿habrá todo grupo de diosas amazonas del balonmano celebrando la victoria contigo? ¿O has ganado en solitario?

—Ni idea.

—En serio, tienes que empezar a concienciarte —dice Gat—, o nunca ganarás el oro. Habrá que replantear toda la fiesta si solo consigues la plata.

Aquel día la vida parece hermosa.

Siempre hemos sido nosotros cuatro, los Mentirosos.

Siempre lo seremos.

Da igual lo que ocurra cuando vayamos a la universidad, nos hagamos mayores o nos forjemos una vida; da igual si Gat y yo estamos juntos o no. Da igual adónde vayamos, siempre podremos sentarnos en fila en el tejado de Cuddledown y contemplar el mar.

Esta isla es nuestra. Aquí, en cierto modo, somos jóvenes para siempre.

46

Los días posteriores son más melancólicos. Los Mentirosos casi nunca quieren ir a ninguna parte. Mirren tiene la garganta irritada y dolores musculares. Casi no sale de Cuddledown. Pinta cuadros para colgar en los pasillos y alinea conchas al borde de las encimeras. Los platos se acumulan en el fregadero y en la mesa de centro. Hay montones desordenados de libros y DVD por todo el salón principal. Las camas están sin hacer y los cuartos de baño huelen a humedad, a moho.

Johnny come queso con los dedos y ve comedias británicas. Un día recoge un montón de bolsitas de té usadas y pastosas y las echa en un tazón lleno de zumo de naranja.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—La salpicadura más grande consigue más puntos.

—Pero ¿por qué?

—Mi mente funciona de maneras misteriosas —contesta Johnny—. Yo creo que, por norma general, la mejor técnica es lanzar sin levantar el brazo por encima del hombro.

Lo ayudo a crear un sistema de puntuación. Cinco por una salpicadura, diez por un charco y veinte por un dibujo decorativo en la pared de detrás del tazón.

Gastamos una botella entera de zumo de naranja recién exprimido. Cuando ha terminado, Johnny deja el tazón y las bolsitas de té chorreantes y aplastadas donde han caído.

Yo tampoco limpio.

Gat tiene una lista de las cien mejores novelas de todos los tiempos y se esfuerza por leer todo lo que puede encontrar en la isla. Marca los libros con

notas adhesivas y lee fragmentos en voz alta. *El hombre invisible. Pasaje a la India. El cuarto mandamiento.* Yo solo le presto atención a medias, porque Gat no me ha besado ni ha intentado acercarse a mí desde que acordamos actuar con normalidad.

Creo que evita quedarse a solas conmigo.

Yo también evito quedarme a solas con Gat, porque todo mi cuerpo clama por estar cerca de él, porque todos los movimientos que hace están cargados de electricidad. A menudo pienso en rodearlo con los brazos o en pasarle los dedos por los labios. Cuando dejo que mis pensamientos tomen ese rumbo (si por un momento Johnny y Mirren desaparecen, si nos quedamos solos aunque sea solo un segundo), el intenso dolor del amor no correspondido le abre la puerta a la migraña.

En esos días es una vieja bruja retorcida que me araña el cerebro en carne viva con unas uñas crueles. Hurga mis nervios expuestos, explorando para ver si va a instalarse o no en mi cráneo. Si entra, me paso un día o tal vez dos confinada en mi cuarto.

Casi todos los días comemos en el tejado.

Supongo que también comen allí cuando estoy enferma.

De vez en cuando, una botella cae rodando del tejado y el cristal se rompe. De hecho, todo el porche está lleno de esquirlas de cristal hecho pedazos, pegajoso por la limonada.

Las moscas van zumbando de un lado a otro, atraídas por el azúcar.

A finales de la segunda semana me encuentro a Johnny solo en el jardín construyendo una estructura con piezas de Lego que debe de haber encontrado en Red Gate.

Yo tengo pepinillos, palitos de queso y sobras de atún a la parrilla que he cogido de la cocina de Nueva Clairmont. Decidimos no subir al tejado, puesto que solamente estamos los dos. Abrimos los contenedores y los alineamos al borde del sucio porche. Johnny dice que quiere construir el Colegio Hogwarts con las piezas de Lego. O una Estrella de la Muerte. O... ¡espera! Mejor todavía, un atún de Lego para colgarlo en Nueva Clairmont ahora que ya no queda ninguno de los ejemplares de taxidermia del abuelo. ¡Eso es! Qué pena que en esta dichosa isla no haya suficientes piezas de Lego para un proyecto tan visionario como el suyo.

—¿Por qué no me llamaste ni me mandaste ningún correo después del accidente? —pregunto.

No tenía previsto sacar el tema. Las palabras me salen solas.

—Ay, Cady.

Me siento idiota al preguntarlo, sin embargo necesito saberlo.

—¿No prefieres hablar del atún que vamos a construir con las piezas de Lego? —Me engatusa Johnny.

—Pensé que a lo mejor estabas molesto conmigo por todos esos correos electrónicos. Los que te mandé preguntando por Gat.

—No, no. —Johnny se limpia la mano en la camiseta—. Desaparecí porque soy un gilipollas. Porque no pienso bien mis decisiones, he visto demasiadas películas de acción y siempre sigo la corriente.

—¿En serio? Yo no pienso eso de ti.

—Es un hecho innegable.

—¿No te enfadaste?

—Me comporté como un idiota de mierda. Pero no me enfadé. Eso nunca.
Lo siento, Cadence.

—Gracias.

Coge un puñado de piezas y empieza a encajarlas.

—¿Por qué desapareció Gat? ¿Lo sabes?

Johnny suspira.

—Eso es otra historia.

—Me dijo que no conozco su verdadero yo.

—Podría ser cierto.

—No quiere hablar del accidente. Ni de lo que ocurrió entre nosotros ese verano. Quiere que actuemos con normalidad y como si no hubiera pasado nada.

Johnny ha alineado sus piezas de Lego en franjas: azules, blancas y verdes.

—Gat se portó como el culo con esa tal Raquel al empezar contigo. Sabía que no estaba bien y se odiaba a sí mismo por ello.

—Vale.

—No quería ser de esos. Él quiere ser una buena persona. Y aquel verano estaba muy enfadado por toda clase de cosas. Cuando no estuvo a tu lado, se odió aún más.

—¿Tú crees?

—Lo supongo —responde.

—¿Está saliendo con alguien?

—¡Ay, Cady! Pero si es un imbécil pretencioso. Lo quiero como a un hermano, pero tú eres demasiado buena para él. Ve y búscate un chico agradable en Vermont, un cachas como Drake Loggerhead. —Y empieza a partirse de risa.

—Eres un inútil.

—No puedo negarlo —contesta—. Pero tú tienes que dejar de ser tan sensiblera.

48

Regalo: *Una vida mágica*, de Diana Wynne Jones.

Es una de las historias de Chrestomanci que mamá nos leía a Gat y a mí el verano que teníamos ocho años. La he releído varias veces desde entonces, pero dudo que Gat lo haya hecho.

Abro el libro y escribo en la portada. «Para Gat con todo, todo. Cady».

A la mañana siguiente, voy a Cuddledown temprano y paso por encima de las tazas usadas y los DVD. Llamo a la puerta del dormitorio de Gat.

No hay respuesta.

Llamo otra vez y la abro.

Antes era el cuarto de Taft. Está lleno de osos y maquetas de barcos, además de las pilas de libros de Gat, bolsas de patatas fritas vacías y anacardos pisados. Botellas medio llenas de zumo y refresco, CD, la caja del Scrabble con casi todas las fichas esparcidas por el suelo. Está igual de mal que el resto de la casa, si no peor.

El caso es que él no está. Debe de haber ido a la playa.

Le dejo el libro sobre la almohada.

49

Aquella noche, Gat y yo nos quedamos solos en el tejado de Cuddledown. Mirren se encontraba mal y Johnny se la llevó abajo para prepararle un té.

Nos llegan voces y música desde Nueva Clairmont, donde las tías y el abuelo están comiendo tarta de arándanos y bebiendo oporto. Los pequeños están viendo una película en la sala de estar.

Gat camina por la pendiente del tejado, baja hasta el canalón y vuelve a subir. Parece peligroso, sería muy fácil caerse, pero nada le da miedo.

Ahora es cuando puedo hablar con él.

Ahora es cuando podemos dejar de fingir que somos normales.

Busco las palabras adecuadas, la mejor manera de empezar.

De pronto Gat sube otra vez hasta donde estoy, con tres grandes zancadas.

—Eres muy muy guapa, Cady —dice.

—Es la luz de la luna. Hace que todas las chicas parezcan guapas.

—Yo creo que tú eres guapa siempre y para siempre. —Su silueta se recorta contra la luna—. ¿Tienes novio en Vermont?

Por supuesto que no. Nunca he tenido más novio que él.

—Mi novio se llama Percocet —respondo—. Estamos muy unidos. Incluso fui con él a Europa el verano pasado.

—¡Ya vale! —Gat está molesto.

Se levanta y vuelve a bajar hasta el borde del tejado.

—Era broma.

Gat me da la espalda.

—Dices que no deberíamos compadecerte...

—Sí.

—... Pero luego sueltas esas frases. «Mi novio se llama Percocet». O: «Mirando la base del retrete italiano azul». Y está claro que quieres que todo el mundo te compadezca. Y lo haríamos, yo lo haría, pero no tienes ni idea de lo afortunada que eres.

Me ruborizo.

Tiene razón.

Quiero que la gente me compadezca. Es lo que quiero.

Pero no quiero.

Sí quiero.

Y por otra parte no quiero.

—Lo siento —digo.

—Harris te mandó ocho semanas a Europa. ¿Crees que mandaría a Johnny o a Mirren? No. Y tampoco me mandaría a mí, eso seguro. Antes de quejarte, piensa en las cosas que a otras personas les encantaría tener.

Me estremezco.

—¿El abuelo me mandó a Europa?

—¡Venga ya! —exclama Gat con amargura—. ¿De verdad piensas que fue tu padre quién pagó ese viaje?

Me doy cuenta de inmediato de que dice la verdad.

Pues claro que papá no pagó el viaje. Sería imposible que lo hubiera hecho. Los profesores de universidad no vuelan en primera clase ni se alojan en hoteles de cinco estrellas.

Estoy tan acostumbrada a los veranos en la isla Beechwood, a las despensas siempre repletas, a las múltiples lanchas y a los empleados que asan filetes en la parrilla y lavan la ropa blanca en silencio, que ni siquiera se me ocurrió pensar de dónde podía haber salido aquel dinero.

El abuelo me mandó a Europa. ¿Por qué?

¿Por qué no vino mi madre conmigo si el viaje era un regalo del abuelo? ¿Y por qué iba a aceptar papá ese dinero de mi abuelo?

—Tienes una vida con un millón de posibilidades por delante —dice Gat—. Me... me crispa cuando pides compasión, eso es todo.

Gat, mi Gat.

Tiene razón. La tiene.

Sin embargo, no lo entiende.

—Ya sé que no me maltratan —contesto, y de repente me pongo a la defensiva—. Ya sé que tengo mucho dinero y una buena educación. Comida en la mesa. No estoy muriéndome de cáncer. Hay mucha gente que está mucho peor que yo. Y también sé que fui afortunada por ir a Europa. No debería quejarme ni ser desagradecida.

—Muy bien, vale.

—Pero escucha. No tienes ni idea de lo que son estos dolores de cabeza. Ni idea. Duele —digo, y me doy cuenta de que las lágrimas me corren por las mejillas aunque no esté sollozando—. Hay días en que resulta difícil estar vivo. Muchas veces deseo morirme, de verdad, así se terminaría el dolor.

—No es cierto —responde con aspereza—. No deseas morirte. No digas eso.

—Solo quiero que acabe el dolor —insisto—. Los días que las pastillas no me hacen efecto. Quiero que termine y haría cualquier cosa, en serio, cualquier cosa, si estuviera segura de que con eso dejaría de dolerme.

Se hace un silencio. Gat baja hasta el borde del tejado dándome la espalda.

—¿Y qué haces entonces? ¿Cuándo te duele tanto?

—Nada. Me quedo tumbada y espero, me recuerdo una y otra vez que no dura eternamente. Que habrá otro día y luego otro, y otro más. Uno de esos días, me levantaré, desayunaré y me encontraré bien.

—Otro día.

—Sí.

Da media vuelta y sube por el tejado con un par de saltos. De pronto sus brazos me rodean y nos aferramos el uno al otro.

Él tiembla ligeramente y me besa el cuello con los labios fríos. Nos quedamos así, abrazados el uno al otro, durante un minuto o dos,

y parece que el universo se reorganiza,

y sé que toda la ira que sentíamos ha desaparecido.

Gat me besa en los labios y me acaricia la mejilla.

Lo quiero.

Siempre lo he querido.

Nos quedamos en el tejado durante mucho mucho tiempo. Para siempre.

50

Mirren ha ido poniéndose enferma cada vez más a menudo. Se levanta tarde, se pinta las uñas, se tumba al sol y mira fotografías de paisajes africanos en un gran libro que hay en la mesa de centro. Pero no quiere bucear. No quiere navegar. No quiere jugar al tenis ni ir a Edgartown.

Le traigo gominolas de Nueva Clairmont. A Mirren le encantan las gominolas.

Hoy, ella y yo estamos tumbadas en la playa pequeña. Leemos revistas que he robado a las gemelas y comemos zanahorias enanas. Mirren tiene los auriculares puestos. No deja de escuchar una y otra vez la misma canción en mi iPhone.

*Our youth is wasted
We will not waste it
Remember my name
'Cause we made history
Na na na na, na na na^[1]*

Pincho a Mirren con una zanahoria.

—¿Qué?

—Deja de cantar o no me hago responsable de mis actos.

Mirren se vuelve para mirarme, seria. Se quita los auriculares.

—¿Puedo decirte una cosa, Cady?

—Claro.

—Sobre Gat y tú. Anoche os oí bajar.

—¿Y?

—Creo que deberías olvidarte de él.

—¿Qué?

—Va a acabar mal y se va a fastidiar todo.

—Lo quiero —digo—. Sabes que siempre lo he querido.

—Estás poniéndole las cosas difíciles. Más de lo que ya lo son. Vas a hacerle daño.

—Eso no es verdad. Lo más probable es que él me haga daño a mí.

—Bueno, eso también podría pasar. No es una buena idea que estéis juntos.

—¿No te das cuenta de que preferiría que Gat me hiciera daño a aislarme de él? —digo al tiempo que me incorporo—. Prefiero un millón de veces vivir y arriesgarme a que todo acabe mal antes que permanecer en la caja en la que he estado metida los últimos dos años. Es una caja minúscula, Mirren. Mi madre y yo. Mis pastillas y yo. Mi dolor y yo. Ya no quiero vivir ahí.

Un silencio permanece flotando en el aire.

—Nunca he tenido novio —suelta Mirren.

La miro a los ojos. Hay lágrimas.

—¿Y qué me dices de Drake Loggerhead? ¿Y las rosas amarillas y las relaciones sexuales? —pregunto.

Baja la mirada.

—Mentí.

—¿Por qué?

—Ya sabes que, cuando vienes a la isla Beechwood, llegas a un mundo distinto, ¿no? No tienes que ser la misma que eres cuando vuelves a casa. Puedes ser alguien mejor, quizá.

Asiento con la cabeza.

—El día que volviste me fijé en Gat. Te miraba como si fueras el planeta más brillante de la galaxia.

—¿Ah, sí?

—Tengo muchísimas ganas de que alguien me mire de esa forma, Cady. Muchísimas. Y no era mi intención, pero acabé mintiendo. Lo siento.

No sé qué decir. Respiro hondo.

Mirren me dice con brusquedad:

—No resoples. ¿De acuerdo? No pasa nada. No pasa nada porque nunca

haya tenido novio. No pasa nada porque nadie me quiera, ni una sola persona, ¿vale? Es perfectamente tolerable.

La voz de mi madre me llama desde algún sitio cercano a Nueva Clairmont.

—¡Cadence! ¿Me oyes?

—¡¿Qué quieres?! —le respondo gritando.

—Hoy la cocinera tiene el día libre. Voy a empezar a hacer la comida. Ven a cortar tomates.

—Un momento. —Suspiro y miro a Mirren—. Tengo que irme.

Ella no contesta. Me pongo la sudadera y subo penosamente por el sendero hacia Nueva Clairmont.

En la cocina, mamá me da un cuchillo para cortar tomates y empieza a hablar.

Bla, bla, bla, siempre estás en la playa pequeña.

Bla, bla, bla, deberías jugar con los pequeños.

El abuelo no estará aquí eternamente.

¿Sabes que te has quemado con el sol?

Yo corto, y corto, una cesta llena de tomates autóctonos de formas extrañas. Son amarillos, verdes y de un rojo ahumado.

51

Mi tercera semana en la isla está llegando a su fin y la migraña me deja fuera de combate durante dos días. O tal vez tres. Ni siquiera lo sé. Cada vez hay menos pastillas en mi frasco a pesar de que pasé por la farmacia antes de irnos de casa.

Me pregunto si se las estará tomando mi madre. Quizá se las haya estado tomando desde el principio.

O tal vez las gemelas hayan vuelto a entrar en mi cuarto y cogido cosas que no necesitan. Quizá sean adictas.

O puede que me las tome yo sin ser consciente. Quizá me medique más de la cuenta con el aturdimiento del dolor. Olvidándome de la última dosis.

Me da miedo decirle a mamá que necesito más.

Cuando me siento estable, vuelvo a Cuddledown. El sol está bajo en el horizonte. El porche está cubierto de botellas rotas. Dentro, las cintas del techo se han caído y están enredadas en el suelo. Los platos del fregadero están secos y tienen comida incrustada. Las colchas que cubren la mesa del comedor están sucias. La mesa de centro tiene manchas circulares de las tazas de té.

Encuentro a los Mentirosos apiñados en el cuarto de Mirren, todos mirando la Biblia.

—Una discusión por una palabra del Scrabble —dice Mirren en cuanto entro. Cierra el libro—. Gat tenía razón, como siempre. Siempre tienes la puñetera razón, Gat. A las chicas no les gusta eso en un chico, ¿lo sabes?

Las fichas del Scrabble están desparramadas por el suelo del salón. Las he visto al entrar.

No han estado jugando.

—¿Qué habéis hecho estos últimos días, chicos? —pregunto.

—¡Madre mía! —exclama Johnny, que se estira sobre la cama de Mirren—. Ya se me ha olvidado.

—Celebramos el Cuatro de Julio —explica Mirren—. Fuimos a cenar a Nueva Clairmont y luego salimos todos en la lancha grande para ver los fuegos artificiales de Martha's Vineyard.

—Hoy hemos ido a la tienda de donuts de Nantucket —dice Gat.

Nunca van a ninguna parte. Nunca. Nunca ven a nadie. Y ahora, mientras he estado enferma, ¿han ido a todas partes y han visto a todo el mundo?

—Downyflake —digo—. Así se llama la tienda de donuts.

—Sí. Nos hemos comido unos donuts de lo más extraordinario —afirma Johnny.

—Detestas los donuts de azúcar.

—Claro —tercia Mirren—. Pero no compramos esos, compramos las trenzas glaseadas.

—Y donuts de crema —dice Gat.

—Y de mermelada —añade Johnny.

Pero sé que en Downyflake solo hacen donuts de azúcar. No hacen trenzas glaseadas. Ni donuts de crema. Ni de mermelada.

¿Por qué mienten?

52

Ceno con mi madre y los pequeños en Nueva Clairmont, pero esa noche vuelvo a sufrir migraña. Es peor que la vez anterior. Me echo a oscuras en mi cuarto. Las aves carroñeras picotean la materia que supura de mi cráneo aplastado.

Abro los ojos y Gat está junto a mí. Lo veo a través de una neblina. El brillo de la luz se filtra por las cortinas, así que debe de ser de día.

Gat nunca viene a Windemere. Pero aquí está. Mirando el papel cuadriculado de la pared. Las notas adhesivas. Los nuevos recuerdos y la información que he añadido desde que vine aquí, notas sobre los perros de la abuela que murieron, el abuelo y el ganso de marfil, Gat regalándome el libro de Moriarty, las tías peleándose por la casa de Boston.

—No leas mis papeles —gimo—. No lo hagas.

Él retrocede.

—Están a la vista. Lo siento.

Me pongo de lado para apoyar la mejilla contra la almohada caliente.

—No sabía que estabas recopilando historias.

Gat se sienta en la cama. Alarga el brazo y me toma la mano.

—Estoy intentando recordar qué ocurrió, ya que nadie quiere hablar de ello —digo—. Incluido tú.

—Yo quiero hablar de ello.

—¿Ah, sí?

Tiene la mirada clavada en el suelo.

—Tuve una novia, hace dos veranos.

—Ya lo sé. Siempre lo supe.

—Pero yo no te lo conté.

—No, no me lo contaste.

—Me enamoré profundamente de ti, Cady. No hubo forma de evitarlo. Sé que debería habértelo contado todo y que tendría que haber roto con Raquel de inmediato. Lo que pasa es que... ella estaba allí, en casa, y a ti no te veo en todo el año, y aquí el teléfono no me funcionaba, y ella no dejaba de enviarme paquetes. Y cartas. Fue así todo el verano.

Lo miro.

—Fui un cobarde —dice Gat.

—Sí.

—Fue cruel. Para ti y también para ella.

Recuerdo los celos y me arde la cara.

—Lo siento, Cady —continúa diciendo Gat—. Es lo que debería haberte dicho nada más llegar el primer día. Me equivoqué y lo lamento.

Hago un gesto de asentimiento con la cabeza. Me hace bien oírle decir eso. Ojalá no estuviera tan colocada.

—La mitad del tiempo me odio por todas las cosas que he hecho —continúa Gat—. Pero lo que más me confunde es la contradicción: cuando no me odio a mí mismo, me siento moralmente superior y como una víctima. Como si el mundo fuera muy injusto.

—¿Por qué te odias?

Y, antes de que me dé cuenta, Gat está tumbado en la cama a mi lado. Sus dedos fríos envuelven los míos, calientes, y su cara queda cerca de la mía. Me besa.

—Porque quiero cosas que no puedo tener —susurra.

Pero a mí me tiene. ¿No sabe que ya me tiene?

¿O es que Gat está hablando de otra cosa, de algo que no puede tener?
¿Algo material, algún sueño?

Estoy sudorosa, me duele la cabeza y no puedo pensar con claridad.

—Mirren dice que esto acabará mal y que debería olvidarme de ti —le digo.

Él me besa otra vez.

—Alguien me hizo algo demasiado horrible para recordarlo —susurro.

—Te quiero —dice él.

Nos abrazamos y nos besamos largo rato.

El dolor de cabeza se calma, un poco. Pero no del todo.

Abro los ojos y el reloj señala la medianoche.

Gat se ha ido.

Descorro las cortinas y miro por la ventana, levanto el bastidor para que entre un poco de aire.

La tía Carrie está paseándose en camisón otra vez. Pasa junto a Windemere rascándose los brazos, demasiado flacos, a la luz de la luna. Esta vez ni siquiera lleva puestas las botas de borreguito.

Desde Red Gate me llega la voz de Will, que se ha despertado de una pesadilla y grita.

—¡Mami! ¡Mami, ven!

Pero Carrie no lo oye o no quiere ir. Cambia de dirección y se aleja por el sendero que lleva a Nueva Clairmont.

53

Regalo: un contenedor de plástico con piezas de Lego.

Ya he regalado todos mis libros. Di unos cuantos a los pequeños, otro a Gat y fui con la tía Bess a donar el resto a una tienda benéfica de Martha's Vineyard.

Esta mañana revuelvo entre las cosas del desván. Hay un contenedor con piezas de Lego, de modo que se las llevo a Johnny. Lo encuentro solo en el salón de Cuddledown lanzando trocitos de plastilina contra la pared y observando los colores que manchan la pintura blanca.

Ve las piezas de Lego y niega con la cabeza.

—Para tu atún —le explico—. Supongo que ahora tendrás suficientes.

—No voy a construirlo —dice.

—¿Por qué no?

—Demasiado trabajo —responde—. Dáselas a Will.

—¿No tienes aquí los Legos de Will?

—Los devolví. El peque se moría por tenerlos —dice Johnny—. Se alegrará de tener más.

A la hora de comer se los llevo a Will. Hay personitas de Lego y un montón de piezas para construir coches.

Se pone ridículamente contento. Taft y él se pasan todo el almuerzo construyendo coches. Ni siquiera comen.

54

Aquella misma tarde, los Mentirosos sacan los kayaks.

—¿Qué hacéis? —pregunto.

—Vamos a rodear el cabo hasta un lugar que conocemos... —contesta Johnny—. Ya lo hemos hecho en otras ocasiones.

—Cady no debería venir —dice Mirren.

—¿Por qué no? —pregunta Johnny.

—¡Por su cabeza! —grita Mirren—. ¿Y si vuelve a hacerse daño en la cabeza y luego tiene migrañas aún peores? ¡Madre mía! ¿Es que no tienes cerebro, Johnny?

—¡¿Por qué gritas?! —vocifera Johnny—. No seas tan mandona.

¿Por qué no quieren que vaya?

—Puedes venir, Cadence —me dice Gat—. No pasa nada si viene.

Yo no quiero pegarme a ellos si no me quieren, pero Gat da unas palmaditas en el asiento que tiene delante en el kayak y subo.

La verdad es que no quiero separarme de ellos.

Nunca.

Remamos y dirigimos los kayaks de dos plazas en torno a la bahía, por debajo de Windemere, hasta una ensenada. La casa de mi madre está situada en un saliente. Por debajo de ella hay un macizo de rocas escarpadas que dan la sensación de casi formar una gruta. Sacamos los kayaks del agua y trepamos a un lugar seco y fresco.

Mirren se ha mareado pese a que solo hemos estado unos minutos en el kayak. Últimamente se encuentra mal tan a menudo que ya no nos sorprende. Se echa en el suelo y se tapa la cara con los brazos. Deduzco que los chicos van a sacar la merienda, porque llevan una bolsa de lona, pero en lugar de

eso, Gat y Johnny empiezan a trepar por las rocas. Me doy cuenta de que ya lo han hecho otras veces. Van descalzos y trepan hasta un punto elevado, a más de siete metros del agua, y se detienen en una cornisa que se asoma al mar.

Los observo hasta que se sitúan bien.

—¿Qué estáis haciendo?

—¡Estamos siendo muy muy hombres! —responde Johnny a gritos.

Su voz hace eco.

Gat se ríe.

—No, en serio —digo.

—Puede que creas que somos chicos de ciudad, pero lo cierto es que estamos llenos de masculinidad y testosterona.

—No es verdad.

—Ya lo creo que sí.

—¡Oh, por favor! Voy a subir con vosotros.

—¡No, no subas! —exclama Mirren.

—Johnny me ha provocado —respondo—. Ahora tengo que subir.

Empiezo a trepar en la misma dirección que han tomado los chicos. Las rocas están frías bajo mis manos, más resbaladizas de lo que me esperaba.

—No subas —repite Mirren—. Por eso no quería que vinieras.

—¿Y a qué has venido tú? —pregunto—. ¿Vas a subir ahí arriba?

—La última vez salté —admite Mirren—. Con una vez fue suficiente.

—¿Van a saltar?

Ni siquiera parece posible.

—Para, Cady. Es peligroso —dice Gat.

Y antes de que pueda seguir trepando, Johnny se tapa la nariz y salta. Cae en picado desde gran altura con los pies por delante.

Yo grito.

Golpea el agua con fuerza y aquí el mar está lleno de rocas. No hay forma de saber si hay mucha o poca profundidad. Podría matarse haciendo esto, en serio. Podría... pero aparece de repente en la superficie sacudiéndose el agua del corto cabello rubio y dando gritos de alegría.

—¡Estás loco! —lo regaño.

Entonces salta Gat. Mientras que Johnny ha dado patadas y gritos cuando

caía, Gat guarda silencio, con las piernas juntas. Penetra en el agua gélida sin apenas salpicar. Emerge contento, sube otra vez a las rocas y se escurre el agua de la camiseta.

—Son unos idiotas —dice Mirren.

Levanto la vista hacia las rocas desde las que han saltado. Parece imposible que alguien pueda sobrevivir.

Y, de repente, quiero hacerlo. Empiezo a trepar de nuevo.

—No, Cady —dice Gat—. No lo hagas, por favor.

—Vosotros acabáis de hacerlo —replico—. Y has dicho que no pasaba nada si venía.

Mirren se incorpora, con el rostro pálido.

—Quiero irme a casa ahora mismo —dice con tono de urgencia—. No me encuentro bien.

—¡Por favor, Cady, no lo hagas, está lleno de rocas! —grita Johnny—. No deberíamos haberte traído.

—No soy una inválida —protesto—. Sé nadar.

—No es eso, es que... no es una buena idea.

—¿Por qué es una buena idea para vosotros y no para mí? —pregunto con brusquedad.

Casi he llegado arriba. Empiezan a formármese ampollas en las yemas de los dedos de agarrarme a la roca. La adrenalina corre disparada por mis venas.

—Solo estábamos haciendo el idiota —dice Gat.

—Presumiendo —añade Johnny.

—Baja, por favor. —Ahora Mirren está llorando.

No bajo. Estoy sentada, con las rodillas contra el pecho, en la cornisa desde la que han saltado los chicos. Miro el mar, que se agita por debajo de mí. Unas sombras oscuras acechan bajo la superficie del agua, pero también veo un espacio abierto. Si apunto bien, caeré en la zona profunda.

—¡Haz siempre lo que temas hacer! —grito.

—Ese es un lema de lo más estúpido —comenta Mirren—. Ya te lo dije.

Demostraré que soy fuerte cuando creen que estoy enferma.

Demostraré que soy valiente cuando creen que soy débil.

El viento sopla con fuerza en esta roca alta. Mirren solloza. Gat y Johnny

me gritan.

Cierro los ojos y salto.

La impresión del agua es eléctrica. Emocionante. Me rasguño la pierna con una roca, la pierna izquierda. Me sumerjo, hasta el fondo rocoso, muy rocoso, y veo la base de la isla Beechwood y tengo los brazos y las piernas entumecidos, pero los dedos fríos. Las hilachas de algas quedan atrás mientras me hundo.

Y vuelvo a estar arriba, y respiro.

Estoy bien,

no me pasa nada en la cabeza,

no es necesario que nadie lllore o se preocupe por mí.

Estoy bien,

estoy viva.

Nado hasta la orilla.

A veces me pregunto si la realidad se divide. En *Una vida mágica*, el libro que le di a Gat, hay universos paralelos en los que a las mismas personas les han sucedido cosas diferentes. Han tomado una decisión alternativa o un accidente ha tenido un resultado distinto. Todos tienen duplicados de sí mismos en esos otros mundos. Distintos yoos con vidas diferentes y con distinta suerte.

Variaciones.

Me pregunto, por ejemplo, si existe una variación de hoy donde muero al saltar de ese acantilado. Celebran un funeral en el que mis cenizas se esparcen en la playa pequeña. Un millón de peonías en flor rodean mi cuerpo ahogado mientras la gente llora de pena y mortificación. Soy un cadáver hermoso.

Me pregunto si existe otra variación en la que Johnny se hace daño, se aplasta las piernas y la espalda contra las rocas. Tiene los nervios seccionados, no podemos llamar a emergencias y tenemos que volver remando en el kayak. Para cuando llega el helicóptero que lo traslada al hospital, está claro que ya no volverá a caminar nunca.

U otra variación en la que no voy en el kayak con los Mentirosos. Dejo

que me aparten. Siguen yendo a los sitios sin mí y contándome pequeñas mentiras. Nos distanciamos, poco a poco, y al final nuestro idilio veraniego se estropea para siempre.

Me parece más que probable que existan esas variaciones.

55

Esa misma noche, me despierto con frío. Me he destapado y la ventana está abierta. Me incorporo demasiado deprisa y me da vueltas la cabeza.

Un recuerdo.

La tía Carrie llorando. Doblada sobre sí misma, con mocos que le corren por la cara y que ni siquiera se molesta en limpiarse. Está hecha un ovillo, temblando, puede que vomite. Fuera está oscuro y lleva puesta una blusa blanca de algodón con una chaqueta de deporte encima... la de cuadros azules de Johnny.

¿Por qué lleva la chaqueta de Johnny?

¿Por qué está tan triste?

Me levanto y me pongo una sudadera y unos zapatos. Busco una linterna y me dirijo a Cuddledown. El salón está vacío e iluminado por la luz de la luna. Hay botellas esparcidas por la encimera de la cocina. Alguien se ha dejado fuera una manzana troceada y está oxidándose. Me llega el olor.

No me había dado cuenta de que Mirren estaba aquí. No la había visto. Está arropada con una manta de ganchillo, recostada en el sofá.

—Estás levantada —susurra.

—He venido a buscarte.

—¿Y eso?

—He recordado una cosa. La tía Carrie estaba llorando. Llevaba puesta la chaqueta de Johnny. ¿Recuerdas a la tía Carrie llorando?

—A veces.

—Pero ¿durante el verano número quince, cuando llevaba el pelo corto?

—No —responde Mirren.

—¿Cómo es que no estás durmiendo? —le pregunto.

Mirren niega con la cabeza.

—No lo sé.

Me siento.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Necesito que me cuentes qué ocurrió antes del accidente. Y después. Siempre dices que no fue nada importante, pero algo debió de pasarme aparte de golpearme la cabeza durante un baño nocturno.

—Ajá.

—¿Sabes qué fue?

—Penny dijo que los médicos no querían que tocáramos el tema. Lo recordarás a tu ritmo y nadie debe forzarte.

—Pero estoy preguntándotelo, Mirren. Necesito saberlo.

Mi prima baja la cabeza y la apoya en las rodillas. Está pensando.

—¿Tú qué crees que pasó? —dice al fin.

—Pues... supongo que fui víctima de algo. —Me resulta difícil pronunciar esas palabras—. Supongo que me violaron, me atacaron o alguna burrada parecida. Ese es el tipo de cosas que provocan amnesia en la gente, ¿no?

Mirren se frota los labios.

—No sé qué decirte —responde.

—Cuéntame qué ocurrió —le pido.

—Fue una mierda de verano.

—¿Y eso por qué?

—Es todo lo que puedo decir, Cady querida.

—¿Por qué no sales nunca de Cuddledown? —le pregunto de repente—. Casi nunca sales salvo para ir a la playa pequeña.

—Hoy he salido con el kayak —dice.

—Pero te has puesto mala. ¿Tienes miedo? —pregunto—. ¿Tienes miedo de salir? ¿Agorafobia?

—No me encuentro bien, Cady —contesta Mirren a la defensiva—. Siempre tengo frío, no puedo dejar de temblar. Tengo la garganta irritada. Si te encontraras así, tú tampoco saldrías.

Yo me encuentro mucho peor continuamente, pero por una vez no

menciono mis migrañas.

—Pues deberíamos decírselo a Bess. Llévate al médico.

Mirren niega con la cabeza.

—No es más que un resfriado que no me quito de encima. Estoy comportándome como una niña pequeña. ¿Quieres traerme un *ginger-ale*?

No puedo seguir discutiendo. Le llevo un *ginger-ale* y encendemos el televisor.

56

Por la mañana hay un columpio de neumático en el árbol del jardín de Windemere. Igual que el que colgaba del viejo arce delante de Clairmont.

Es perfecto.

Es igual que aquel en el que la abuela me hacía girar.

Y papá.

El abuelo.

Mamá.

Es igual que aquel en el que Gat y yo nos besamos por la noche.

Ahora me acuerdo de que en el verano número quince, Johnny, Mirren, Gat y yo nos apretujamos en aquel columpio de Clairmont. Éramos demasiado grandes para caber todos. Nos dimos codazos y cambiamos de posición. Nos quejamos y nos reímos como tontos. Nos acusamos unos a otros de tener el culo gordo. Nos acusamos unos a otros de oler mal y volvimos a cambiar de posición.

Al final nos acomodamos. Pero entonces no podíamos dar vueltas. Estábamos tan atascados en el columpio que no había forma de moverse. Chillamos y chillamos pidiendo que alguien nos empujara. Las gemelas pasaron por allí y no quisieron ayudarnos. Finalmente, Taft y Will salieron de Clairmont e hicieron lo que les pedimos. Refunfuñando, nos empujaron trazando un amplio círculo. Pesábamos tanto que, en cuanto nos soltaron, empezamos a girar cada vez más rápido, mareados y a punto de vomitar de tanto reírnos.

Nosotros cuatro, los Mentirosos. Ahora lo recuerdo.

El columpio nuevo parece resistente. Los nudos están muy bien hechos.

Dentro del neumático hay un sobre.

Es la letra de Gat: «PARA CADY».

Abro el sobre.

Salen más de una docena de rosas japonesas secas.

Érase una vez un rey que tenía tres hermosas hijas. Les daba todo lo que se les antojaba y, cuando se hicieron mayores, sus bodas se celebraron con grandes festividades. Cuando la hija menor dio a luz a una niña, el rey y la reina se mostraron encantados. Poco después, la hija mediana también dio a luz a una niña y las celebraciones se repitieron.

Por último, la hija mayor dio a luz a dos niños gemelos, pero, desafortunadamente, no todo fue como se esperaba. Uno de los gemelos era humano, un bebé sano; el otro no era más que un ratoncito.

No hubo ninguna celebración. No se hizo ningún anuncio.

La vergüenza consumía a la hermana mayor. Uno de sus hijos no era más que un animal. Nunca brillaría, dichoso y bronceado, como se esperaba de los miembros de la familia real.

Los niños crecieron, y el ratoncito también. Era listo y siempre llevaba los bigotes limpios. Era más inteligente y curioso que su hermano y sus primas.

Aun así, repugnaba al rey y repugnaba a la reina. En cuanto pudo, su madre preparó al ratoncito, le dio una pequeña mochila en la que había metido un arándano y unos cuantos frutos secos y lo mandó a ver mundo.

El ratoncito emprendió la marcha, pues ya había visto lo suficiente de la vida cortesana para saber que si se quedaba en casa siempre sería un sucio secreto, un motivo de humillación para su madre y para todo el que supiera de su existencia.

Ni siquiera se volvió para mirar el castillo que había sido su hogar.

Allí nunca tendría un nombre.

Ahora era libre para avanzar y forjarse un nombre en el ancho... ancho

mundo.

*Y tal vez,
solo tal vez,
algún día regresara,
y quemase aquel puto palacio hasta los cimientos.*

CUARTA PARTE

MIRA, UN INCENDIO

58

Mira.

Un incendio.

En el extremo sur de la isla Beechwood. Allí donde el arce se alza sobre la amplia extensión de césped.

La casa está ardiendo. Las llamas se elevan por los aires e iluminan el cielo.

Aquí no hay nadie que pueda ayudar.

A lo lejos veo a los bomberos de Martha's Vineyard que cruzan la bahía en una lancha con luces.

Más lejos aún, el barco de bomberos de Woods Hole traquetea hacia el incendio que hemos provocado.

Gat, Johnny, Mirren y yo.

Hemos provocado este incendio y Clairmont está quemándose.

Se quema el palacio, el palacio del rey que tenía tres hermosas hijas.

Lo hemos provocado nosotros.

Yo, Johnny, Gat y Mirren.

Ahora lo recuerdo,

como una ráfaga que me golpea con tanta fuerza que me caigo,
y me sumerjo,

hasta el fondo rocoso, muy rocoso, y

veo la base de la isla Beechwood y

tengo los brazos y las piernas entumecidos, pero los dedos fríos. Las hilachas de algas quedan atrás mientras me hundo.

Y vuelvo a estar arriba, y respiro.

Y Clairmont está ardiendo.

Estoy en mi cama de Windemere, bajo las primeras luces del alba.

Es el primer día de mi última semana en la isla. Me acerco a la ventana tambaleándome, envuelta en la manta.

Allí está Nueva Clairmont, con su dura modernidad y su jardín japonés.

Ahora la veo como lo que es. Es una casa construida sobre cenizas. Las cenizas de la vida que el abuelo compartió con la abuela, las cenizas del arco del que colgaba el columpio de neumático, las cenizas de la vieja casa victoriana con el porche y la hamaca. La nueva casa se levanta sobre la tumba de todos los trofeos y símbolos de la familia: las viñetas del *New Yorker*, los ejemplares de taxidermia, los cojines bordados, los retratos familiares.

Lo quemamos todo.

Una noche, cuando el abuelo y los demás habían salido con las lanchas por la bahía,

cuando los empleados habían terminado su jornada
y los Mentirosos estábamos solos en la isla,
los cuatro hicimos lo que temíamos hacer.

No quemamos una casa, sino un símbolo.

Quemamos un símbolo hasta los cimientos.

59

La puerta de Cuddledown está cerrada con llave. La aporreo hasta que Johnny aparece vestido con la misma ropa que llevaba anoche.

—Estoy haciendo té pretencioso —dice.

—¿Has dormido vestido?

—Sí.

—Provocamos un incendio —le digo, aún desde la entrada.

No me mentirán más. No irán a sitios sin mí, no tomarán decisiones sin mí.

Ahora entiendo nuestra historia. Somos delincuentes. Una banda de cuatro.

Johnny me mira a los ojos durante un buen rato, pero no dice ni una palabra. Al final da media vuelta y se dirige a la cocina. Lo sigo. Mi primo vierte agua caliente del hervidor en unas tazas de té.

—¿Qué más recuerdas? —me pregunta.

Vacilo.

Veo el fuego. El humo. Lo enorme que parecía Clairmont mientras ardía.

Sé, con certeza irrevocable, que nosotros la incendiamos.

Veo la mano de Mirren, con su esmalte de uñas dorado y desconchado, sosteniendo un bidón de gasolina para las lanchas.

Los pies de Johnny bajando a todo correr la escalera de Clairmont para dirigirse al cobertizo de las lanchas.

El abuelo aferrado a un árbol, con el rostro iluminado por el resplandor de una fogata.

No. Rectifico.

El resplandor de su casa, que arde hasta los cimientos.

Son recuerdos que siempre he tenido, pero que ahora ya sé dónde encajar.
—No todo —le respondo—. Solo sé que provocamos el incendio. Veo las llamas.

Johnny se tumba en el suelo de la cocina y estira los brazos por encima de la cabeza.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

—Estoy la hostia de cansado, si quieres que te diga la verdad. —Johnny se vuelve boca abajo y presiona la nariz contra la baldosa—. Dijeron que no volverían a hablarse —masculla contra el suelo—. Dijeron que se había terminado, que iban a cortar la relación.

—¿Quiénes?

—Las tías.

Me tiendo en el suelo a su lado para poder oír lo que dice.

—Las tías se emborrachaban, noche tras noche. —Johnny habla entre dientes, como si le costara pronunciar las palabras sin ahogarse—. Y cada vez estaban más enfadadas. Se gritaban entre ellas. Andaban tambaleándose por el césped. El abuelo no hacía más que provocarlas. Las veíamos pelearse por las cosas de la abuela y por las obras de arte que había colgadas en Clairmont, pero sobre todo por el dinero y las propiedades. El abuelo estaba ebrio de su propio poder y mi madre quería que yo hiciera algo para conseguir el dinero. Porque yo era el nieto mayor. Me presionó y me presionó... No sé. Quería que fuese el joven e inteligente heredero. Que hablara mal de ti, que eras la mayor. Que fuera la culta esperanza blanca del futuro de la democracia, o alguna tontería por el estilo. Ella había perdido el favor del abuelo y quería que yo lo consiguiera para no perder su herencia.

Mientras habla, los recuerdos destellan en mi cabeza a toda velocidad, y son tan vivos e intensos que duelen. Me encojo y me tapo los ojos con las manos.

—¿Recuerdas algo más sobre el incendio? —me pregunta con dulzura—. ¿Te viene algo a la memoria?

Cierro los ojos un momento e intento recordar.

—No, sobre eso no. Pero me acuerdo de otras cosas.

Johnny alarga el brazo y me toma de la mano.

60

La primavera anterior al verano número quince, mi madre me obligó a escribir al abuelo. Nada descarado. «Hoy pensaba en ti y en tu pérdida. Espero que estés bien».

Le envié tarjetas, cartulinas de color crema, con «CADENCE SINCLAIR EASTMAN» impreso en la parte superior. «Querido abuelo, acabo de recorrer cinco kilómetros en bicicleta en una marcha para la investigación del cáncer. La semana que viene empiezo en el equipo de tenis. En el club de lectura estamos leyendo *Retorno a Brideshead*. Te quiero».

—Tú simplemente recuérdale que te preocupas por él —decía mamá—. Y que eres una buena persona. Que eres equilibrada y un orgullo para la familia.

Yo protestaba. Escribir aquellas cartas me parecía de hipócrita. Por supuesto que me preocupaba por él. Quería al abuelo y pensaba en él. Pero no quería escribir aquellos recordatorios de mi excelencia cada dos semanas.

—Ahora mismo está muy impresionable —decía mi madre—. Está sufriendo. Pensando en el futuro. Tú eres la mayor de sus nietos.

—Johnny es solo tres semanas menor que yo.

—A eso voy. Johnny es un chico y solo tres semanas menor. Así que escribe la carta.

Hice lo que me pedía.

El verano número quince en la isla Beechwood, las tías ocuparon el lugar de la abuela; hacían pasteles hundidos y estaban encima del abuelo como si no hubiera vivido solo en Boston desde la muerte de Tipper en octubre. Pero estaban peleonas. Ya no tenían a la abuela, que era el pegamento que las mantenía unidas, y se peleaban por sus recuerdos, por sus joyas, por la ropa

de su armario, incluso por sus zapatos. Aquellos asuntos no se habían resuelto en octubre, ya que entonces los sentimientos de todo el mundo eran demasiado frágiles. Se había dejado todo para el verano. Cuando llegamos a la isla Beechwood a finales de junio, Bess ya había hecho el inventario de las posesiones de la abuela en Boston y empezaba entonces con las de Clairmont. Las tías tenían copias en sus tabletas y las abrían regularmente.

—Siempre me encantó ese árbol de jade de adorno.

—Me sorprende que lo recuerdes. Nunca ayudabas a decorar.

—¿Y quién crees que quitaba el árbol? Envolvía los adornos en papel de seda todos los años.

—Eres una mártir.

—Aquí están los pendientes de perlas que mamá me prometió.

—¿Las perlas negras? Dijo que podía quedármelas yo.

A medida que iban pasando los días del verano, las tías empezaron a desdibujarse y a confundirse unas con otras. Discusión tras discusión, las viejas heridas reaparecían y se entretejían con las nuevas.

Variaciones.

—Dile al abuelo lo mucho que te gustan los manteles bordados —me dijo mamá.

—No me gustan.

—A ti no te diré que no. —Estábamos las dos solas en la cocina de Windemere. Ella estaba borracha—. Tú me quieres, ¿verdad, Cadence? Ahora eres lo único que tengo. Tú no eres como papá.

—Pero es que no me interesan los manteles.

—Pues miente. Los de la casa de Boston, dile. Los de color crema con el bordado.

Lo más fácil era decirle que lo haría.

Y después, le dije que lo había hecho.

Pero Bess había pedido a Mirren que hiciera lo mismo,

y ninguna de las dos

suplicó al abuelo

que le regalara los putos manteles.

61

Gat y yo fuimos a nadar por la noche. Nos tendimos en el camino de tablas y contemplamos las estrellas. Nos besamos en el desván.

Nos enamoramos.

Me regaló un libro. «Con todo, todo».

No hablamos de Raquel. Yo no me atreví a preguntar. Él no me lo contó.

El cumpleaños de las gemelas es el catorce de julio y siempre celebramos una gran comida. Los doce estábamos sentados a la mesa larga del jardín de Clairmont. Langostas y patatas con caviar. Pequeños cuencos con mantequilla derretida. Hortalizas enanas y albahaca. Dos tartas, una de vainilla y una de chocolate, esperaban en la encimera de la cocina.

Los pequeños estaban armando escándalo con sus langostas, se pinchaban unos a otros con las pinzas y sorbían ruidosamente la carne de las patas. Johnny contaba historias. Mirren y yo nos reíamos. Nos sorprendimos cuando el abuelo se acercó y se embutió entre Gat y yo.

—Quiero pedir os consejo sobre una cosa —dijo—. El consejo de los jóvenes.

—Somos unos jóvenes geniales y con mucho mundo —repuso Johnny—, de modo que has acertado al venir a este extremo de la mesa.

—¿Sabéis? —continuó el abuelo—. A pesar de mi aspecto, estoy haciéndome viejo.

—Sí, sí —afirmé.

—Thatcher y yo estamos poniendo mis asuntos en orden. Estoy considerando dejar una buena parte de mis propiedades a mi *alma mater*.

—¿A Harvard? ¿Para qué, papá? —preguntó mi madre, que se había acercado y se había quedado de pie detrás de Mirren.

El abuelo sonrió.

—Probablemente para fundar un centro estudiantil. Le pondrían mi nombre, en la entrada. —Le dio un leve codazo a Gat—. ¿Cómo deberían llamarlo, eh, jovencito? ¿Tú qué crees?

—¿Residencia Harris Sinclair? —aventuró Gat.

—¡Bah! —El abuelo negó con la cabeza—. Podemos hacerlo mejor. ¿Johnny?

—Centro de Socialización Sinclair —dijo Johnny, y se llenó la boca de calabacín.

—Y aperitivos —intervino Mirren—. Centro de Socialización y Aperitivos Sinclair.

El abuelo dio un manotazo en la mesa.

—Suena bien. No es educativo, pero a todo el mundo le gusta. Estoy convencido. Mañana llamaré a Thatcher. El edificio favorito de todos los estudiantes llevará mi nombre.

—Tendrás que morirte antes de que lo construyan —dije.

—Cierto. Pero ¿no estarás orgullosa de ver mi nombre ahí arriba cuando seas alumna de Harvard?

—No te morirás antes de que vayamos a la universidad —asegura Mirren—. No lo permitiremos.

—Bueno, si insistes...

El abuelo pinchó un pedacito de cola de langosta del plato de Mirren y se lo comió.

Mirren, Johnny y yo caímos fácilmente, sentíamos el poder que nos confería al imaginarnos en Harvard, la importancia que nos daba al pedirnos nuestra opinión y reírse de nuestras bromas. Así era como el abuelo nos había tratado siempre.

—No tiene ninguna gracia, papá —lo regañó mi madre—. No mezcles a los niños en esto.

—No somos niños —le dije—. Entendemos la conversación.

—No, no es verdad —replicó ella—, o no le seguiríais la corriente de esta manera.

Un escalofrío recorrió la mesa. Hasta los pequeños se callaron.

Carrie vivía con Ed. Los dos compraban obras de arte que tal vez fueran

valiosas más adelante, o tal vez no. Johnny y Will iban a una escuela privada. Carrie había montado una *boutique* de joyería con su fondo fiduciario, y la dirigió durante unos años hasta que quebró. Ed ganaba dinero y la mantenía, pero Carrie no contaba con ingresos propios. Y no estaban casados. Él era dueño del apartamento en el que vivían y ella no.

Bess estaba criando a cuatro hijos sola. Tenía algún dinero de su fondo fiduciario, igual que mamá y Carrie, pero cuando se divorció, Brody se quedó con la casa. Ella no había trabajado desde que se casó, y anteriormente solo había sido ayudante de oficina en una revista. Bess vivía del fondo fiduciario y se le estaba terminando.

Y mi madre. El negocio de cría de perros no era muy rentable, y mi padre quería que vendiéramos la casa de Burlington para poder quedarse con la mitad del dinero. Yo sabía que mamá vivía de su fondo fiduciario.

Nosotras.

Las dos vivíamos de su fondo fiduciario.

No duraría eternamente.

Así pues, cuando el abuelo dijo que tal vez dejara su dinero a Harvard para que construyeran un centro estudiantil y nos pidió consejo, estaba excluyendo a la familia de sus planes económicos.

Era una amenaza.

62

Unas cuantas tardes después. La hora del cóctel en Clairmont. Empezaba a las seis o seis y media, según el momento en que la gente subiera dando un paseo por la colina hasta la gran casa. La cocinera preparaba la cena y había dispuesto *mousse* de salmón con unas galletitas harinosas. Pasé a su lado y saqué una botella de vino blanco de la nevera para las tías.

Los pequeños habían estado toda la tarde en la playa grande y Gat, Johnny y Mirren los obligaron a ducharse y a cambiarse de ropa en Red Gate, donde había una ducha al aire libre. Mi madre, Bess y Carrie estaban sentadas en torno a la mesa de centro de Clairmont.

Saqué copas de vino para las tías y entró el abuelo.

—Bueno, cuéntame, Penny —dijo mientras se servía un *bourbon* de la licorera del aparador—, ¿qué tal os va a Cady y a ti en Windemere este año, dado el cambio de circunstancias? A Bess le preocupa que te sientas sola.

—Yo no he dicho eso —terció Bess.

Carrie entornó los ojos.

—Sí lo has dicho —replicó el abuelo a Bess. Me hizo una seña para que me sentase—. Hablaste de los cinco dormitorios. De la cocina reformada y de que ahora Penny está sola y no la necesitará.

—¿Eso has dicho, Bess?

Mamá tomó aire.

Bess no contestó. Se mordió el labio y se volvió para mirar las vistas.

—No nos sentimos solas —le dijo mamá al abuelo—. Adoramos Windemere, ¿verdad, Cady?

El abuelo me miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Estás bien allí, Cadence?

Ya sabía lo que tenía que decir: «Estoy más que bien allí. Estoy de maravilla. Me encanta Windemere porque la construiste especialmente para mamá. Quiero criar allí a mis hijos y a los hijos de mis hijos. Eres fabuloso, abuelo. Eres el patriarca y te venero. Me alegro tanto de ser una Sinclair... Es la mejor familia de Estados Unidos».

No con esas palabras. Pero tenía que ayudar a mamá a conservar la casa diciéndole al abuelo que era el número uno, que era la causa de toda nuestra felicidad, y recordándole que yo era el futuro de la familia. Los Sinclair, estadounidenses de pura cepa, nos perpetuaríamos, altos y blancos, guapos y ricos, si dejaba que mi madre y yo nos quedáramos en Windemere.

Debía hacer que el abuelo tuviera la sensación de controlar las cosas cuando su mundo se tambaleaba porque la abuela había muerto. Debía suplicarle elogiándolo... sin reconocer la malicia que había detrás de su pregunta.

Mi madre y sus hermanas dependían del abuelo y de su dinero. Recibieron la mejor educación, un millar de oportunidades, un millar de contactos y, aun así, habían acabado siendo incapaces de mantenerse. Ninguna de ellas hacía nada útil en la vida. Nada necesario. Nada valiente. Seguían siendo unas niñas que intentaban congraciarse con papá. Él era quien les daba de comer, les daba el pan, y también la nata y la miel.

—Es demasiado grande para nosotras —le dije al abuelo.

Nadie habló mientras yo salía de la habitación.

63

Después de cenar, mamá y yo volvimos a Windemere en silencio. En cuanto entramos y cerramos la puerta, se volvió hacia mí.

—¿Por qué no me has apoyado con tu abuelo? ¿Quieres que perdamos esta casa?

—No la necesitamos.

—Yo elegí la pintura, las baldosas, colgué la bandera del porche.

—Tiene cinco dormitorios.

—Pensábamos que tendríamos una familia más grande. —El rostro de mi madre se tensó—. Pero las cosas no salieron así. Eso no significa que no merezca la casa.

—A Mirren y a los demás les vendría bien el espacio.

—Esta es mi casa. No puedes pretender que renuncie a ella porque Bess tiene demasiados hijos y abandonó a su marido. No puedes pensar que esté bien que me la arrebate. Este es nuestro sitio, Cadence. Tenemos que mirar por nosotras.

—¿Oyes lo que dices? —repliqué con brusquedad—. ¡Tienes un fondo fiduciario!

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Hay gente que no tiene nada. Nosotras lo tenemos todo. La única persona que utilizaba el dinero de la familia para obras de caridad era la abuela. Ahora ella ya no está y lo único que le preocupa a todo el mundo son sus perlas, sus objetos de valor y sus propiedades. Nadie intenta utilizar su dinero para hacer el bien. Nadie intenta mejorar un poco el mundo.

Mi madre se irguió.

—Te crees superior, ¿verdad? Crees que entiendes el mundo mucho

mejor que yo. He oído hablar a Gat. Te he visto devorar sus palabras como si fueran cucharadas de helado. Pero tú no has pagado facturas, no has tenido que llevar una familia, ni mantener propiedades, ni has visto mundo. No tienes ni idea de lo que estás diciendo, y aun así te permites juzgar a los demás.

—Estás destrozando esta familia porque crees que mereces la casa más bonita.

Mamá avanzó hasta el pie de la escalera.

—Vuelve a Clairmont mañana y dile al abuelo lo mucho que te gusta Windemere. Dile que quieres que tus hijos también pasen los veranos aquí. Tú díselo.

—No. Eres tú quien debe hacerle frente. Decirle que deje de manipularos a todas. Solo actúa así porque está triste por la abuela, ¿no te das cuenta? ¿No puedes ayudarlo? ¿O conseguir un trabajo para que su dinero no importe? ¿O darle la casa a Bess?

—Escúchame, jovencita. —Su tono era inflexible—. O hablas de Windemere con tu abuelo o te mando a pasar el resto del verano a Colorado con tu padre. Mañana mismo. Te lo juro, lo primero que haré mañana será llevarte al aeropuerto. Y no volverás a ver a ese novio tuyo. ¿Entendido?

Ahí me había pillado.

Sabía lo mío con Gat. Y podía quitármelo.

Me lo quitaría.

Yo estaba enamorada.

Le prometí todo lo que me pidió.

Cuando le dije al abuelo lo mucho que adoraba la casa, él sonrió y contestó que algún día tendría unos hijos hermosos. Añadió que Bess era una zorra codiciosa y que no tenía ninguna intención de darle mi casa. Pero después Mirren me contó que el abuelo se la había prometido a Bess.

—Yo cuidaré de ti —le había dicho—. Pero dame un poco de tiempo para sacar a Penny de allí.

64

Un par de noches después de mi pelea con mamá, Gat y yo fuimos a la pista de tenis al anochecer. Lanzamos pelotas a *Fatima* y a *Prince Philip* en silencio.

Al final Gat dijo:

—¿Te has fijado en que Harris nunca me llama por mi nombre?

—No.

—Me llama «jovencito». Por ejemplo: «¿Qué tal te ha ido el curso, jovencito?».

—¿Por qué?

—Es como que, si me llamara «Gat», en realidad estaría diciendo: «¿Qué tal te ha ido el curso, chico indio cuyo tío indio vive en pecado con mi blanquísima hija?». «¿Chico indio al que pillé besando a mi preciosa Cadence?».

—¿Crees que eso es lo que piensa?

—No me soporta —asegura Gat—. Bueno, no es que no me soporte. Puede que le caiga bien como persona, quizá incluso Ed le caiga bien, pero no es capaz de decir mi nombre ni mirarme a los ojos.

Era cierto. Al decirlo él, me di cuenta.

—No estoy diciendo que quiera ser un tipo al que solo le gusta la gente blanca —continuó Gat—. Sabe que se supone que no debe ser esa clase de persona. Es demócrata. Votó a Obama, pero eso no significa que se sienta cómodo teniendo a gente de color en su hermosa familia. —Gat negó con la cabeza—. Es hipócrita con nosotros. No le gusta la idea de que Carrie esté con nosotros. A Ed no lo llama por su nombre. Lo llama «señor». Y aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para dejarme claro que soy

un intruso. —Acarició las suaves orejas perrunas de *Fatima*—. Ya lo viste en el desván. Quiere que me aleje de ti.

Yo no lo había visto de aquella manera. Me había parecido que el abuelo se había sentido incómodo al interrumpirnos.

Pero entonces, de repente, entendí lo que había ocurrido.

«Ten cuidado, jovencito —había dicho el abuelo—. La cabeza. Podrías hacerte daño».

Había sido otra amenaza.

—¿Sabías que en otoño mi tío le pidió matrimonio a Carrie? —me preguntó Gat.

Negué con la cabeza.

—Llevan juntos casi nueve años. Él hace de padre para Johnny y Will. Se puso de rodillas y le pidió matrimonio, Cady. Nos hizo estar presentes a los tres, y a mi madre. Había decorado el apartamento con velas y rosas. Nos vestimos todos de blanco y compramos un gran banquete en ese sitio italiano que a Carrie le encanta. Puso a Mozart en el equipo de música.

»Johnny y yo estábamos en plan: “Pero, Ed, ¿a qué viene tanto alboroto? Vive contigo, tío”. Pero él estaba nervioso. Había comprado un anillo de diamantes. En fin, ella llegó a casa y nosotros cuatro los dejamos a solas y nos escondimos en el cuarto de Will. Esperábamos para salir en tropel y felicitarlos... pero Carrie dijo que no.

—Creía que no le veían sentido a lo de casarse.

—Ed sí le ve sentido, pero Carrie no quiere arriesgar su estúpida herencia —replicó Gat.

—¿Ni siquiera se lo preguntó al abuelo?

—Ese es el tema —respondió Gat—. Todo el mundo se lo pregunta todo a Harris continuamente. ¿Por qué una mujer adulta debería preguntarle a su padre si aprueba su boda?

—El abuelo no se lo impediría.

—No —coincidió Gat—. Pero al principio, cuando Carrie se fue a vivir con Ed, Harris dejó claro que todo el dinero que le tocaba a ella desaparecería si se casaba con él.

»La cuestión es que a Harris no le gusta el color de Ed. Es un cabrón racista, y Tipper también lo era. Sí, ambos me caen muy bien por muchas

razones y han sido más que generosos al dejarme venir año tras año. Quiero pensar que Harris ni siquiera es consciente de por qué no le gusta mi tío, pero le desagrada lo suficiente para desheredar a su hija mayor.

Gat suspiró. Me encantaban la curva de su mandíbula, el agujero de su camiseta, las notas que me escribía, su forma de pensar, el modo en que movía las manos al hablar. Entonces imaginé que lo conocía completamente.

Me acerqué a él y lo besé. Seguía siendo tan mágico que pudiera hacerlo y que él me devolviera el beso... Era tan mágico que nos reveláramos nuestras debilidades, nuestros miedos y nuestra fragilidad...

—¿Por qué nunca habíamos hablado de esto? —susurré.

Gat me besó otra vez.

—Me encanta estar aquí —dijo—. La isla. Johnny y Mirren. Las casas y el sonido del océano. Tú.

—Tú a mí también.

—Una parte de mí no quiere estropearlo. No quiere siquiera imaginar que no es perfecto.

Yo comprendía cómo se sentía.

O pensaba que lo comprendía.

Gat y yo bajamos hasta el perímetro y fuimos paseando hasta una roca ancha y plana desde la que se veía el puerto. El agua rompía contra el pie de la isla. Nos abrazamos, nos quedamos medio desnudos y olvidamos, tanto tiempo como nos fue posible, todos los detalles horribles de la hermosa familia Sinclair.

65

Érase una vez un rico comerciante que tenía tres hermosas hijas. Tanto las mimaba que las dos más jóvenes se pasaban el día sin hacer prácticamente nada más que sentarse frente al espejo para contemplar su belleza y pellizcarse las mejillas para ponérselas coloradas.

Un día el comerciante tuvo que salir de viaje.

—¿Qué queréis que os traiga cuando vuelva? —preguntó.

La hija menor pidió vestidos de seda y encaje.

La hija mediana pidió rubíes y esmeraldas.

La hija mayor solo pidió una rosa.

El comerciante se ausentó varios meses. Para su hija pequeña llenó un baúl con vestidos de muchos colores. Para su hija mediana recorrió los mercados en busca de piedras preciosas. Pero hasta que estuvo cerca de casa no se acordó de que le había prometido una rosa a su hija mayor.

Se encontró con una gran verja de hierro que se extendía al borde del camino. A lo lejos había una oscura mansión y se alegró al ver un rosal repleto de flores rojas cerca de la verja. Había varias flores que quedaban perfectamente a su alcance.

No tardó nada en cortar una de ellas. El comerciante estaba guardándola en las alforjas cuando un gruñido enfadado lo detuvo.

Una silueta embozada en una capa apareció allí donde un momento antes no había nadie. Era enorme y habló con voz grave y retumbante:

—¿Me la quitas sin siquiera pensar en pagarme?

—¿Quién eres? —preguntó el comerciante temblando.

—Basta con decir que soy uno a quien robas.

El comerciante le explicó que había prometido a su hija llevarle una rosa

después de aquel largo viaje.

—Puedes quedarte con tu rosa robada —dijo la figura—, pero a cambio me darás la primera de tus posesiones que veas a tu regreso.

Y entonces se quitó la capucha y dejó al descubierto el rostro de una bestia horrible, todo dientes y hocico. Una mezcla de jabalí y chacal.

—Me has contrariado —dijo la bestia—. Si vuelves a hacerlo, morirás.

El comerciante se dirigió a su casa a galope tendido. Se encontraba a un par de kilómetros de distancia cuando vio a su hija mayor esperándolo en el camino.

—¡Nos enteramos de que llegarías esta tarde! —exclamó, y corrió a sus brazos.

Fue ella la primera de sus posesiones que vio al regresar. En aquel momento, el hombre supo cuál era el precio que le había exigido la bestia.

Y entonces, ¿qué?

Todos sabemos que Bella acaba amando a la bestia. Llega a quererla pese a lo que pueda pensar su familia, por su encanto y su cultura, sus conocimientos de arte y su corazón sensible.

De hecho, él es humano y siempre lo fue. Nunca fue un jabalí/chacal. Aquello era solo una horrible ilusión.

El problema es que le resulta terriblemente difícil convencer a su padre de ello.

Siempre que Bella va a casa del comerciante con su esposo, el padre ve las fauces y el hocico, oye el gruñido espantoso. No importa que el esposo sea educado y erudito. No importa lo bueno que sea.

El padre ve a un animal salvaje y la repugnancia que siente no lo abandonará nunca.

66

Una noche del verano número quince, Gat lanzó unos guijarros contra la ventana de mi dormitorio. Me asomé y lo vi entre los árboles, con la luz de la luna destellando en su piel y los ojos brillantes.

Me esperaba al pie de los escalones del porche.

—Tengo unas ganas terribles de comer chocolate —susurró—, de modo que voy a asaltar la despensa de Clairmont. ¿Vienes?

Asentí con la cabeza y subimos juntos por el camino estrecho, con los dedos entrelazados. Dimos la vuelta hasta la entrada lateral de Clairmont, la que da al zaguán que está lleno de raquetas de tenis y toallas de playa. Con una mano apoyada en la puerta mosquitera, Gat se dio la vuelta y me atrajo hacia sí.

Sus labios cálidos estaban sobre los míos,
nuestras manos aún juntas,
allí, en la puerta de la casa.

Por un momento, los dos estuvimos solos en el planeta,
con toda la inmensidad del cielo, del futuro y del pasado extendiéndose
en torno a nosotros.

Cruzamos el zaguán de puntillas y entramos en la despensa que daba a la cocina. Era una habitación pasada de moda, de cuando se construyó la casa, con unos pesados cajones de madera y estantes para guardar mermeladas y encurtidos. Ahora almacenaba galletas, cajas de vino, bolsas de patatas fritas, tubérculos, agua mineral. Dejamos la luz apagada por si acaso alguien entraba en la cocina, pero estábamos seguros de que el abuelo era el único que dormía en Clairmont. Él nunca oía nada de noche. De día llevaba audífono.

Estábamos allí rebuscando cuando oímos voces. Eran las tías, que venían hablando en tono histérico y arrastrando las palabras.

—Por eso se mata la gente —dijo Bess con amargura—. Debería salir de esta habitación antes de hacer algo que lamente.

—No lo dices en serio —replicó Carrie.

—¡Tú qué sabes cómo digo las cosas! —gritó Bess—. Tú tienes a Ed... Con lo que no necesitas el dinero tanto como yo.

—Ya le has clavado las zarpas a la casa de Boston —terció mamá—. Deja la isla tranquila.

—¿Quién organizó el funeral de mamá? —soltó Bess—. ¿Quién estuvo al lado de papá durante semanas, quién se encargó del papeleo, habló con los asistentes y escribió las notas de agradecimiento?

—Tú vives cerca de él —dijo mamá—. Estabas allí mismo.

—Llevaba una casa con cuatro niños y tenía un empleo —contestó Bess—. Tú no hacías ninguna de esas dos cosas.

—Trabajaba a tiempo parcial —la corrigió mi madre—. Y si vuelvo a oírte decir «cuatro niños», gritaré.

—Yo también llevaba una casa —dijo Carrie.

—Cualquiera de las dos podría haber venido una o dos semanas. Me lo dejasteis todo a mí —insistió Bess—. Soy yo quien tiene que ocuparse de papá durante todo el año. Soy yo quien acude corriendo cuando papá necesita ayuda. Soy yo quien tiene que lidiar con su demencia y su dolor.

—No digas eso —dijo Carrie—. No sabes la de veces que me llama. No sabes cuánto tengo que tragar para que me considere una buena hija.

—De modo que quiero esa casa, así de claro —continuó diciendo Bess como si no la hubiera oído—. Me la he ganado. ¿Quién llevaba a mamá al médico? ¿Quién estuvo sentada a su cabecera?

—Eso no es justo —protestó mi madre—. Sabes que fui a veros. Y Carrie también.

—De visita —masculló Bess.

—No tenías que hacer todo eso —prosiguió mamá—. Nadie te pidió que lo hicieras.

—No había nadie más para hacerlo. Dejasteis que yo me encargara y nunca me lo agradecisteis. Me falta espacio en Cuddledown y tengo la peor

cocina. Vosotras ni siquiera entráis allí, os sorprenderíais de lo deteriorada que está. Casi no vale nada. Mamá arregló la cocina de Windemere antes de morir, y los baños de Red Gate, pero Cuddledown está igual que siempre... y aquí os tengo a las dos, envidiándome la compensación por todo lo que he hecho y continúo haciendo.

—Tú estuviste de acuerdo con los planos de Cuddledown —le espetó Carrie—. Querías las vistas. Tienes la única casa a pie de playa, Bess, y cuentas con la aprobación y el cariño de papá. Yo creía que te bastaba con eso. Dios sabe que nosotras nunca lo tendremos.

—Lo quisiste así —dijo Bess—. Elegiste a Ed; elegiste vivir con él. Elegiste traer aquí a Gat todos los veranos cuando sabes que no es de los nuestros. Sabes cómo piensa papá y tú no solamente sigues paseándote por ahí con Ed, sino que traes aquí a su sobrino y lo exhibes como si fueras una niña desafiante con un juguete prohibido. Has tenido los ojos bien abiertos desde el principio.

—¡No menciones a Ed! —exclamó Carrie—. Cállate, cállate ya.

Se oyó un bofetón... Carrie golpeó a Bess en la boca.

Bess se marchó. Dando portazos.

Mamá también se fue.

Gat y yo nos quedamos sentados en el suelo de la despensa, cogidos de la mano. Intentando no respirar, intentando no movernos mientras Carrie metía las copas en el lavavajillas.

67

Un par de días después, el abuelo llamó a Johnny a su estudio de Clairmont y le pidió que le hiciera un favor.

Johnny dijo que no.

El abuelo le dijo a mi primo que le vaciaría los fondos para la universidad si no lo hacía.

Johnny dijo que no iba a meterse en la vida amorosa de su madre y que, en tal caso, era perfectamente capaz de trabajar para pagarse los estudios en un centro de estudios superiores.

El abuelo llamó a Thatcher.

Johnny se lo contó a Carrie.

Carrie le pidió a Gat que dejara de venir a cenar a Clairmont.

—Está exasperando a Harris —le explicó—. Sería mejor para todos si te hicieras unos macarrones en Red Gate, o puedo decirle a Johnny que te traiga un plato. Lo entiendes, ¿verdad? Solo hasta que se solucione todo.

Gat no lo entendió.

Y Johnny tampoco.

Todos los Mentirosos dejamos de ir a las comidas.

Poco después, Bess le dijo a Mirren que presionara más al abuelo sobre lo de Windemere. Tenía que llevarse a Bonnie, a Liberty y a Taft para hablar con él en su estudio. Debía decirle que ellos eran el futuro de la familia. Que Johnny y Cady no sacaban las notas en matemáticas que se requieren para entrar en Harvard, al contrario que ella. Mirren era quien tenía cabeza para los negocios, la heredera de todo lo que representaba el abuelo. Johnny y Cady eran demasiado frívolos. Y fíjate en estos hermosos pequeños: las gemelas guapas y rubias, el pecoso Taft. Ellos eran Sinclair de pies a cabeza.

Bess le pidió que dijera todo eso. Pero Mirren se negó.

Bess le quitó el teléfono, el portátil y la paga.

Mirren se negó.

Una noche, mi madre me preguntó sobre lo mío con Gat.

—El abuelo sabe que hay algo entre vosotros. No está contento.

Le dije que estaba enamorada.

Ella me dijo que no fuera tonta.

—Estás arriesgando el futuro —dijo—. Nuestra casa. Tu educación. ¿Y para qué?

—Por amor.

—Una aventura de verano. Olvídate de ese chico.

—No.

—El amor no dura, Cady. Ya lo sabes.

—No lo sé.

—Bueno, pues créeme, no dura.

—Nosotros no somos papá y tú —dijo—. No lo somos.

Mamá se cruzó de brazos.

—Madura, Cadence. Ve el mundo tal como es, no como desearías que fuera.

Yo la miré. Mi alta y encantadora madre, con su bonita cabellera y su boca dura y resentida. A ella no se le abrían las venas. No se le salía el corazón del pecho y se le caía en el césped sin poder evitarlo. Nunca se derretía hasta convertirse en charcos. Ella era normal. Siempre. A toda costa.

—Por el bienestar de nuestra familia —dijo al fin—, tienes que terminar con eso.

—No lo haré.

—Tienes que hacerlo. Y cuando lo termines, asegúrate de que el abuelo se entera. Dile que no hay nada y que nunca hubo nada. Dile que no debería volver a preocuparse por ese chico y luego háblale de Harvard, del equipo de tenis y del futuro que te espera. ¿Me has entendido?

No lo entendí y no quise entenderlo.

Salí corriendo de la casa y fui a arrojarme a los brazos de Gat.

Sangré sobre él y no le importó.

Aquella misma noche, ya tarde, Mirren, Gat, Johnny y yo bajamos a la caseta de las herramientas que hay detrás de Clairmont. Encontramos martillos. Solo había dos, de modo que Gat se llevó una llave inglesa y yo unas pesadas tijeras de podar.

Cogimos el ganso de marfil de Clairmont, los elefantes de Windemere, los monos de Red Gate y el sapo de Cuddledown. Los llevamos hasta el muelle en la oscuridad y los destrozamos con los martillos, la llave inglesa y las tijeras de podar hasta que del marfil no quedó más que polvo.

Gat hundió un cubo en el mar frío y echó el agua en el muelle para limpiarlo.

Pensamos.

Hablamos.

¿Y si...?, dijimos,

¿y si

en otro universo,

en una realidad desdoblada,

Dios extendiera el dedo y

un rayo cayera en Clairmont?

¿Y si

Dios la hiciera estallar en llamas?

Así castigaría a los codiciosos, los mezquinos, los prejuiciados, los normales, los crueles.

Se arrepentirían de sus actos.

Y después, aprenderían a amarse unos a otros de nuevo.

A abrir sus almas. Abrir sus venas. Borrar sus sonrisas.

A ser una familia. A seguir siendo una familia.

Tal como lo pensamos, no era nada religioso.

Y sin embargo, lo era.

Un castigo.

Una purificación por las llamas.

O ambas cosas.

69

Al día siguiente, a finales de julio del verano número quince, hubo una comida en Clairmont. Otra comida igual que todas las demás, dispuesta en la gran mesa. Más lágrimas.

Levantaban tanto la voz que los Mentirosos nos acercamos por el camino de tablas desde Red Gate y nos quedamos al pie del jardín, escuchando.

—Cada día tengo que ganarme tu cariño, papá —dijo mamá arrastrando las palabras—. Y casi nunca lo consigo. No es justo, joder. Carrie se queda con las perlas, Bess con la casa de Boston, Bess se queda con Windemere. Carrie tiene a Johnny y vas a darle Clairmont, sé que lo harás. Yo me quedaré sin nada, nada, aunque tenía que ser para Cady. Para la primera, dijiste siempre.

El abuelo se levantó de su silla a la cabecera de la mesa.

—Penelope.

—Me la llevaré, ¿me oyes? Me llevaré a Cady y no volverás a verla.

La voz del abuelo resonó por el jardín.

—Estamos en Estados Unidos de América —dijo—. Parece que no lo entiendes, Penny, de manera que déjame que te lo explique. En Norteamérica funcionamos así: trabajamos por lo que queremos y salimos adelante. No aceptamos un no por respuesta y merecemos las recompensas a nuestra perseverancia. Will, Taft, ¿me oís?

Los pequeños asintieron con la cabeza, con las barbillas temblorosas. El abuelo continuó:

—Los Sinclair somos una familia importante y antigua. Es algo de lo que estar orgulloso. Nuestras tradiciones y valores son los cimientos en los que se asientan las futuras generaciones. Esta isla es nuestro hogar, como fue el de

mi padre y el de mi abuelo. Y sin embargo, vosotras tres, con vuestros divorcios y hogares rotos, con vuestra falta de respeto por la tradición, vuestra carencia de una ética del trabajo, no habéis hecho más que decepcionar a un anciano que creía haberos educado bien.

—Papá, por favor —dijo Bess.

—¡Cállate! —bramó el abuelo—. No podéis esperar que acepte vuestra indiferencia por los valores de esta familia y que os recompense, a vosotras y a vuestros hijos, con seguridad económica. Ninguna de vosotras puede esperarlo. Y sin embargo, día tras día, veo que lo hacéis. No voy a tolerarlo más.

Bess se deshizo en lágrimas.

Carrie agarró a Will por el codo y se fue andando en dirección al muelle.

Mi madre lanzó su copa de vino contra la pared de Clairmont.

70

—Y entonces, ¿qué pasó? —le pregunto a Johnny.

Aún estamos tendidos en el suelo de Cuddledown, por la mañana. Es el verano número diecisiete.

—¿No te acuerdas? —pregunta él.

—No.

—La gente empezó a marcharse de la isla. Carrie se llevó a Will a un hotel de Edgartown y nos pidió a Gat y a mí que fuésemos con ella en cuanto hubiéramos hecho el equipaje. Los empleados se marcharon a las ocho. Tu madre fue a ver a esa amiga suya de Martha's Vineyard...

—¿Alice?

—Sí, Alice vino a buscarla, pero tú no quisiste marcharte y al final tuvo que irse sin ti. El abuelo se largó al continente. Y entonces decidimos lo del fuego.

—Lo planeamos todo —digo.

—Así es. Convencimos a Bess para que se llevara la lancha grande y a todos los pequeños a ver una película a Martha's Vineyard.

Mientras Johnny habla, van formándose los recuerdos. Añado detalles que no ha pronunciado en voz alta.

—Cuando se marcharon, nos bebimos el vino que habían dejado tapado con el corcho en la nevera —continúa Johnny—. Cuatro botellas abiertas. Y Gat estaba tan enfadado...

—Tenía razón —digo.

Johnny vuelve la cara y habla contra el suelo otra vez.

—Porque no iba a regresar. Si mamá se casaba con Ed, el abuelo la desheredaría. Y si lo abandonaba, Gat ya no tendría nada que ver con nuestra

familia.

—Clairmont era una especie de símbolo de todo lo que estaba mal.

Es la voz de Mirren. Ha entrado tan silenciosamente que no la he oído. Ahora está tendida en el suelo al lado de Johnny, cogida de su otra mano.

—El templo del patriarcado —interviene Gat.

Tampoco lo he oído entrar. Se echa en el suelo a mi lado.

—Eres un imbécil, Gat —dice Johnny con cariño—. Siempre dices «patriarcado».

—Es lo que quiero decir.

—Lo cueles siempre que puedes. «Patriarcado sobre tostada». «Patriarcado en mis pantalones». «Patriarcado con un chorrito de limón».

—La casa Clairmont parecía el templo del patriarcado —repite Gat—. Y sí, pillamos una cogorza de miedo, y sí, creímos que destrozarían la familia y que yo no volvería. Nos figuramos que si la casa desaparecía, junto con los papeles y datos que contenía y todos los objetos por los que se peleaban, el poder se desvanecería.

—Podríamos ser una familia —dice Mirren.

—Fue como una purificación —tercia Gat.

—¡Ella recuerda que provocamos un incendio, nada más! —señala Johnny, que de pronto levanta la voz.

—Y algunas otras cosas —añado al tiempo que me incorporo y miro a los Mentirosos bajo la luz de la mañana—. Recupero la memoria a medida que vais contándome cosas.

—¡Estamos contándote todo lo que pasó antes de que provocáramos el incendio! —dice Johnny aún vociferando.

—Sí —asiente Mirren.

—Provocamos un incendio —repito maravillada—. No lloramos y sangramos; en lugar de eso hicimos algo. Cambiamos las cosas.

—Algo así —coincide Mirren.

—¿Estás de broma? Quemamos ese puto palacio hasta los cimientos.

71

Cuando acabó la discusión entre las tías y el abuelo, yo estaba llorando.

Gat también lloraba.

Iba a abandonar la isla y nunca más volvería a verlo. Nunca más volvería a verme.

Gat, mi Gat.

Hasta entonces nunca había llorado con nadie. Nunca al mismo tiempo.

Gat lloraba como un hombre, no como un niño. No como si estuviese frustrado o no se hubiera salido con la suya, sino como si la vida fuese amarga. Como si sus heridas no pudieran curarse.

Yo quería curárselas.

Bajamos corriendo a la playa pequeña los dos solos. Me aferré a él y nos sentamos juntos en la arena, y por una vez, Gat no tenía nada que decir. Ningún análisis, ninguna pregunta.

Al final, dije algo así como

¿y si

¿y si

tomábamos nosotros las riendas?

Y Gat dijo

¿Cómo?

Y yo dije algo así como

¿y si

¿y si

pudieran dejar de pelearse?

Tenemos algo que salvar.

Y Gat dijo

Sí. Tú y yo y Mirren y Johnny, sí, es verdad.
Pero siempre podremos vernos, por supuesto, nosotros cuatro.
El año que viene podremos conducir.
Siempre nos quedará el teléfono.
Pero me refiero a esto, dije. A aquí.
Sí, a esto, dijo. A aquí.
Tú y yo.
Y yo dije algo así como
¿Y si
¿y si
de algún modo pudiéramos dejar de ser
la Hermosa Familia Sinclair y ser solo una familia?
¿Y si pudiéramos dejar de ser
de colores distintos, de orígenes distintos, y simplemente estar
enamorados?
¿Y si pudiéramos obligarlos a todos a cambiar?
Obligarlos.
Quieres hacer de Dios, dijo Gat.
Quiero tomar medidas, dije. Siempre nos quedará el teléfono, dijo él.
Pero ¿y esto qué?, dije. Aquí.
Sí, esto, dijo. Aquí.
Gat era mi amor, mi primer y único amor. ¿Cómo podía dejarlo marchar?
Era una persona que no sabía fingir una sonrisa, pero que sonreía a menudo. Me vendaba las muñecas con gasa blanca y creía que las heridas necesitaban atención. Se escribía en las manos y me preguntaba qué pensaba. Tenía una mente inquieta, implacable. Ya no creía en Dios, y aun así deseaba que Dios lo ayudara.
Y ahora era mío, y dije que no debíamos permitir que nuestro amor se viera amenazado.
No debíamos permitir que la familia se rompiera.
No debíamos aceptar un mal que pudiéramos cambiar.
Deberíamos hacerle frente, ¿no?
Sí, deberíamos.
Seríamos héroes, incluso.

Gat y yo hablamos con Mirren y Johnny.
Los convencimos para tomar medidas.
Nos dijimos unos a otros
una y otra vez: «Haz lo que temas hacer».
Nos lo dijimos unos a otros.
Lo dijimos una y otra vez.
Nos dijimos unos a otros
que hacíamos bien.

El plan era sencillo. Buscaríamos los bidones de gasolina de repuesto, los que se guardaban en el cobertizo de las lanchas. En el zaguán había periódicos y cartón: haríamos montones con el material de reciclaje y los empaparíamos de gasolina. Empaparíamos también los suelos de madera. Apartarse. Prender un rollo de papel de cocina y arrojarlo. Fácil.

Incendiaríamos todos los pisos, todas las habitaciones si era posible, para asegurarnos de que Clairmont se quemaba por completo. Gat en el sótano, yo en la planta baja, Johnny en el primer piso y Mirren en el de más arriba.

—Los bomberos tardaron mucho en llegar —dice Mirren.

—Dos brigadas contra incendios —añade Johnny—, la de Woods Hole y la de Martha's Vineyard.

—Ya contábamos con eso —digo recordando.

—Teníamos pensado pedir ayuda —continúa Johnny—. Estaba claro que alguien tenía que llamar o parecería un incendio provocado. Diríamos que estábamos en Cuddledown viendo una película, y ya sabes lo rodeada de árboles que está. No se ven las otras casas a menos que subas al tejado. De modo que tenía sentido que nadie hubiera llamado antes.

—Los miembros de esas brigadas contra incendios son casi todos voluntarios —señala Gat—. Nadie tendría ni idea. Una vieja casa de madera. Un polvorín.

—Aunque las tías y el abuelo sospecharan de nosotros, no nos denunciarían —añade Johnny—. Era fácil contar con eso.

Pues claro que no nos denunciarían.

Aquí no tenemos delincuentes.

No tenemos adictos.

No tenemos fracasados.

Me estremecí por lo que habíamos hecho.

Mi nombre completo es Cadence Sinclair Eastman y, en contra de las expectativas de la hermosa familia en la que me crie, soy una pirómana.

Una visionaria, una heroína, una rebelde.

Una de esas personas que cambian la historia.

Una delincuente.

Pero, si soy una delincuente, ¿soy, además, adicta? ¿Soy, además, una fracasada?

Mi mente se entretiene con juegos de palabras, como siempre.

—Hicimos que pasara —digo.

—Depende de lo que creas que pasó —contesta Mirren.

—Salvamos la familia. Volvieron a empezar.

—La tía Carrie vaga de noche por la isla —dice Mirren—. Mi madre restriega los fregaderos limpios hasta que se le quedan las manos en carne viva. Penny te observa mientras duermes y anota lo que comes. Beben como cosacas. Se emborrachan hasta que se les caen las lágrimas.

—¿Y cuándo estás tú en Nueva Clairmont para verlo? —le pregunto.

—Subo de vez en cuando —responde Mirren—. Tú piensas que lo resolvimos todo, Cady, pero creo que fue...

—Estamos aquí —insisto—. Sin ese incendio no estaríamos aquí. A eso me refiero.

—De acuerdo.

—El abuelo tenía mucho poder —digo—. Y ahora no lo tiene. Cambiamos un mal que vimos en el mundo.

Entiendo muchas cosas que antes no estaban claras. Mi té está caliente, los Mentirosos son guapos, Cuddledown es hermosa. No importa que haya manchas en la pared. No importa que yo sufra migrañas ni que Mirren esté enferma. No importa que Will tenga pesadillas y que Gat se odie a sí mismo. Hemos cometido el delito perfecto.

—El abuelo no tiene poder porque está demente —dice Mirren—. Si pudiera, seguiría torturando a todo el mundo.

—No estoy de acuerdo —dice Gat—. A mí Nueva Clairmont me parece una especie de castigo.

—¿Qué? —pregunta ella.

—Un castigo autoinfligido. Se construyó una casa que no es un hogar. Es deliberadamente incómoda.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —pregunto yo.

—¿Por qué regalaste todas tus pertenencias? —me pregunta Gat.

Me mira fijamente. Todos me miran fijamente.

—Para ser caritativa —respondo—. Para hacer un poco de bien al mundo.

Hay un silencio extraño.

—Odio acumular trastos —digo.

Nadie se ríe. No sé cómo esta conversación ha llegado a centrarse en mí.

Ninguno de los Mentirosos habla durante un buen rato. Al final Johnny dice:

—No fuerces las cosas, Gat.

Y Gat dice:

—Me alegro de que te acuerdes del incendio, Cadence.

Y yo digo:

—Sí, bueno, un poco.

Y Mirren dice que no se encuentra bien y vuelve a la cama.

Los chicos y yo nos quedamos tumbados en el suelo de la cocina mirando el techo un rato más, hasta que me doy cuenta, con cierto bochorno, de que los dos se han quedado dormidos.

73

Encuentro a mi madre en el porche de Windemere con los perros. Está haciendo una bufanda de ganchillo con lana azul pálido.

—Te pasas el día en Cuddledown —se queja—. No es bueno que estés allí continuamente. Carrie fue ayer a buscar algo y dijo que la casa estaba hecha una porquería. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada. Siento lo del desorden.

—Si está muy sucia no podemos pedirle a Ginny que la limpie. Lo sabes, ¿no? No es justo para ella. Y a Bess le dará un ataque si la ve.

No quiero que nadie venga a Cuddledown. La quiero solo para nosotros.

—No te preocupes. —Me siento y doy unas palmaditas en la dulce cabeza rubia de *Bosh*—. Escucha, mamá.

—Dime.

—¿Por qué le dijiste a la familia que no me hablaran sobre el incendio?

Deja la labor y me mira durante un buen rato.

—¿Recuerdas el incendio?

—Anoche me vino de pronto. No lo recuerdo todo, pero sí que ocurrió. Me acuerdo de que todos discutisteis. Y de que todo el mundo se fue de la isla. Recuerdo que me quedé aquí con Gat, Mirren y Johnny.

—¿Recuerdas algo más?

—El aspecto que tenía el cielo. Con las llamas. El olor del humo.

Aunque mi madre me crea culpable de alguna manera, no me lo preguntará nunca, jamás. Sé que no lo hará.

No quiere saberlo.

Cambié el rumbo de su vida. Cambié el destino de la familia. Los Mentirosos y yo.

Lo que hice fue horrible. Tal vez. Pero hice algo. No me quedé de brazos cruzados quejándome. Ella nunca llegará a saber lo fuerte que soy. La he agraviado, pero también la he ayudado.

Me acaricia el pelo. Es empalagoso. Me aparto.

—¿Eso es todo? —me pregunta.

—¿Por qué nadie me cuenta nada? —repito.

—Por tu... por... —Mi madre se calla, intenta encontrar las palabras adecuadas—. Por tu dolor.

—Y porque tengo migrañas, porque no puedo recordar el accidente, ¿no soy capaz de enfrentarme a la idea de que Clairmont se quemó?

—Los médicos me dijeron que no añadiera estrés a tu vida —explica—. Dijeron que el incendio podría haber desencadenado las migrañas, ya fuera por la inhalación de humo o... por el miedo —termina diciendo sin convicción.

—No soy una niña —replico—. Podéis confiarme información básica sobre nuestra familia. He estado todo el verano esforzándome por recordar el accidente y lo que ocurrió justo antes. ¿Por qué no contármelo, mamá?

—Te lo conté. Hace dos años. Te lo conté una y otra vez, pero al día siguiente ya no te acordabas. Y cuando hablé con el médico, me dijo que no debía seguir alterándote de aquella forma, que no debía seguir forzándote.

—¡Tú vives conmigo! —grito—. ¿No confías en tu propio juicio antes que en el de un médico que apenas me conoce?

—Es un experto.

—¿Qué te hace pensar que preferiría que toda la familia al completo me ocultara secretos, incluso las gemelas, incluso Will y Taft, ¡por el amor de Dios!, antes que saber qué ocurrió? ¿Qué te hace pensar que soy tan frágil que ni siquiera puedo conocer los hechos?

—A mí me pareces muy frágil —dice mamá—. Y, para serte sincera, no estaba segura de si sabría manejar tu reacción.

—No te imaginas lo insultante que es eso.

—Te quiero —dice.

No puedo seguir mirando su cara compasiva y de justificación.

74

Al abrir la puerta de mi cuarto, me encuentro a Mirren sentada a mi mesa y con la mano en mi portátil.

—¿Podría leer los correos que me enviaste el año pasado? —pregunta—. ¿Los tienes en el ordenador?

—Sí.

—No los leí —dice—. A principios de verano hice ver que sí, pero no llegué a abrirlos.

—¿Por qué no?

—Simplemente no lo hice —responde—. Pensé que no importaba, pero ahora creo que sí. Y, ¡mira! —Pone un tono despreocupado—. ¡Hasta he salido de casa para hacerlo!

Me trago toda la furia que puedo.

—Entiendo que no me respondieras, pero ¿por qué no los leíste siquiera?

—Ya lo sé —dice Mirren—. Es horrible y soy una zorra asquerosa. Por favor, ¿me dejas leerlos ahora?

Abro el portátil. Hago una búsqueda y encuentro todos los correos que le envié.

Hay veintiocho. Leo por encima de su hombro. La mayoría son mensajes simpáticos y encantadores de una persona supuestamente sin migrañas.

¡Mirren!

Mañana me voy a Europa con mi padre adúltero, que, como ya sabes, también es sumamente aburrido. Deséame suerte y que sepas que preferiría pasar el verano contigo en la isla Beechwood. Y con Johnny. E incluso con Gat.

Lo sé, lo sé. Debería superarlo.

Lo he superado.

De verdad.

Voy a Marbella a conocer a chicos españoles atractivos, o sea que ya lo ves.

A ver si logro que papá pruebe las comidas más asquerosas de todos los países que visitemos, como penitencia por haberse fugado a Colorado.

Apuesto a que sí. Si de verdad me quiere, comerá ranas, riñones y hormigas cubiertas de chocolate.

/Cadence

Casi todos son de ese estilo. Pero hay unos cuantos correos que no son ni simpáticos ni encantadores. Son penosos y sinceros.

Mirren:

Invierno en Vermont. Oscuro, oscuro.

Mamá no deja de observarme mientras duermo.

Me duele la cabeza continuamente. No sé qué hacer para que pare. Las pastillas no me hacen efecto. Alguien me abre la parte superior de la cabeza con un hacha, un hacha mellada que no me hace un solo corte limpio en el cráneo. Quienquiera que la empuña tiene que golpearme la cabeza una y otra vez, pero no da siempre en el mismo sitio. Tengo múltiples heridas.

A veces sueño que la persona que empuña el hacha es el abuelo.

Otras veces, esa persona soy yo.

Otras veces es Gat.

Siento parecer una loca. Me tiemblan las manos mientras escribo y la pantalla brilla demasiado.

A veces me duele tanto la cabeza que quiero morirme. Siempre te escribo mis ideas más brillantes, pero nunca te cuento las oscuras, aunque no me las quito de la cabeza. De manera que te las cuento ahora. Aunque no me respondas, sabré que alguien las ha leído, y eso, al menos, ya es algo.

/Cadence

Leemos los veintiocho correos. Cuando termina, Mirren me da un beso en la mejilla.

—No sé cómo decirte cuánto lo lamento. Ni siquiera hay una palabra del Scrabble para describir lo mal que me siento.

Y luego se marcha.

75

Me llevo el portátil a la cama y creo un documento. Descuelgo las notas escritas en papel cuadriculado y las copio todas, deprisa y con un millar de faltas, junto con mis nuevos recuerdos. Lleno con suposiciones las lagunas de mi memoria.

El Centro de Socialización y Aperitivos Sinclair.

Y no volverás a ver a ese novio tuyo.

Harris quiere que me aleje de ti.

Adoramos Windemere, ¿verdad, Cady?

La tía Carrie llorando con la chaqueta de deporte de Johnny.

Gat lanzando pelotas para los perros en la pista de tenis.

Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío.

Los perros.

Los dichosos perros.

Fatima y Prince Philip.

Los perros murieron en el incendio.

Ahora lo sé, y es culpa mía. Eran unos perros muy traviosos, no como *Bosh, Grendel y Poppy*, adiestrados por mi madre. *Fatima y Prince Philip* comían estrellas de mar en la playa y luego las vomitaban en el salón. Se sacudían el agua del pelaje greñado, engullían los pícnicos de la gente y masticaban los frisbees hasta dejarlos convertidos en trozos de plástico inservibles. Les encantaban las pelotas de tenis y bajaban a la pista a llenar de babas todas las que hubieran quedado por ahí. No se sentaban cuando se lo ordenabas. Pedían comida en la mesa.

En el momento en que se inició el fuego, los perros estaban en uno de los cuartos de invitados. El abuelo los encerraba arriba cuando Clairmont se

quedaba vacía, y por la noche, para que no se comieran las botas de la gente ni aullaran a la puerta mosquitera.

El abuelo los había encerrado antes de abandonar la isla.

Y nosotros no habíamos pensado en ellos.

Yo había matado a aquellos perros. Era yo quien vivía con perros, quien sabía dónde dormían *Prince Philip* y *Fatima*. Los demás Mentirosos no pensaban en ellos... al menos no mucho. No como yo.

Los habíamos quemado vivos. ¿Cómo pude olvidarme así de ellos? ¿Cómo pude dejarme absorber de aquella manera por mi estúpido ejercicio delictivo, por la emoción del plan, por la ira que sentía contra las tías y el abuelo...?

Fatima y *Prince Philip* quemándose. Olisqueando la puerta caliente, inhalando humo, meneando la cola esperanzados, aguardando a que alguien fuera a buscarlos, ladrando.

¡Qué muerte tan horrible para aquellos pobres, queridos y traviosos perros!

76

Salgo corriendo de Windemere. Ya ha oscurecido, es casi la hora de la cena. Los sentimientos se me escapan por los ojos, me descomponen el rostro, me sacuden el cuerpo cuando imagino a los perros esperando que los rescataran, mirando la puerta mientras las volutas de humo se cuelan por ella.

¿Adónde voy? No puedo enfrentarme a los Mentirosos en Cuddledown. En Red Gate podrían estar Will o la tía Carrie. Joder, Beechwood es tan pequeña que en realidad no hay adónde ir. Estoy atrapada en esta isla, donde maté a aquellos pobres perros.

Todas mis bravuconadas de esta mañana,
el poder,
el delito perfecto,
acabar con el patriarcado,
la idea de que los Mentirosos salvamos el idilio veraniego y lo mejoramos,

la idea de que mantuvimos unida a la familia destruyendo una parte de ella...

todo es ilusorio.
Los perros están muertos,
los estúpidos y encantadores perros,
los perros que podría haber salvado,
unos perros inocentes cuyos rostros se iluminaban cuando les dabas un trocito de hamburguesa a escondidas
o incluso cuando decías sus nombres;
unos perros a los que les gustaba ir en lancha,
que se pasaban el día corriendo a su antojo con las patas llenas de barro.

¿Qué clase de persona toma medidas sin pensar en quién podría estar encerrado en una habitación del piso de arriba, con su confianza depositada en la gente que siempre los ha querido y los ha mantenido a salvo?

Lloro con unos extraños sollozos callados en el camino de tablas que une Windemere y Red Gate. Tengo la cara empapada y el pecho se me contrae. Vuelvo a casa tambaleándome.

Gat está en los escalones.

Al verme, se levanta de un salto y me abraza. Lloro en su hombro, meto los brazos por debajo de su chaqueta y le rodeo la cintura.

No me pregunta qué pasa hasta que se lo explico.

—Los perros —digo al fin—. Nosotros matamos a los perros.

Él se queda callado un momento y luego responde:

—Sí.

No vuelvo a hablar hasta que dejo de temblar.

—Sentémonos —propone Gat.

Nos acomodamos en los escalones del porche. Gat apoya la cabeza contra la mía.

—Quería a esos perros —digo.

—Todos los queríamos.

—Yo... —Me atraganto con las palabras—. Será mejor que no siga hablando de ello o empezaré a llorar otra vez.

—De acuerdo.

Nos quedamos sentados otro rato.

—¿Eso es todo? —pregunta Gat.

—¿Qué?

—¿No llorabas por nada más?

—No me digas que aún hay más...

Él guarda silencio.

Sigue en silencio.

—Mierda, hay más —digo, y me noto el pecho vacío y helado.

—Sí —confirma Gat.

—Más cosas que la gente no me cuenta. Más cosas que mi madre

preferiría que no recordara.

Él se toma un momento para pensar.

—Creo que estamos contándotelo, pero no lo oyes. Has estado enferma, Cadence.

—No estáis contándomelo directamente —digo.

—No.

—¿Y por qué narices no lo hacéis?

—Penny dijo que era lo mejor. Y... bueno, estando todos aquí, confiaba en que te acordaras.

Retira el brazo de mi hombro y se abraza las rodillas.

Gat, mi Gat.

Él es contemplación y entusiasmo. Ambición y café cargado. Me encantan los párpados de sus ojos castaños, su piel suave y oscura, su prominente labio inferior. Su mente. Su mente.

Le doy un beso en la mejilla.

—Recuerdo más cosas que antes sobre nosotros —le digo—. Me acuerdo de los dos besándonos en la puerta del zaguán antes de que todo se estropeará. De ti y de mí en la pista de tenis hablando de que Ed le había pedido matrimonio a Carrie. En el sendero del perímetro, en la roca plana, donde nadie podía vernos. Y abajo, en la playa pequeña, hablando de provocar el incendio.

Él asiente con la cabeza.

—Pero sigo sin recordar qué salió mal —digo—. ¿Por qué no estábamos juntos cuando me hice daño? ¿Habíamos discutido? ¿Había hecho algo? ¿Habías vuelto con Raquel? —No puedo mirarlo a los ojos—. Creo que merezco una respuesta sincera, aunque lo que sea que haya ahora entre nosotros no vaya a durar.

A Gat se le descompone el rostro y se tapa la cara con las manos.

—No sé qué hacer —dice—. No sé qué debo hacer.

—Cuéntamelo —le pido.

—No puedo quedarme aquí contigo —dice—. Tengo que volver a Cuddledown.

—¿Por qué?

—Tengo que volver —repite, y se levanta y echa a andar. Luego se

detiene y se da la vuelta—. Lo estropeé todo. Lo siento mucho, Cady. Lo siento muchísimo. —Está llorando otra vez—. No debería haberte besado, ni haberte hecho un columpio de neumático y regalado rosas. No debería haberte dicho lo hermosa que eres.

—Yo quería que lo hicieras.

—Ya lo sé, pero debería haberme mantenido alejado. La cagué haciendo todo eso. Lo siento.

—Vuelve aquí —le pido.

Pero al ver que no se mueve, voy hacia él. Le rodeo el cuello con las manos y apoyo la mejilla en la suya. Lo beso con fuerza para que sepa que va en serio. Tiene la boca muy suave y es la mejor persona que conozco, la mejor persona que he conocido, con independencia de las cosas malas que hayan sucedido entre nosotros y de lo que ocurra después de esto.

—Te quiero —susurro.

Él se aparta.

—A esto me refiero. Lo siento mucho. Solo quería verte.

Da media vuelta y se pierde en la oscuridad.

78

El hospital de Martha's Vineyard. Verano número quince, después del accidente.

Estaba tendida en una cama bajo unas sábanas azules. Sería de esperar que las sábanas del hospital fueran blancas, pero aquellas eran azules. Hacía calor en la habitación. Tenía un gotero en un brazo.

Mi madre y el abuelo estaban mirándome. Él sostenía una caja de dulce de azúcar de Edgartown que había llevado de regalo.

Me conmovió que recordara que me gusta el dulce de azúcar de Edgartown.

Estaba escuchando música con los auriculares, de modo que no oía lo que decían los adultos. Mamá estaba llorando.

El abuelo abrió el dulce de azúcar, rompió un pedazo y me lo ofreció.

La canción:

*Our youth is wasted
We will not waste it
Remember my name
'Cause we made history
Na na na na, na na na*

Levanté la mano para quitarme los auriculares. La mano que vi estaba vendada.

Tenía las dos manos vendadas.

Y los pies. Notaba el esparadrapo en ellos, bajo las sábanas azules.

Tenía las manos y los pies vendados porque estaban quemados.

79

Érase una vez un rey que tenía tres hermosas hijas.

No, no, un momento.

Érase una vez tres osos que vivían en una casita en el bosque.

Érase una vez tres cabritillos que vivían cerca de un puente.

Érase una vez tres soldados que marchaban juntos por los caminos después de la guerra.

Érase una vez tres cerditos.

Érase una vez tres hermanos.

No, ya está. Esta es la variación que quiero.

Érase una vez tres hermosos chiquillos, dos niños y una niña. Con los nacimientos de cada uno de ellos, los padres se alegraron, los cielos se alegraron, incluso las hadas se alegraron. Las hadas acudieron a los bautizos y concedieron dones mágicos a los bebés.

Dinamismo, esfuerzo y sarcasmo.

Contemplación y entusiasmo. Ambición y café cargado.

Azúcar, curiosidad y lluvia.

Sin embargo, había una bruja.

Siempre hay una bruja.

Esta tenía la misma edad que los hermosos chiquillos y, a medida que todos iban creciendo, tuvo envidia de la niña, y también de los niños. Ellos habían sido bendecidos con todos aquellos dones de las hadas, unos dones que le habían negado a la bruja en su bautizo.

El niño mayor era fuerte y veloz, guapo y capaz. Aunque la verdad es que también era extraordinariamente bajo.

El otro niño era estudioso y sincero. Aunque la verdad es que también

era un intruso.

Y la niña era ingeniosa, generosa y recta. Aunque la verdad es que también se sentía impotente.

La bruja no era ninguna de esas cosas, pues sus padres habían hecho enfadar a las hadas. A ella nunca le concedieron ningún don. Estaba sola. Su único punto fuerte era su magia oscura y amenazadora.

Confundía ser espartana con ser caritativa y regalaba sus posesiones sin hacer verdaderamente el bien con ellas.

Confundía estar enferma con ser valiente y sufría dolores horribles mientras imaginaba que merecía elogios por ello.

Confundía el ingenio con la inteligencia y hacía reír a la gente en vez de iluminar sus corazones o hacerlos pensar.

Lo único que tenía era su magia, y la utilizó para destruir aquello que más admiraba. Visitó a cada uno de los jóvenes en su décimo cumpleaños, pero no les hizo daño directamente. La protección de alguna hada buena —el hada lila, quizá— se lo impidió.

Lo que hizo entonces fue echarles una maldición.

—Cuando tengáis dieciséis años —proclamó la bruja en un arrebato de celos—, cuando todos tengamos dieciséis años —les dijo a aquellos hermosos niños—, os pincharéis el dedo con un huso... no, encenderéis una cerilla... sí, encenderéis una cerilla y moriréis en su llama.

La maldición asustó a los padres de los hermosos niños, que intentaron evitarlo, como habría hecho cualquiera. Se fueron a vivir lejos con sus hijos, a un castillo en una isla azotada por el viento. Un castillo donde no había cerillas.

Seguro que allí estaban a salvo.

Seguro que allí la bruja no los encontraba jamás.

Pero los encontró. Y cuando los hermosos niños tuvieron quince años, justo antes de que cumplieran dieciséis, cuando sus ansiosos padres aún no se lo esperaban, la bruja envidiosa, bajo la forma de una doncella rubia, introdujo en sus vidas su ser tóxico y lleno de odio.

La doncella se hizo amiga de los hermosos niños. Les daba besos, los llevaba a dar vueltas en lancha, les compraba dulce de azúcar y les contaba historias.

Y entonces les dio una caja de cerillas.

Los niños se quedaron embelesados, pues con casi dieciséis años nunca habían visto el fuego.

«Vamos, encendedlas —dijo la bruja con una sonrisa—. El fuego es hermoso. No ocurrirá nada malo».

«Vamos —dijo—. Las llamas os purificarán el alma».

«Vamos —dijo—. Sois pensadores independientes».

«Vamos —dijo—. ¿Qué es esta vida que llevamos si no tomamos medidas?».

Y ellos la escucharon.

Tomaron las cerillas y las encendieron. La bruja vio arder su belleza,

su dinamismo,

su inteligencia,

su ingenio,

su sinceridad,

su encanto,

sus sueños para el futuro.

Lo vio desaparecer todo en el humo.

QUINTA PARTE

LA VERDAD

80

He aquí la verdad sobre la hermosa familia Sinclair. Al menos, la verdad tal como la conoce el abuelo. La verdad que procuró que no saliera en ningún periódico.

Una cálida noche del mes de julio, hace dos veranos,
Gatwick Matthew Patil,
Mirren Sinclair Sheffield

y

Jonathan Sinclair Dennis

fallecieron en el incendio de una casa que se cree que fue provocado por un bidón de gasolina para lanchas motoras que se volcó en el zaguán. La casa en cuestión ardió hasta los cimientos antes de que los cuerpos de bomberos cercanos llegaran.

Cadence Sinclair Eastman se hallaba presente en la isla en el momento del incendio, pero no se percató de él hasta que ya hacía rato que ardía. El fuego le impidió entrar en el edificio cuando se dio cuenta de que había personas y animales atrapados en el interior. Sufrió quemaduras en las manos y los pies tras sus intentos de rescate. Luego corrió a otra de las casas de la isla y telefoneó a los bomberos.

Cuando por fin llegó la ayuda, a la señorita Eastman la encontraron en la playa pequeña, medio sumergida en el agua y hecha un ovillo. Fue incapaz de responder a las preguntas sobre lo ocurrido y parecía haber sufrido una herida en la cabeza. Después del accidente tuvieron que mantenerla muy sedada durante varios días.

Harris Sinclair, propietario de la isla, rehusó toda investigación sobre el origen del fuego. Muchos de los árboles circundantes fueron devastados.

Se celebraron los funerales de
Gatwick Matthew Patil,
Mirren Sinclair Sheffield

y

Jonathan Sinclair Dennis

en sus ciudades natales de Cambridge y Nueva York.

Cadence Sinclair Eastman no se encontraba suficientemente bien para asistir.

El verano siguiente, la familia Sinclair regresó a la isla Beechwood. Se desmoronaron. Lloraron las muertes. Bebieron mucho.

Después construyeron una casa nueva sobre las cenizas de la vieja.

Cadence Sinclair Eastman no recordaba los acontecimientos que rodearon el incendio, ni siquiera recordaba que hubiera sucedido. Las quemaduras se le curaron enseguida, pero presentaba amnesia selectiva en relación con los sucesos del verano anterior. Seguía pensando que se había hecho daño en la cabeza mientras nadaba. Los médicos suponían que la causa de las graves migrañas eran el dolor y la culpa no reconocidos. Estaba muy medicada y sumamente frágil, tanto física como mentalmente.

Aquellos mismos médicos aconsejaron a la madre de Cadence que se abstuviera de explicarle la tragedia si la joven no podía recordarla por sí misma. Que volvieran a contarle el trauma todos los días era demasiado para ella. Mejor que lo recordara a su ritmo. No debía regresar a la isla Beechwood hasta que hubiera tenido tiempo de curarse. De hecho, debían tomarse todas las medidas posibles para mantenerla alejada de la isla durante el año inmediatamente posterior al accidente.

Cadence daba muestras de un inquietante deseo de desprenderse de todas las posesiones innecesarias, incluso de cosas con valor sentimental, casi como si pagara penitencia por delitos del pasado. Se oscureció el pelo y empezó a vestir de manera muy sencilla. Su madre consultó a profesionales sobre el comportamiento de Cadence y le dijeron que parecía una parte normal del proceso de duelo.

El segundo año después del accidente, la familia empezó a recuperarse. Cadence asistía de nuevo al instituto tras muchas y largas ausencias. Con el tiempo, la joven expresó el deseo de volver a la isla Beechwood. Los médicos

y demás miembros de la familia estuvieron de acuerdo: quizá fuera bueno para ella hacer precisamente aquello.

En la isla, tal vez, terminara de curarse.

81

«Acordaos de que no se os mojen los pies. Ni la ropa».

«Empapad los armarios de la ropa blanca, las toallas, los suelos, los libros y las camas».

«Acordaos de apartar el bidón de gasolina del material combustible para que podáis cogerlo».

«Esperad a que prenda y a que arda. Luego salid corriendo. Bajad por la escalera de la cocina y salid por la puerta del zaguán».

«Acordaos de llevaros los bidones y devolverlos al cobertizo de las lanchas».

«Nos vemos en Cuddledown. Allí meteremos la ropa en la lavadora, nos cambiaremos y luego iremos a ver el fuego antes de llamar a los bomberos».

Esas fueron las últimas palabras que les dije. Johnny y Mirren se dirigieron a los dos pisos superiores de Clairmont con bidones de gasolina y bolsas de periódicos viejos para encender el fuego.

Le di un beso a Gat antes de que bajara al sótano.

—Nos vemos en un mundo mejor —me dijo, y yo me reí.

Íbamos un poco borrachos. Habíamos estado bebiéndonos las sobras de vino de las tías desde que se habían marchado de la isla. El alcohol me hizo sentir impulsiva y poderosa hasta que estuve sola en la cocina. Entonces me sentí mareada y con náuseas.

La casa era fría. Daba la sensación de que era algo que merecía ser destruido. Estaba llena de objetos por los que las tías se peleaban. Obras de arte valiosas, porcelana, fotografías. Todas aquellas cosas avivaban la furia familiar.

Le di un puñetazo al retrato que había en la cocina de mi madre, Carrie y

Bess de niñas, sonriéndole a la cámara. El cristal se hizo añicos y yo retrocedí tambaleándome.

El vino estaba nublándome la cabeza. No estaba acostumbrada.

Con el bidón de gasolina en una mano y la bolsa de periódicos en la otra, decidí acabar con aquello lo antes posible. Primero mojé la cocina, luego la despensa. Hice lo mismo en el comedor y estaba empapando los sofás de la sala de estar cuando caí en la cuenta de que debería haber empezado por el extremo de la casa más alejado de la puerta del zaguán. Aquella era nuestra salida. Debería haber dejado la cocina para lo último, porque así habría podido salir corriendo sin mojarme los pies de gasolina.

Idiota.

La puerta principal que daba al porche delantero desde la sala de estar ya estaba empapada, pero también había una pequeña puerta trasera. Estaba junto al estudio del abuelo y daba al camino de tablas que conducía a la casa de los empleados. Iría por allí.

Mojé parte del vestíbulo y luego el cuarto de costura, donde me embargó la pena por destruir las hermosas telas estampadas de algodón y las coloridas lanas de la abuela. A ella le habría dolido mucho lo que estaba haciendo. Le encantaban sus telas, su vieja máquina de coser, sus bellísimos objetos...

Idiota otra vez. Me había mojado las alpargatas con gasolina.

De acuerdo. Mantén la calma. Me las dejaría puestas hasta que terminara y luego las arrojaría al fuego detrás de mí cuando saliera corriendo.

En el estudio del abuelo, me subí a la mesa y salpiqué las librerías hasta el techo sujetando el bidón de gasolina alejado de mi cuerpo. Aún quedaba bastante combustible y aquella era mi última habitación, de modo que empapé bien los libros.

A continuación mojé el suelo, apilé los periódicos allí y retrocedí hasta el pequeño vestíbulo que conducía a la puerta trasera. Me quité los zapatos y los arrojé al montón de revistas. Me situé en un recuadro de suelo seco y dejé el bidón. Me saqué un estuche de cerillas del bolsillo de los vaqueros y encendí mi rollo de papel de cocina.

Arrojé el rollo en llamas sobre el material combustible y miré si ardía. El fuego prendió, creció y se extendió. A través de las anchas puertas dobles del estudio, vi que una línea de fuego recorría volando el pasillo por un lado y,

por el otro, entraba en la sala de estar. El sofá se incendió.

Y entonces, delante de mí, las librerías estallaron en llamas y el papel empapado de gasolina ardió con más rapidez que todo lo demás. De pronto, el techo estaba ardiendo. No podía apartar la mirada. Las llamas eran terribles. Sobrenaturales.

Y entonces alguien gritó.

Y gritó otra vez.

El grito provenía de la habitación que tenía justo encima de mí, un dormitorio. Johnny estaba trabajando en el piso de arriba. Yo había prendido fuego al estudio, que había ardido más deprisa que cualquier otra habitación. El fuego crecía y Johnny no había salido.

Oh no, oh no, oh no. Me precipité hacia la puerta trasera, pero me la encontré firmemente cerrada. Me resbalaban las manos por la gasolina. El metal ya estaba caliente. Abrí los cerrojos —uno, dos, tres—, pero algo fue mal y la puerta se atrancó.

Otro grito.

Lo intenté de nuevo con los cerrojos. No pude. Me di por vencida.

Me tapé la boca y la nariz con las manos, crucé corriendo el estudio, que ardía, y fui por el pasillo en llamas hasta la cocina. Gracias a Dios, aquella habitación aún no estaba ardiendo. Me precipité por el suelo mojado hacia la puerta del zaguán.

Me tambaleé, resbalé y caí, así que me empapé en los charcos de gasolina.

Los dobladillos de mis vaqueros ardían desde que había cruzado el estudio. Las llamas lamieron la gasolina del suelo de la cocina y se extendieron por la ebanistería de estilo rural y los alegres trapos de cocina de la abuela. El fuego llegó hasta la salida del zaguán por delante de mí, y entonces vi que los vaqueros también me ardían de la rodilla al tobillo. Me lancé hacia la puerta del zaguán, corriendo entre las llamas.

—¡Salid! —chillé, aunque dudaba que nadie pudiera oírme—. ¡Salid ahora mismo!

Una vez fuera, me tiré en el césped. Rodé hasta que dejaron de arderme los pantalones.

Vi que los dos pisos superiores de Clairmont ya resplandecían por el

fuego y que la planta baja, la que me tocaba a mí, estaba completamente en llamas. No sabía el estado en que se encontraba el sótano.

—¿Gat? ¿Johnny? ¿Mirren? ¡¿Dónde estáis?!

No hubo respuesta.

Contuve el pánico y me dije que ya debían de haber salido.

Cálmate. Todo saldría bien. Tenía que salir bien.

—¡¿Dónde estáis?! —grité otra vez, y eché a correr.

De nuevo, no hubo respuesta.

Lo más probable era que estuvieran en el cobertizo de las lanchas dejando los bidones de gasolina. No estaba muy lejos y corrí hacia allí gritando sus nombres con todas mis fuerzas. Mis pies descalzos golpeaban el camino de tablas con un eco extraño.

La puerta estaba cerrada. La abrí de un tirón.

—¡Gat! ¿Johnny? ¿Mirren!

Allí no había nadie, pero podía ser que ya estuvieran en Cuddledown, ¿no? Estarían preguntándose por qué tardaba tanto.

Hay un camino que va desde el cobertizo hasta Cuddledown pasando junto a la pista de tenis. Eché a correr de nuevo.

La isla estaba extrañamente silenciosa en la oscuridad. Me repetía una y otra vez: «Estarán allí. Esperándome. Preocupados por mí».

Nos reiremos porque estamos todos a salvo. Meteremos mis quemaduras en agua helada y nos sentiremos de lo más afortunados.

Lo haremos.

Pero al llegar vi que la casa estaba a oscuras.

Allí no había nadie esperando.

Salí corriendo otra vez en dirección a Clairmont, y cuando apareció ante mi vista, estaba ardiendo de arriba abajo. La habitación de la torre estaba iluminada, los dormitorios estaban iluminados, las ventanas del sótano irradiaban un resplandor anaranjado. Todo ardía.

Corrí hacia la entrada del zaguán y tiré de la puerta. El humo salió a bocanadas. Me quité el jersey y los vaqueros empapados de gasolina, asfixiándome y atragantándome. Me metí dentro y descendí por la escalera de la cocina que daba al sótano.

En mitad de la escalera había un muro de fuego. Un muro.

Gat no estaba fuera. Y no iba a salir.

Di media vuelta y subí corriendo a por Johnny y Mirren, pero la madera ardía bajo mis pies.

La barandilla prendió.

La escalera que tenía delante se desplomó lanzando chispas.

Retrocedí tambaleándome.

No podía subir.

No podía salvarlos.

Ya no había ningún sitio,

ninguno,

ninguno,

ningún sitio adonde ir

salvo abajo.

82

Recuerdo todo esto como si lo estuviera viviendo, sentada en los escalones de Windemere, mirando aún el lugar en el que Gat desapareció en la noche. La comprensión de lo que he hecho me sobreviene como una niebla en el pecho, fría, oscura, que se extiende. Esbozo una mueca de dolor y me encorvo. La niebla gélida me pasa del pecho a la espalda y luego hacia el cuello. Me sube disparada por la cabeza y me baja por la espina dorsal.

Frío, frío, remordimiento.

No debería haber rociado la cocina primero. No debería haber encendido el fuego en el estudio.

Fue una estupidez mojar tanto los libros. Cualquiera podría haber previsto cómo arderían. Cualquiera.

Deberíamos haber fijado un momento para encender el material combustible.

Podría haber insistido en que permaneciéramos juntos.

No debería haber ido a comprobar el cobertizo de las lanchas.

No debería haber ido corriendo hasta Cuddledown.

Si hubiera regresado antes a Clairmont, tal vez podría haber sacado a Johnny. O haber advertido a Gat antes de que prendiera el sótano. Quizá podría haber encontrado los extintores y detenido las llamas de alguna manera.

Quizá, quizá.

Si, si.

Quería muchas cosas para nosotros: una vida libre de restricciones y prejuicios. Una vida con libertad para amar y ser amados.

Y, sin embargo, los maté.

A mis Mentirosos, mis queridos.

Los maté. A mi Mirren, mi Johnny, mi Gat.

Esa idea me baja por la columna vertebral y los hombros y me recorre hasta las yemas de los dedos. Los convierte en hielo. Se desconchan y se rompen en pedacitos, se hacen añicos en los escalones de Windemere. Unas grietas me astillan los brazos, me recorren los hombros y la parte delantera del cuello. Tengo la cara helada y fracturada en el gruñido de dolor de una bruja. Se me ha cerrado la garganta. No puedo emitir ni un sonido.

Aquí estoy, congelada, cuando merezco arder.

Debería haber mantenido la boca cerrada respecto a lo de tomar las riendas. Podría haberme quedado callada. Haber transigido. Hablar por teléfono habría estado bien. Pronto habríamos tenido el carnet de conducir. Pronto habríamos ido a la universidad y las hermosas casas Sinclair nos parecerían lejanas y carentes de importancia.

Podríamos haber sido pacientes.

Yo podría haber sido la voz de la razón.

Tal vez así, cuando nos bebimos el vino de las tías, habríamos olvidado nuestras ambiciones. La bebida nos habría adormilado. Nos habríamos quedado dormidos delante del televisor, quizá enojados e impotentes, pero sin prenderle fuego a nada.

No puedo rectificar nada de todo aquello.

Entro a rastras y subo a mi cuarto apoyándome en unas manos de hielo resquebrajado, dejando tras de mí una estela de fragmentos de mi cuerpo congelado. Los talones, las rótulas. Tiemblo de manera convulsiva bajo las mantas, se desprenden pedazos de mí que caen en la almohada. Dedos. Dientes. Mandíbula. Clavícula.

Al fin, al fin cesan los temblores. Empiezo a entrar en calor y a fundirme.

Lloro por mis tías, que perdieron a sus primogénitos.

Por Will, que perdió a su hermano.

Por Liberty, Bonnie y Taft, que perdieron a su hermana.

Por el abuelo, que no solo vio arder su palacio hasta los cimientos, sino que además vio fallecer a sus nietos.

Por los perros, los pobres perros traviesos.

Lloro por mis quejas egoístas y desconsideradas de todo el verano. Por mi

vergonzosa autocompasión. Por mis planes de futuro.

Lloro por todas mis posesiones regaladas. Echo de menos mi almohada, mis libros, mis fotografías... Me estremezco ante mis falsas ilusiones de caridad, mi vergüenza disfrazada de virtud y los castigos que he infligido a mi madre.

Lloro con horror por el hecho de que toda mi familia tiene que llevar una carga impuesta por mí, y lloro aún más por ser la causa de tanto dolor.

Al final, no salvamos el idilio. Ha desaparecido para siempre, si es que alguna vez existió. Hemos perdido la inocencia de aquellos días en los que todavía no conocíamos el alcance de la furia de las tías, de los días anteriores a la muerte de la abuela y el deterioro del abuelo.

De cuando aún no éramos delincuentes. De cuando aún no éramos fantasmas.

Las tías se abrazan unas a otras no porque se hayan liberado del peso de Clairmont y de todo lo que esta simbolizaba, sino debido a la tragedia y la empatía. No porque las liberáramos, sino porque las destrozamos, y se aferran unas a otras para enfrentarse al horror.

Johnny. Johnny quería correr un maratón. Quería correr kilómetro tras kilómetro para demostrar que no le fallarían los pulmones. Para demostrar que era el hombre que el abuelo quería que fuera, demostrar su fuerza pese a ser tan pequeño.

Los pulmones se le llenaron de humo. Ahora ya no tiene nada que demostrar. No hay nada por lo que correr.

Quería un coche y comer las tartas exquisitas que veía en los escaparates de las pastelerías. Quería reírse a carcajadas, poseer obras de arte y vestir ropa impecable. Jerséis, bufandas, prendas de lana a rayas. Quería hacer un atún de Lego y colgarlo como un ejemplar de taxidermia. Se negaba a ser serio, su falta de seriedad resultaba exasperante, pero con las cosas que le importaban se comprometía como el que más. Correr. Will y Carrie. Los Mentirosos. Johnny y su sentido de lo que era correcto. Renunció a sus fondos para la universidad sin pensárselo dos veces para defender sus principios.

Pienso en los fuertes brazos de Johnny, en la franja blanca de protector solar que se ponía en la nariz, en aquella vez que los dos tuvimos urticaria

por culpa de la hiedra venenosa y nos tumbamos el uno junto al otro en la hamaca, rascándonos. En cuando nos construyó a Mirren y a mí una casa de muñecas con cartón y piedras que había encontrado en la playa.

Jonathan Sinclair Dennis, habrías sido una luz en la oscuridad para mucha gente.

Has sido una luz. Lo has sido.

Y yo te he defraudado de la peor manera posible.

Lloro por Mirren, que quería ver el Congo. Aún no sabía cómo quería vivir ni lo que creía; estaba buscando y sabía que se sentía atraída por aquel lugar. Ahora ya nunca será una realidad para ella, nunca será nada más que fotografías, películas e historias publicadas para que la gente se entretenga.

Mirren hablaba mucho sobre las relaciones sexuales, pero nunca tuvo ninguna. Cuando éramos más pequeñas, dormíamos juntas en el porche de Windemere en sacos de dormir y nos quedábamos despiertas hasta tarde riendo y comiendo dulce de azúcar. Nos peleábamos por las Barbies, nos maquillábamos la una a la otra y soñábamos con el amor. Mirren nunca tendrá una boda con rosas amarillas ni un novio que la quiera tanto como para ponerse una ridícula faja amarilla.

Era irritable. Y mandona. Pero nunca dejaba de tomarse las cosas a broma. Era fácil hacerla enfadar y casi siempre estaba molesta con Bess y cabreada con las gemelas, pero luego la invadían los remordimientos y se lamentaba y sufría por su lengua afilada. Quería a su familia, los quería a todos, les leía libros, los ayudaba a preparar helado y les daba las conchas bonitas que encontraba.

Ya no puede seguir compensando a nadie.

No quería ser como su madre. No quería ser una princesa, no. Exploradora, mujer de negocios, buena samaritana, heladera... algo.

Algo que no será nunca, por mi culpa.

Mirren, ni siquiera puedo decir cuánto lo lamento. Ni siquiera hay una palabra del Scrabble para describir lo mal que me siento.

Y Gat, mi Gat.

Nunca iré a la universidad. Poseía una mente hambrienta que daba vueltas a las cosas continuamente, no buscando respuestas, sino comprensión. Nunca satisfará su curiosidad, nunca terminará de leer las cien mejores novelas de

todos los tiempos, nunca será el gran hombre que podría haber sido.

Quería acabar con el mal. Quería expresar su furia. Vivía a lo grande, mi valiente Gat. No se callaba cuando la gente quería que lo hiciera, se hacía escuchar... y él escuchaba a los demás. Se negaba a tomarse las cosas a la ligera, aunque siempre fue de risa fácil.

¡Cómo me hacía reír! Y me hacía pensar, aunque no me apeteciera hacerlo, aunque fuese demasiado perezosa para prestar atención.

Gat me dejaba sangrar sobre él y sangrar sobre él y sangrar sobre él. Nunca le importaba. Quería saber por qué sangraba. Se preguntaba qué podía hacer para curar la herida.

No volverá a comer chocolate.

Yo lo quería. Lo quiero. Lo mejor que supe. Pero él tenía razón. No lo conocía del todo. Nunca veré su apartamento, ni comeré los platos de su madre, ni conoceré a sus amigos del instituto. Nunca veré la colcha de su cama ni los pósteres de las paredes de su habitación. Nunca conoceré la cafetería donde se compraba sándwiches de huevo por la mañana, ni la esquina donde ataba su bicicleta con dos candados.

Ni siquiera sé si se compraba sándwiches de huevo o si colgaba pósteres. No sé si tenía una bicicleta o una colcha. Solo estoy imaginándome los aparcabicicletas de la esquina y los dos candados, porque nunca fui a su casa, nunca vi su vida, nunca conocí a la persona que era Gat cuando no estaba en la isla Beechwood.

Su habitación ya debe de estar vacía. Lleva dos años muerto.

Podríamos haber sido.

Podríamos haber sido.

Te he perdido, Gat, por lo desesperadamente que me enamoré de ti.

Pienso en mis Mentirosos quemándose, en sus últimos minutos respirando humo, con la piel ardiendo. En lo mucho que debió de doler.

El pelo de Mirren en llamas. El cuerpo de Johnny en el suelo. Las manos de Gat con las yemas de los dedos quemadas, los brazos arrugándose por el fuego.

En el dorso de las manos, palabras.

Izquierda: «GAT». Derecha: «CADENCE».

Es mi letra.

Lloro porque soy la única de nosotros que sigue viva. Porque tendré que pasar la vida sin los Mentirosos. Porque ellos tendrán que pasar por lo que sea que les espera sin mí.

Yo, Gat, Johnny y Mirren.

Mirren, Gat, Johnny y yo.

Hemos estado aquí, este verano.

Y no hemos estado aquí.

Sí y no.

Es culpa mía, culpa mía, culpa mía... y sin embargo ellos me quieren a pesar de todo. A pesar de los pobres perros, a pesar de mi estupidez y pomposidad, a pesar de nuestro delito. A pesar de mi egoísmo, a pesar de mis quejas, a pesar de mi estúpida suerte de ser la única que queda y mi incapacidad para apreciarlo, cuando ellos... ellos no tienen nada. Nada, nunca más, aparte de este último verano juntos.

Han dicho que me quieren.

Lo he notado en el beso de Gat.

En la risa de Johnny.

Mirren hasta se lo gritó al mar.

Supongo que por eso han estado aquí.

Los necesitaba.

83

Mi madre da golpes en la puerta y grita mi nombre.

Yo no contesto.

Al cabo de una hora, vuelve a dar golpes.

—Déjame entrar, ¿quieres?

—Vete.

—¿Es migraña? Dímelo y ya está.

—No es migraña. Es otra cosa.

—Te quiero, Cady.

Desde que caí enferma lo dice continuamente, pero es ahora cuando me doy cuenta de que lo que mamá quiere decir es:

«Te quiero a pesar de mi dolor. Aunque estés loca».

«Te quiero a pesar de lo que sospecho que has hecho».

—Sabes que todos te queremos, ¿verdad? —me pregunta a través de la puerta—. La tía Bess y la tía Carrie y el abuelo y todo el mundo. Bess está haciendo la tarta de arándanos que tanto te gusta. Estará lista dentro de media hora. Podrías comértela para desayunar. Se lo he preguntado.

Me levanto. Voy hasta la puerta y abro una rendija.

—Dile a Bess que se lo agradezco —digo—. Pero ahora mismo no puedo ir.

—Has estado llorando —dice mamá.

—Un poco.

—Ya veo.

—Lo siento. Sé que quieres que vaya a la casa para el desayuno.

—No es necesario que digas que lo sientes —me dice ella—. De verdad, ni siquiera tienes que decirlo, Cady.

84

Como de costumbre, no veo a nadie en Cuddledown hasta que mis pies hacen ruido en los escalones. Entonces Johnny aparece en la puerta, andando con cuidado entre los cristales rotos. Cuando me ve la cara, se detiene.

—Te has acordado —dice.

Asiento con la cabeza.

—¿Lo has recordado todo?

—No sabía si aún estaríais aquí —contesto.

Alarga el brazo para tomarme de la mano. Su tacto es cálido y sustancial, aunque está pálido, agotado, con ojeras. Y joven.

Solo tiene quince años.

—No podemos quedarnos mucho más tiempo —explica—. Cada vez resulta más difícil.

Asiento con un gesto.

—Mirren es quien peor lo lleva, pero Gat y yo también lo notamos.

—¿Adónde iréis?

—¿Cuándo nos marchemos?

—Ajá.

—Al mismo sitio que cuando no estamos aquí. Al mismo sitio en el que hemos estado. Es como... —Hace una pausa, se rasca la cabeza—. Es como un descanso. En cierto sentido, no es nada. Y, sinceramente, Cady, yo te quiero, pero estoy la hostia de cansado. Solo quiero echarme y acabar. Para mí, todo esto sucedió hace mucho tiempo.

Lo miro.

—Lo siento mucho, lo siento muchísimo, mi querido Johnny —digo, y noto que los ojos se me llenan de lágrimas.

—No es culpa tuya —responde él—. Me refiero a que todos lo hicimos, todos nos volvimos locos, tenemos que asumir la responsabilidad. No debes cargar con ese peso —me dice—. Siéntete triste, láméntalo... pero no cargues con ello.

Entramos en la casa y Mirren sale de su cuarto. Me doy cuenta de que probablemente no estuviese allí hasta poco antes de que yo cruzara la puerta. Me abraza. Su cabello rubio como la miel está apagado y las comisuras de sus labios tienen un aspecto seco y agrietado.

—Siento no haberlo hecho todo mejor, Cady —dice—. Tuve una oportunidad de estar aquí y... no sé, la prolongué, conté muchas mentiras.

—No pasa nada.

—Quiero ser una persona tolerante, pero estoy tan llena de furia... Imaginé que sería piadosa y sabia, pero en cambio he tenido celos de ti, he estado enfadada con el resto de mi familia. Lo eché todo a perder y ahora ya no hay remedio —dice, y oculta el rostro en mi hombro.

La rodeo con los brazos.

—Has sido tú misma, Mirren —le digo—. No quiero otra cosa.

—Tengo que irme ya —dice—. No puedo quedarme más tiempo. Voy a bajar al mar.

«No. Por favor».

«No te vayas. No me dejes, Mirren, Mirren».

«Te necesito».

Es lo que quiero decir, gritar. Pero no digo nada.

Y una parte de mí quiere sangrar por el suelo del salón principal o derretirse en un charco de dolor.

Pero tampoco hago eso. No me quejo ni pido compasión.

En cambio, lloro. Llora y estrecho a Mirren entre mis brazos, la beso en la mejilla cálida e intento memorizar su rostro.

Bajamos los tres juntos a la playa pequeña, cogidos de la mano.

Gat está allí, esperándonos. Su perfil se recorta contra el cielo iluminado. Lo veré así para siempre. Se vuelve y me sonrío. Corre y me coge en brazos, me hace dar vueltas como si hubiera algo que celebrar. Como si fuéramos una pareja feliz, dos enamorados en la playa.

Ya no sollozo, pero las lágrimas me salen a raudales de los ojos. Johnny

se desabotona la camisa y me la tiende.

—Límpiate los mocos —me dice con dulzura.

Mirren se despoja de su vestido playero y se queda en traje de baño.

—Me parece increíble que te hayas puesto un bikini para esto —comenta Gat, que aún me rodea con los brazos.

—Está loca de atar —añade Johnny.

—Me encanta este bikini —protesta Mirren—. Me lo compré en Edgartown el verano número quince. ¿Te acuerdas, Cady?

Y resulta que me acuerdo.

Estábamos muriéndonos de aburrimiento; los pequeños habían alquilado unas bicicletas para hacer el recorrido panorámico hasta Oak Bluffs y no teníamos ni idea de cuándo volverían. Teníamos que esperarlos y llevarlos de vuelta en la lancha. Bueno, la cuestión es que habíamos comprado dulce de azúcar, habíamos mirado las mangas de viento y al final entramos en una tienda para turistas y nos probamos los bañadores más horteras que encontramos.

—En el trasero pone: «MARTHA'S VINEYARD ES PARA LOS AMANTES» —le explico a Johnny.

Mirren se da la vuelta y, en efecto, así es.

—Por eso de morir con las botas puestas —dice ella, no sin amargura.

Se acerca, me besa en la mejilla y añade:

—Sé un poco más amable de lo necesario, Cady, y las cosas irán bien.

—¡Y nunca comas nada que sea más grande que tu culo! —chilla Johnny.

Me da un abrazo rápido y se descalza sacudiendo los pies. Los dos entran en el agua.

Me vuelvo hacia Gat.

—¿Tú también te vas?

Asiente con la cabeza.

—Lo siento mucho, Gat —digo—. Lo siento mucho, muchísimo, y nunca podré compensarte.

Él me besa, y noto que está temblando, y lo rodeo con los brazos como si pudiera evitar que desapareciese, como si pudiera prolongar este momento, pero tiene la piel fría y mojada por las lágrimas y sé que va a marcharse.

Es bueno que te quieran, aunque no dure.

Es bueno saber que érase una vez Gat y yo.

Y entonces se va, y no puedo soportar separarme de él, y pienso que esto no puede ser el final. No puede ser cierto que no vayamos a estar juntos nunca más, no cuando nuestro amor es tan real. La historia debe tener un final feliz.

Pero no.

Está dejándome.

Ya está muerto, por supuesto.

La historia terminó hace mucho tiempo.

Gat entra corriendo en el mar sin mirar atrás, se zambulle con toda la ropa puesta y se sumerge bajo las pequeñas olas.

Los Mentirosos se alejan nadando, dejan atrás el saliente de la gruta y se adentran en el mar abierto. El sol está en lo alto del cielo y el agua brilla, brilla intensamente. Y luego se sumergen...

o algo así...

o algo así...

y desaparecen.

Y yo me quedo allí, en el extremo sur de la isla Beechwood. Estoy en la playa pequeña, sola.

85

Duermo durante lo que tal vez sean días. No puedo levantarme.

Abro los ojos, fuera es de día.

Abro los ojos, es de noche.

Al fin me levanto. En el espejo del cuarto de baño, ya no tengo el pelo negro. Se ha descolorido y ahora es de un marrón óxido, con las raíces rubias. Tengo la cara llena de pecas y los labios quemados por el sol.

No estoy segura de quién es la chica del espejo.

Bosh, *Grendel* y *Poppy* me siguen al exterior de la casa, jadeando y meneando el rabo. En la cocina de Nueva Clairmont, las tías están preparando sándwiches para una comida al aire libre. Ginny está limpiando la nevera. Ed está metiendo botellas de limonada y *ginger-ale* en una nevera.

Ed.

Hola, Ed.

Me saluda con la mano. Abre una botella de *ginger-ale* y se la da a Carrie. Hurga en el congelador en busca de otra bolsa de hielo.

Bonnie está leyendo y Liberty corta tomates. En la encimera hay dos cajas de pastelería con sendas tartas, en una pone «CHOCOLATE» y en la otra «VAINILLA». Les deseo feliz cumpleaños a las gemelas.

Bonnie levanta la vista de su libro, *Apariciones colectivas*.

—¿Ya te encuentras mejor? —me pregunta.

—Sí.

—No tienes cara de estar mucho mejor.

—Cállate.

—Bonnie es una zorra y no puede hacerse nada al respecto —dice Liberty—. Pero mañana por la mañana iremos a bucear con tubo, si quieres venir.

—De acuerdo —contesto.

—No puedes conducir. Conduciremos nosotras.

—Vale.

Mi madre me da un abrazo, uno de sus abrazos largos y preocupados, pero no le cuento nada.

Todavía no. Quizá dentro de un tiempo.

De todos modos, ella sabe que me acuerdo.

Lo supo cuando llamó a mi puerta, lo noté.

Dejo que me dé un bollo que me ha guardado del desayuno y voy a la nevera a por un poco de zumo de naranja.

Encuentro un rotulador y me escribo en las manos.

Izquierda: «SÉ UN POCO». Derecha: «MÁS AMABLE».

Fuera, Taft y Will están haciendo el tonto en el jardín japonés. Buscan piedras raras. Me pongo a buscar con ellos. Me dicen que busque las relucientes y también las que pudieran ser puntas de flecha.

Cuando Taft me da una piedra púrpura que ha encontrado, porque se acuerda de que me gustan las piedras púrpura, me la meto en el bolsillo.

86

Esa misma tarde, el abuelo y yo nos vamos a Edgartown. Bess insiste en llevarnos, pero ella se va por su cuenta mientras nosotros vamos de compras. Encuentro unos bolsos de una tela muy bonitos para las gemelas y el abuelo se empeña en comprarme un libro de cuentos de hadas en la librería de Edgartown.

—Veo que Ed ha vuelto —le comento mientras esperamos turno en la caja.

—Ajá.

—No te gusta.

—No demasiado.

—Pero está aquí.

—Sí.

—Con Carrie.

—Así es. —El abuelo frunce el ceño—. Y ahora deja de darme la lata. Vamos a la tienda de dulce de azúcar —dice.

Y eso hacemos.

Es una buena excursión. Solo me llama Mirren una vez.

El cumpleaños se celebra a la hora de la cena con tarta y regalos. Taft va pasado de revoluciones por culpa del azúcar y se rasguña la rodilla al caerse de una gran roca del jardín. Lo llevo al cuarto de baño a buscar una tiritita.

—Mirren era la que siempre me ponía las tiritas —me dice—. Cuando era pequeño, quiero decir.

Le doy un apretón en el brazo.

—¿Quieres que sea yo quien te las ponga ahora?

—¡Qué dices! —suelta—. Ya tengo diez años.

Al día siguiente bajo a Cuddledown y miro debajo del fregadero de la cocina.

Allí hay estropajos y espray limpiador que huele a limón. Papel de cocina. Una botella de lejía.

Barro los cristales rotos y las cintas enredadas. Lleno bolsas con botellas vacías. Aspiro las patatas fritas aplastadas. Friego el suelo pegajoso de la cocina. Lavo las colchas de *patchwork*.

Limpio la mugre de las ventanas, guardo los juegos de mesa en el armario y saco la basura de los dormitorios.

Dejo los muebles como le gustaban a Mirren.

Llevada por un impulso, cojo un bloc de dibujo y un bolígrafo del cuarto de Taft y me pongo a dibujar. Son poco más que unas figuras de palo, pero se nota que son mis Mentirosos.

Gat, con su impresionante nariz, está sentado leyendo un libro con las piernas cruzadas.

Mirren lleva puesto un bikini y baila.

Johnny luce unas gafas de bucear y tiene un cangrejo en una mano.

Cuando está terminado, pego el dibujo en la nevera junto a los viejos dibujos a la cera de papá, la abuela y los perros.

Érase una vez un rey que tenía tres hermosas hijas. Las hijas se convirtieron en mujeres y las mujeres tuvieron hijos, unos hijos hermosos, muchos muchos hijos, pero ocurrió algo malo,

algo estúpido,

delictivo,

horrible,

algo evitable,

algo que no tendría que haber ocurrido jamás,

y, aun así, algo que, con el tiempo, podría perdonarse.

Los niños murieron en un incendio... todos salvo uno.

Solo quedó una niña, que...

No, eso no es cierto.

Los niños murieron en un incendio, todos salvo tres niñas y dos niños.

Quedaron tres niñas y dos niños.

Cadence, Liberty, Bonnie, Taft y Will.

Y las tres princesas, las madres, se derrumbaron, presa de la furia y la desesperación. Bebían y compraban, pasaban hambre, fregaban y se obsesionaban. Se aferraron unas a otras invadidas por el dolor, se perdonaron y lloraron.

Los padres también se enfurecieron, aunque ellos se encontraban lejos.

Y en cuanto al rey, se sumió en una delicada locura de la que, solo de vez en cuando, emergía su antiguo yo.

Los niños estaban locos de tristeza. Los atormentaba la culpa por estar vivos, los atormentaba el dolor de cabeza y el miedo a los fantasmas, los atormentaban las pesadillas y las obsesiones extrañas, castigos por estar

vivos cuando los otros estaban muertos.

Las princesas, los padres, el rey y los demás niños se desmoronaron como cáscaras de huevo, quebradizas y hermosas... porque siempre fueron hermosos. Parecía

como si

como si

aquella tragedia señalase el fin de la familia.

Y tal vez fuera así.

Pero tal vez no.

Formaban una hermosa familia. A pesar de todo.

Y ellos lo sabían. De hecho, la marca de la tragedia se convirtió, con el tiempo, en una marca de glamour. Una marca de misterio y un motivo de fascinación para quienes veían a la familia desde la distancia.

«Los hijos mayores murieron en un incendio», dicen los habitantes de Burlington, los vecinos de Cambridge, los padres de la escuela privada del Bajo Manhattan y las personas mayores de Boston. «Se prendió fuego en la isla —dicen—. ¿No os acordáis, hace varios veranos?».

Las tres hermosas hijas se volvieron aún más hermosas a los ojos de quienes las observaban.

Y a ellas no se les escapó aquel hecho. Ni a su padre, aun en su declive.

Sin embargo, los niños que quedan, Cadence, Liberty, Bonnie, Taft y Will, saben que la tragedia no es glamurosa.

Saben que en la vida las cosas no son como en un escenario o como en las páginas de un libro. No son ni un castigo ni una lección. Sus horrores no son atribuibles a una sola persona.

La tragedia es desagradable y enmarañada, estúpida y complicada.

Eso es lo que saben los niños.

Y saben que las historias sobre su familia son ciertas y falsas a la vez.

Son variaciones interminables.

Y la gente seguirá contándolas.

Mi nombre completo es Cadence Sinclair Eastman.

Vivo en Burlington, Vermont, con mi madre y tres perros.

Tengo casi dieciocho años.

Poseo un carnet de la biblioteca muy desgastado, un sobre lleno de rosas japonesas secas, un libro de cuentos de hadas y un puñado de bonitas piedras púrpura. Y poco más.

Soy la autora de un delito estúpido e iluso que acabó en tragedia.

Sí, es verdad que me enamoré de alguien y que él murió, junto con las otras dos personas a las que más quería en este mundo. Eso ha sido lo más importante que se podía saber de mí, la única cosa sobre mí, durante mucho tiempo, aunque yo no lo sabía.

Pero tendrá que haber más cosas que saber.

Habrás más.

Mi nombre completo es Cadence Sinclair Eastman.

Sufro migrañas. No puedo sufrir a los idiotas.

Me gustan los juegos de palabras.

Soportito.

AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias sobre todo a Beverly Horowitz y Elizabeth Kaplan por el apoyo que han prestado a esta novela de incontables maneras. A Sarah Mlynowski (dos veces), Justine Larbalestier, Lauren Myracle, Scott Westerfeld y Robin Wasserman por comentar los primeros borradores. Nunca había enseñado un manuscrito a tanta gente ni había necesitado tan desesperadamente la opinión de cada una de esas personas. Gracias también a Sara Zarr, Ally Carter y Len Jenkin.

Gracias a Libba Bray, Gayle Forman, Dan Poblacki, Sunita Apte y Ayun Halliday, además de a Robin, Sarah y Bob por hacerme compañía y hablar del trabajo mientras escribía este libro. Mi gratitud para Donna Bray, Louisa Thompson, Eddie Gamarra, John Green, Melissa Sarver y Arielle Datz. En Random House: Angela Carlino, Rebecca Gudelis, Lisa McClatchy, Colleen Fellingham, Alison Kolani, Rachel Feld, Adrienne Weintraub, Lisa Nadel, Judith Haut, Lauren Donovan, Dominique Cimina y a todos los que aportaron tanta creatividad para ayudar a que este libro encontrara un público.

Gracias sobre todo a mi familia, que no se parece en nada a la de los Sinclair.



E. Lockhart estudió en Vassar College y se doctoró en Literatura Inglesa en la Universidad de Columbia. Es autora de la exitosa serie «Ruby Oliver» para lectores jóvenes, así como de las novelas *Fly on the Wall*, *Dramarama*, *Cómo ser malas* y *The Disreputable History of Frankie Landau-Banks*, con la que obtuvo el Printz Award y el Cybils Award a la mejor novela para jóvenes, además de quedar finalista del National Book Award. En 2014 publicó *Éramos mentirosos*, que fue descrito enseguida como uno de esos libros capaces de renovar el género. Esta obra, que se ha traducido a veintitrés idiomas, fue *bestseller* de la lista de *The New York Times*, resultó finalista del Guardian Children's Fiction Prize y fue elegida novela del verano 2014 por la revista *Time*. E. Lockhart vive con su familia en Brooklyn.

NOTAS

[1] «Nuestra juventud se ha malgastado / No vamos a desperdiciarla /
Recuerda mi nombre / Porque hicimos historia / Na na na na, na na na». (*N.
de la t.*) <<